vulgar; la virtud de los más estimables protestantes no rebasa los límites de la simple honradez natural que predica cada domingo, dice M. de Maistre, "un hombre vestido de negro, que sube al púlpito para exponer en él propósitos honrados." La fuente de las grandes virtudes y de las grandes obras se seca en el seno del protestantismo. En él no hay apóstoles, ni mártires, ni hermanas de la caridad. En él no existen las virtudes heróicas. El soberbio principio del libre examen, al libertar a las almas de una tutela indispensable, ahogó hasta el último germen de una virtud enternecedora, en la cual se apoya todo el edificio de la perfección cristiana; la humildad y la abolición de los votos religiosos, al suprimir el estado público de la virginidad, destruyó la práctica y las gloriosas provocaciones del espíritu de sacrificio. No, el protestantismo no es una religión mejor que el catolicismo; es una religión empequeñecida, truncada, mutilada, inferior. Acabaremos de convencernos de ello examinando

III. Los resultados del protestantismo.

Fueron deplorables. El mundo nada ganó con él, sino que con él perdió muchísimo.

El mundo perdió muchísimo con la invasión del protestantismo. Perdió la integridad de la fe, de la moral y del culto. Perdió la santa presencia de Jesucristo en el sacramento de su amor, el tribunal de la misericordia y del perdón, el amor y la invocación de la Santísima Virgen María, la invocación de los santos, nuestros hermanos primogénitos y nuestros modelos, la oración por los muertos. Las diaconisas protestantes no son más que pálidas copias de nuestras hermanas de la caridad. Los ministros protestantes predican sin misión. Los misioneros protestantes son mercaderes de la Biblia. Las mejores almas del protestantismo tienen el sentimiento de la impotencia y de la inanidad de su religión. El doctor protestante Naville escribía: "¡Quién no ha vuelto sus ojos llenos de envidia al tribunal de la confesión, y deseado oir una lengua que la diga con el poder de Jesucristo: Vete en paz; tus pecados quedan perdonados?" Sí, el protestantismo rechazó todo lo que de más saludable, eficaz y excelente hay en el catolicismo... Su influencia ha sido desastrosa; puede decirse que fué para Europa el peor de los males. Por el espíritu de rebelión que sopló en todas partes, abrió el abismo de las revoluciones. Difundió por el mundo un fermento de discordias que, después de dividir la Europa católica, no cesó de actuar durante tres siglos y de llevar la perturbación a la sociedad. Lutero, Calvino, Enrique VIII fueron verdaderas llagas para el género humano. También Melanchton, afligido por el espectáculo que contemplaban sus ojos, decía ya en su tiempo: "El Elba con toda su corriente no proporcionaría lágrimas suficientes para llorar las calamidades engendradas por la Reforma." El mundo perdió muchísimo con la invasión del protestantismo.

¿Ganó algo? Se dice que el protestantismo emancipó al espíritu humano. Verdad es. Emancipó el espíritu humano de la autoridad y de la verdad católica. ¡Valiente avance! La autoridad católica es una autoridad tutelar, preservadora, que es al espíritu humano lo que las riberas a los ríos. ¿Es un beneficio emanciparse de semejante autoridad? ¿ No es más bien una pérdida? Ved lo que ocurrió. Emancipado de la autoridad católica, el espíritu humano apresuróse a rechazar las verdades cristianas y aun las verdades más primitivas.

Hizo tabla rasa, para no admitir más que el yo despojado, desnudo, vacío; luego, sobre esta tabla rasa, sobre este yo, intentó, aunque en vano, reconstruir el edificio de las creencias; pero nada pudo reconstruir. Fracasó en la impotencia y en el escepticismo más absoluto. ¿Es lícito aplaudir semejante resultado? Se dice que el protestantismo trajo la libertad al mundo. Esto es falso. ¿Trajo la libertad religiosa? No. En todas partes se mostró opresor, violento, sanguinario; se apoderó de las iglesias católicas, arrasó los conventos, insultó nuestras antiguas creencias. El protestantismo quiso la libertad religiosa para los suyos, pero no la quiso para los demás. Testigo de ello la legislación de Inglaterra contra los irlandeses, legislación tomada de los emperadores perseguidores. ¿Trajo la libertad civil y política? Tampoco. En los Estados protestantes, los reyes, como dueños de la religión y de las conciencias, oprimieron con todo su poder a los pueblos, sin que éstos pudieran apelar a un tribunal más elevado. De que los protestantes proclamen que dieron la libertad al mundo, no hay que concluir que realmente la dieron; por lo contrario, la historia demuestra que se atribuyen lo que se hizo sin ellos. Y si hay algunas naciones protestantes que practican mejor que nosotros la libertad religiosa y la libertad civil y política, se debe a motivos diferentes de los religiosos; y si nosotros los católicos nos vemos oprimidos, por lo menos no somos enemigos de la libertad, ya que la reclamamos para los demás con tanto ardor como para nosotros mismos. No, el mundo nada ganó con la invasión protestante sino que con ella perdió muchísimo.

Concluyo con la frase graciosa de un soldado católico, a quien un ministro protestante ofrecía opúsculos de su secta. "¿Qué hay en estos libritos?—pregúntole.

En ellos se enseña la religión, la nuestra, la verdadera.—¿Cuál es vuestra religión?—La religión reformada.—En ese caso vuestra religión no es buena.—¿Por qué?—Porque cuando un militar es reformado, quiere decirse con ello que no es bueno para el servicio. Guardad vuestros libritos; nada quiero saber de una religión que, habiendo pasado por el consejo de revisión, ha sido reformada."

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

El protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo *(Conclusión)*

SEÑORES:

No es raro oir afirmar que el protestantismo es una religión mucho mejor que el catolicismo. Esto es falso. He aquí la verdad. El protestantismo es una religión más cómoda que el catolicismo. Esta es la verdad. La religión protestante es más cómoda que la católica. En esto consiste precisamente la inferioridad del protestantismo. Quisiera esta mañana daros la prueba de ello. El asunto es interesante e instructivo.

I. Remontémonos a los orígenes del protestantismo.

¿Por qué la religión protestante nació espontáneamente? ¿Por qué triunfó al punto? ¿Por qué la abrazó súbitamente Europa? Porque era más cómoda que la religión católica. Es este un hecho histórico que no es posible negar.

El protestantismo se arraigó *haciendo un llamamiento a todas pasiones*. Hizo un llamamiento al orgullo, concediendo a cada uno el derecho de adorar todo lo que pensaba, como dice Bossuet. Hizo un llamamiento a la codicia arrojando como una presa a sus sectarios los bienes y tesoros de la Iglesia. Hizo un llamamiento a la lujuria declamando contra la continencia y autorizando el divorcio y la poligamia. Hizo un llamamiento a la envidia excitando a los campesinos contra los nobles, y a los pequeños vasallos contra los grandes señores. El protestantismo no puede vanagloriarse ni honrarse con su rápida propagación, sino avergonzarse de ella... porque, para triunfar, dirigióse a las más viles pasiones, a los instintos más groseros, a la parte baja del alma humana. ¿Invento acaso? No. Refiero.

Ved a *Lutero*. ¿Qué fué este hombre? ¿Fué un verdadero reformador que quiso seriamente mejorar a su tiempo y a su país? No. Fué un rebelde que quiso gozar de la vida y concedió licencias a todos sus discípulos. Rompió con el Papa para quedar más libre. Salió del claustro para entregarse a la vida fácil. Arrancó del claustro una religiosa, Catalina Bora, para juntarse con ella. La confesión es crucificadora para el orgullo humano. Abolió la confesión. Los conventos poseían grandes bienes, las iglesias eran ricas por la acumulación de legados. Pues bien, Lutero permitió a todos los pequeños príncipes alemanes que confiscaran las propiedades eclesiásticas, con lo cual procuróse al punto protectores interesados. En vez de reprimir el libertinaje, autorizó a los religiosos a despreciar sus votos voluntarios... a los fieles a repudiar a sus mujeres, si así lo querían, para tomar otras... a un príncipe, el landgrave de Hesse, a tener dos mujeres. "La prohibición contraria—dice—no está clara en la Biblia."—

"Fué preciso consentir en la bigamia—dice un escritor protestante de aquel tiempo,—porque la defección de aquel príncipe, que era muy hábil, hubiera comprometido la Reforma." Esto está claro. El éxito prodigioso del protestantismo desde su origen, no fué otra cosa que una explosión de las pasiones humanas que se declaraban independientes y emprendían una carrera desenfrenada.

Enrique VIII de Inglaterra imitó a Lutero en Alemania. Enrique VIII, al principio ardiente católico, quiso separarse de su mujer Catalina de Aragón tras dieciocho años de matrimonio, a pretexto de que era pariente de ella. Llevóse al Papa el asunto, y negó el divorcio, porque el matrimonio, desde Jesucristo, es indisoluble, excepto cuando una razón suficiente permite creerlo nulo en su origen. Enrique VIII, arrastrado por su pasión a Ana Boleyn, dama de honor de la Reina, rompió toda relación con la Iglesia católica, tomó por mujer a la dama de honor, rechazó a su legítima esposa, convirtióse en jefe de la Iglesia de Inglaterra e hizo cortar la cabeza de cuantos rehusaron someterse a su supremacía doctrinal. Casóse sucesivamente con cinco mujeres, y para quedar viudo a su antojo, hizo decapitar a tres de ellas, porque ya no le gustaban. Aquel monstruo coronado es el fundador del anglicanismo, con su hija Isabel, que consolidó su obra, y no valía mucho más que él. Así empezó el protestantismo... emancipando las pasiones humanas. Sí, verdaderamente, es una religión mucho más cómoda que el catolicismo. Ahora, después de estudiar sus orígenes,

II. Analicemos las facilidades que da el protestantismo a los que lo profesan.

La religión católica es exigente. Impone creencias, preceptos, prácticas que fastidian la independencia del espíritu y los caprichos de la voluntad. Interviene sin cesar en nuestros pensamientos, en nuestros actos, en la vida privada, familiar y pública. La religión protestante es mucho más fácil, más indulgente, mucho menos embarazosa y menos severa.

En el protestantismo cada cual *cree lo que quiere,* cada cual interpreta la Biblia a su manera, y se hace para sí mismo su pequeño símbolo. El abate de Polignac, luego cardenal, decía a Bayle, el filósofo escéptico del siglo XVIII: "¿A cuál de las sectas que imperan en Holanda estáis afiliado?—Soy protestante—contestó Bayle.—Pero eso es muy vago—insistió Polignac.—¿Sois luterano, calvinista, anglicano?—No—respondió Bayle;—soy protestante, porque yo protesto contra todo lo que se dice y se hace." En suma, el protestantismo es una pura negación, negación hoy de lo que se creía ayer, negación mañana de lo que hoy se cree. No le preguntéis de cuántos artículos se compone su *credo,* pues cuenta con tantos credos como sectas, y con tantas sectas como cabezas. Fijaos en esto: En la religión reformada, no sólo los ministros, sino también los simples fieles particulares deciden de su propia creencia. "Una criada de un molinero, un niño de nueve años—dice Lutero,—si tienen fe, juzgan según el Evangelio, y el Papa les debe obediencia." ¿Qué decís? He ahí una religión verdaderamente cómoda. Se cree lo que se quiere.

En lo referente a las *prácticas,* es todavía mucho

más fácil. Nada de confesión auricular, oral, detallada, hecha a un sacerdote. Nada de ayunos, ni de abstinencias, para domar nuestra sensualidad y disciplinar nuestra alimentación. Nada de oficios impuestos bajo pena de pecado. Las pocas ceremonias que el protestantismo ha conservado, no son obligatorias en conciencia. Los protestantes, en general, celebran la cena y escuchan la plática, pero podrían prescindir de esto, pues son simples ceremonias enteramente libres, como el pan bendito y el sermón entre los católicos. Por confesión de los ministros, estas prácticas religiosas son facultativas. ¿Qué os parece? He ahí una religión verdaderamente cómoda. La práctica es libre como la creencia.

Topamos a veces con malos católicos que amenazan *con hacerse protestantes*. Esto se explica. Las creencias y las prácticas del catolicismo los importunan y molestan, por lo cual se inclinan voluntariamente a una religión que no les impone creencias ni prácticas. Ir a misa los disgusta... Pero entre los protestantes no hay misa. Nada más cómodo. No les conviene honrar a la Virgen ni a los santos, orar por los muertos, ni guardar abstinencia los viernes y otros días... Ahora bien, es el caso que el protestantismo suprimió los ayunos y abstinencias, el purgatorio, el culto a la Virgen y de los santos. Nada más cómodo. Pero sobre todo los mortifica la confesión. Pues bien, los protestantes no se confiesan, como no sea a Dios. Nada más cómodo. Y así de todo lo demás. Una religión que permite toda creencia y no impone práctica alguna, es a sus ojos una religión ideal. Y se hacen protestantes. Además, a causa de esto, a causa de las facilidades ilimitadas que el protestantismo concede a la libertad humana,

III. Cosecha favores no despreciables.

Estudiemos este fenómeno. El catolicismo tiene enemigos muy numerosos y violentos. El protestantismo no los tiene.

El catolicismo ve levantarse contra él, casi siempre y en todas partes, los *poderes civiles,* porque se proclama mandatario de Dios e independiente del César porque coloca por encima de todo, aun por encima de los derechos del Estado, los derechos de la verdad y el bien, los derechos del alma humana, los derechos de Dios.

El protestantismo, que no tiene misión divina de ninguna especie, vive fácilmente y en paz con los poderes de la tierra, y se pone de buen grado a merced del César, quien lo absorbe y protege a la vez. Ved la Iglesia anglicana. Quiere todo lo que quiere la reina o el rey de Inglaterra, y le parece que todo marcha del mejor modo en el mejor de los mundos, porque encuentra la paz en el silencio y en la abdicación de sí misma. Pero escuchad todavía:

El catolicismo no sólo tropieza en su camino con los poderes civiles que tienen celos de él y lo combaten, sino con las *pasiones humanas,* rebeladas y furiosas contra él. El catolicismo no habla más que de virtudes que hay que practicar, y de inclinaciones que hay que reprimir. Por eso tiene el honor incomparable de contar como enemigos a todos los malvados, a todos los perversos, a todos los corrompidos que se coligan para calumniarle, y, si posible fuera, para aniquilarlo.

El protestantismo pasa sano y salvo por entre incrédulos y libertinos. No molesta ninguna concupiscencia. Todo el mundo le hace buena cara. El empera-

dor Barbaroja decía en Oriente: "¡Qué dichoso es el sultán! ¡No tiene papa que reprima sus desórdenes!" Palabras profundas, señores, que pueden aplicarse a todas las falsas religiones. Son religiones cómodas; no exigen casi nada; tienen asegurado el favor universal.

IV. Conclusión.

El protestantismo es una religión más cómoda que el catolicismo. Esto es innegable. Pero ¿es por ello mejor? Ciertamente que no.

Escuchad sobre esto unas palabras de *Lutero*. Cierta noche que estaba sentado a una ventana contemplando la belleza del cielo con sus miriadas de estrellas, dijo a Catalina Bora: "Catalina, ese cielo tan hermoso no se ha hecho para nosotros.—Pues entonces—exclamó ella—es preciso que nos arrepintamos.—Es ya demasiado tarde—agregó Lutero con amargura." En otra ocasión, dijo: "Mi religión es mejor para vivir, pero la del papa es mejor para morir."

Escuchemos sobre estos unas palabras de *Melanchton*, otro fundador de la Reforma. Su anciana madre moribunda juntó las manos y le dijo: "Tú sabes que yo era católica, y tú me has inducido a abandonar la religión de mis padres. Pues bien, te conjuro por Dios vivo que me digas, sin que nada me ocultes, en qué fe debo morir." El teólogo Melanchton respondió: "Madre mía, la nueva doctrina es más cómoda, pero la otra es más segura."

Fuera de esto, los protestantes han reconocido siempre que podemos salvarnos en la religión católica, en tanto que los católicos no dicen que siempre puedan salvarse en la religión protestante. Partiendo de este principio, Enrique IV pasó de la Reforma al catolicismo. Este hombre, muy caballeresco, muy leal, muy espiritual, muy francés, no se convirtió sino después de asistir a largas controversias entre obispos y ministros. Habiéndose visto obligados estos últimos a conceder que se puede hallar la salvación en la Iglesia romana, en tanto que los obispos negaban que siempre pudieran salvarse en la herejía, dijo Enrique IV: "Basta. En materia tan importante, elijo el partido más seguro. Quiero pertenecer a la religión que, por confesión de todo el mundo, conduce a la salvación. Según vosotros, ministros, nada arriesgo, si os abandono. Según vosotros, obispos, lo aventuro todo, si no os sigo. Hemos terminado. Soy católico." El buen sentido hablaba por la boca de Enrique IV. La religión protestante es más cómoda que la católica. Es para aquélla una gloria poco envidiable. Únicamente la religión católica es divina. Mostrémonos orgullosos de seguirla, y practiquémosla animosamente.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

El porvenir pertenece al protestantismo

SEÑORES:

Sin duda habréis oído decir, o habréis leído en alguna parte, una frase como esta: El porvenir pertenece al protestantismo. Y hacen ademanes de decretar nuestra muerte definitiva y redactar un epitafio para nuestro mausoleo. Pues bien, me propongo refutar hoy tan lúgubre profecía, que no es más que una lúgubre broma. Me propongo demostraros con hechos y cifras: 1.º que el protestantismo está en plena descomposición; 2.º que el catolicismo está en plena florescencia. Quizás os extrañen estas dos afirmaciones. Escuchadme y juzgad por vosotros mismos.

I. El protestantismo está en plena descomposición.

Hace tres siglos que apareció. ¿Ha sido su marcha progresiva o retrógrada? Evidentemente, ha perdido

...reno. En su origen creía en la Biblia y en las gran-... verdades que contiene; después, no ha hecho más ...e destruir, destruir cada vez más, destruir siempre. *El protestantismo actual carece de doctrina.* Ni si-...uiera cree en la divinidad de Jesucristo, en quien no ...e más que un rabino, al cual tomaron muchos por el Mesías, una especie de Sócrates judío. Hace ya tres si-...glos que Bossuet advertía al ministro Jurieu el término fatal a que llegaría la Reforma, y le mostraba cómo todos los artículos de fe desaparecían sucesivamente y se evaporaban en la indiferencia, en la negación más absoluta. ¿Qué diría hoy al ver que los profesores de teología y los mismos pastores de la religión reformada recusan la autoridad de la Biblia y niegan la necesidad del bautismo? Hace solamente cincuenta años que el gran protestante Guizot, en el consejo presbiteriano de su Iglesia, no obtenía más que 2 votos de mayoría sobre la divinidad de Jesucristo entre 2500 votantes; hoy Guizot sería tratado por sus correligionarios como un vulgar clerical, y sus artículos fundamentales serían mirados como sospechosos por las más fuertes cabezas del protestantismo. El protestantismo se descompone; esto es fatal. La fuerza racionalista ha minado poco a poco su doctrina religiosa y ha devorado toda la substancia de ella.

¿Qué le queda de cristianismo? Casi nada. Jesucristo nos dejó su palabra en las Escrituras; el protestantismo ha abandonado el espíritu y aun la letra de las Escrituras. Jesucristo nos dejó su gracia en los sacramentos; el protestantismo ha rechazado los sacramentos. Jesucristo nos dejó su persona en la Eucaristía; el protestantismo no cree en la Eucaristía. Así, pues, desconoce todo lo que hay de vital en el cristianismo. No es ya más que una herejía en decadencia, una má-

quina que se disgrega, un cadáver frío y helado, que de día en día se descompone más y más. Decir que el porvenir pertenece al protestantismo, es enunciar una paradoja sin sentido, una profecía que provoca la sonrisa de los sabios.

Verdad es que las *sociedades de propaganda protestante continúan distribuyendo Biblias* en escuelas, casas, calles y plazas públicas, tanto en Francia como en otros países. ¿Qué prueba esto? La difusión de la Biblia no constituye un progreso religioso. Media una diferencia enorme entre la difusión de la Biblia y el apostolado católico. El predicante da libros; el apóstol se da a sí mismo. El predicante se ve constreñido, molestado, trabado por lazos de familia; el apóstol se entrega todo entero a los que evangeliza. Se ha dicho que los votos religiosos disminuyen la personalidad humana. Los que esto dicen son impostores y cínicos que se mofan de la verdad lo mismo que del gran vulgo. La verdad es que el predicador que tiene mujer e hijos, no puede sacrificarse como el apóstol que no se ve retenido por ningún amor terrenal. En efecto, el predicador inglés no se aventura generalmente mucho más allá del alcance del cañón europeo, más allá del pabellón nacional, que lo protege, en tanto que el misionero católico penetra en el corazón de los continentes, sin otra protección que la de la cruz, el pabellón divino. El protestantismo difunde Biblias por todos los rincones de la tierra. Esto no es más que una agitación superficial, una vida ficticia. Carece de doctrina; no tiene alma; está en plena descomposición.

II. El catolicismo está en plena florescencia.

Cuando me oisteis sentar esta proposición sabía muy bien lo que pensabais. Pensabais en la espantosa tempestad que se abate actualmente sobre los católicos franceses, en el vandalismo insensato que devasta toda la nación al devastar nuestras libertades y nuestras instituciones religiosas. Escuchad. Tengo algo para contestaros. Si no puedo consolaros, puedo por lo menos tranquilizaros.

En primer lugar, *el catolicismo es indestructible.* Hace veinte siglos que permanece en pie en medio de los imperios destruídos, de todas las sociedades extinguidas y olvidadas. Federico II escribía a Voltaire: "Todo ha terminado. Se necesitaría un milagro para salvar a la Iglesia. Tendréis el consuelo de enterrarla y redactar su epitafio." Pues bien, la Iglesia crece y se extiende cada vez más por los dos continentes, y Voltaire yace en la tumba. Aunque se le haya fundido en bronce, Renán yace también en la tumba, y uno de estos días, los sucesores degenerados de Voltaire y de Renán yacerán igualmente en la tumba. El catolicismo es indestructible. Además,

Está en todas partes, y en todas partes es el mismo, con la misma fe, el mismo culto, la misma legislación. Sin duda que hay protestantes en gran número de países, pero no pertenecen todos a la misma confesión. Cada secta varía con el que la predica; en vez de dogmas, no hay más que opiniones, y tantas opiniones como cabezas. Nada semejante vemos en la Iglesia católica. Posee la unidad de doctrina y la unidad de autoridad. Cuando un hombre civilizado o salvaje dice: Soy católico, se sabe al punto que pertenece a la Iglesia indivisible, en la que 200 millones de almas profesan la misma fe, participan de los mismos sacramentos y están sometidos a la misma autoridad espiritual. El catolicismo es indestructible. Está en todas partes, y en

todas partes es el mismo. Finalmente, y sobre esto solicito especialmente vuestra atención,

El catolicismo está en plena florescencia. No me contento con afirmarlo; lo pruebo. El catolicismo está en progreso.

1.º *Hace ya dos siglos,* a partir de 1700, ha visto doblar el número de sus hijos. La conquista del Nuevo Mundo compensó los estragos del protestantismo, y el movimiento de retorno impreso en Inglaterra por nuestros prelados desterrados de Francia, compensó las matanzas y proscripciones de la gran Revolución. Actualmente cuenta el catolicismo con 200 millones de fieles, lo que constituye un imperio más vasto y poblado que los de Oriente y de Roma, cuya sucesión le adjudicaban las profecías. No solamente ninguna secta reunió jamás tan gran número de adeptos, sino que, si sumamos los 41 millones de griegos cismáticos con los 57 millones de protestantes, llegamos a un total de 98 millones, los cuales no componen la mitad de los 200 millones de católicos. Si esta estadística ha tenido alguna modificación de cincuenta años a esta parte, ha sido en favor del catolicismo. Las sectas decrecen; el catolicismo aumenta.

2.º El catolicismo hace *entre los protestantes* conquistas preciosas. En Inglaterra, en el último medio siglo, una multitud de poderosas inteligencias regresan, merced a la ciencia y a costa de dolorosos sacrificios, a la verdad, de la cual una injusta opresión, o ciegas pasiones habían alejado a sus padres. Es este un espectáculo sumamente curioso. No digo que asistamos a la vuelta y conversión en masa de Inglaterra; pero sí vemos cada día, en la Iglesia anglicana, que las

almas más religiosas y elevadas se acercan a nuestra Iglesia, nos imitan en multitud de cosas, tales como la misa, el culto de la Virgen y la confesión, y gran número de anglicanos se convierten individualmente. El catolicismo progresa a ojos vistas entre los protestantes de Alemania, Inglaterra, América, etcétera... y también

3.º *Entre los infieles,* con sus misioneros, pobres, pero animosos y abnegados como los primeros apóstoles, avanza y funda cristiandades, en las que florecen todas las virtudes del cristianismo primitivo, como lo vemos, por ejemplo, alrededor de los grandes lagos del centro de Africa. Y si la persecución demasiado violenta le obliga a retroceder, es raro que lo haga sin dejar en las regiones que abandona la sangre de sus mártires, la cual germina en ellas y en ella prepara una nueva cosecha de cristianos. El catolicismo progresa en donde encuentra la libertad, y aun allí en donde no la encuentra.

4.º *En donde es libre.* Contemplad en los Estados Unidos el número, valor e influencia de sus hijos.

El *número* de los católicos en los Estados Unidos se ha elevado en un siglo de 100,000 a 15 millones, número que aumenta cada día, por tres razones: 1.ª a causa de la inmigración, la cual en el año último, vertió en los Estados Unidos cerca de 400,000 emigrantes de origen católico, los cuales se convierten allá en cristianos mejores de lo que hubieran sido en la vieja Europa; 2.ª a causa de los nacimientos, siempre más numerosos entre los católicos que entre los otros ciudadanos americanos; 3.ª a causa de las conversiones que obra nuestra Iglesia entre los protestantes, o

entre el mundo incrédulo de ultramar. ¿Sabíais esto, señores? Las dos ciudades del mundo que cuentan actualmente con más católicos prácticos son Nueva York y Chicago (1). Digo prácticos porque

El *valer* de los católicos americanos es todavía más significativo que su número. Cuando se dice que hay en Francia 35 millones de católicos, no se quiere decir que cuenta Francia con 35 millones de creyentes prácticos, sino simplemente con 35 millones de individuos inscritos en los registros bautismales. En América sucede todo lo contrario; tantos inscritos, tantos prácticos, tantos fieles individualmente conocidos del clero, agrupados en asociaciones, con su puesto en la iglesia, sin faltar a la misa cada domingo, confesándose y comulgando por lo menos todas las grandes fiestas. Y por cuanto es una realidad, y no una ficción, el catolicismo se ha conquistado en los Estados Unidos una situación envidiable y muy respetada.

Su influencia en la nación es considerable. No repreta más que la cuarta parte de la población, pero la parte mucho más influyente de todas. Tan numeroso por sí solo como todas las sectas protestantes reuidas, actúa mucho más íntima y poderosamente que estas sobre los corazones y las voluntades, sobre la vida moral del país y sobre las clases obreras, que componen la mayor parte de su clientela. Por su misma constitución, su disciplina y su enseñanza sumamente clara

(1) El asombroso éxito del Congreso Eucarístico de Chicago, que acaba de celebrarse en Junio del presente año de 1926, confirma admirablemente las exactísimas afirmaciones del autor. Los católicos de los Estados Unidos suman ya 20 millones, y hacen reverdecer todas las conmovedoras virtudes cristianas de los tiempos primitivos, sin dejar por ello de marchar a la cabeza de todas las manifestaciones del progreso humano (Nota del Traductor).

...lógica; por sus sacramentos, y sobre todo, por la ...nfesión; por sus escuelas innumerables y superior...ente dotadas; por sus obras de caridad, de preserva...ón, de elevación social; por la asistencia material y ...oral que prodiga a los emigrantes europeos, ofrece ...los americanos una utilidad de primer orden, y goza en la opinión pública de una primacía de honor y de respeto incomparable. Añadid a esto que muchos de sus representantes, de sus obispos, tienen un valor personal sumamente elevado, cuyo prestigio es reconocido y reverenciado de todos. En suma, en los Estados Unidos el catolicismo es la religión que prepondera sobre todas las otras. El catolicismo progresa donde es libre, y añado

5.º *También donde no es libre*. Las pérdidas que se le irrogan son compensadas por ganancias no provistas por los impíos. Comprimido por la persecución, gana en profundidad y aun en extensión. Esto es lo que actualmente vemos entre nosotros.

En presencia de las infamias que se cometen contra la religión, los más ciegos abren los ojos, y los más indiferentes sacuden su inercia. Muchos que no pensaban en él, advierten que la religión es la clave de bóveda del edificio social, y que todo cruje si se conmueve. Muchos que no querían creer en los designios liberticidas de la masonería, los comprueban ahora, y se deciden a afirmar la fe de sus padres y a defender la fe de sus hijos.

Por otra parte, mientras que nuestros religiosos y nuestras religiosas son expulsados de su patria, el extranjero les abre sus brazos. Dispersados por la tempestad, nuestros soldados de vanguardia van a sembrar el Evangelio en países herejes e infieles, y a multipli-

car en otros climas las conquistas del catolicismo. El porvenir pertenece al catolicismo. ¡Desgraciadas de las naciones que apostatan! Firman su acta de defunción. Y el catolicismo, al abandonarlas, no sólo no pierde nada de su vitalidad, sino que saca de la persecución nuevo vigor y nueva prosperidad.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

El porvenir pertenece al protestantismo

(*Conclusión*)

SEÑORES:

A los que dicen que el porvenir pertenece al protestantismo, he respondido con dos proposiciones: 1.ª el protestantismo está en plena descomposición; 2.ª el catolicismo está en plena florescencia. Insisto en este último punto, y afirmo que, no solamente el catolicismo mundial, sino el catolicismo francés, está en vías de progreso. Hace veinticinco años que se ve combatido por la astucia, y hoy lo es por la violencia. Pues bien, saldrá ileso de la violencia, como ha salido de la astucia. Voy a tratar de historia contemporánea; estoy en mi derecho. No diré más que la verdad, pero toda la verdad; es mi deber.

I. Hace veinticinco años que el catolicismo francés se ve combatido por la astucia.

Hace veinticinco años que el medio social, la opinión

pública, no estaba madura para el trastorno inmediato de nuestras libertades e instituciones religiosas. Así, pues, era preciso proceder sordamente, por la astucia, con calculada lentitud. Elaboróse, pues, en las logias, se popularizó por la prensa, y, paso a paso, sin solución de continuidad, sin un momento de respiro, se introdujo en la legislación, un plan maquiavélico, hipócrita, que consistía en descristianizar a Francia poco a poco, en disminuir, y luego, en destruir totalmente, la fuerza y la vida del catolicismo francés.

Por supuesto, que nada se quería contra la religión, ni contra la enseñanza cristiana, sino tan sólo contra las *Congregaciones*. Era esto refinada astucia. Porque bien sabían, que, destruídas las Congregaciones, perdía la religión sus soldados de vanguardia, y la enseñanza cristiana sus indispensables auxiliares.

Intentóse, pues, atacar las Congregaciones por el impuesto. Era también para astucia. Porque el sistema fiscal que se les aplicaba era tan enorme, que debía aplastarlas, y de tal modo complicado, que era imposible hacer entender a las masas su mecanismo y su iniquidad.

Luego, se impuso a los profesores de las Congregaciones tres años, y a las seminaristas un año, de *servicio militar*. Se hablaba de igualdad, pero esto era también vil astucia. Porque esperaban con ello, como así lo desearían, cegar la fuente del reclutamiento del sacerdocio y de las Ordenes religiosas docentes.

Después, *se secularizó* la enseñanza pública primaria dejando a los padres de familia la libertad de fundar escuelas a su gusto. También era esto miserable astucia. Porque estaban convencidos de que los católicos no podrían ejercitar su libertad, por ser exorbitantes los sacrificios pecuniarios que ello suponía.

Esto no obstante, para no alarmar a la opinión, proclamaron *la neutralidad* religiosa de la escuela. Nueva y perversa astucia, y así, desde 1894, un niño mal educado del librepensamiento, Enrique Maret, calificaba a la neutralidad escolar de hipocresía elevada al cubo.

Entre tanto, para hacer creer a la masa que nada se intentaba contra las creencias religiosas, sino tan sólo contra la intromisión de la religión en las luchas de los partidos, intentóse la famosa distinción entre *clericalismo* y catolicismo. Era esto también descocada astucia. Porque, manifiestamente, en todo el país se daba el asalto a los católicos, acusados de clericalismo, es decir, acusados de tener fe, de profesarla y querer transmitirla a sus hijos... No puedo decirlo todo.

Así llegamos a *Julio de* 1901. Todas las asociaciones son libres. También lo serán las Congregaciones, con tal que se pidan su autorización. Pero en nombre de la libertad viéronse estranguladas.

Esto es tan claro como la luz del día. Hace veinticinco años que el catolicismo francés se ve combatido por la astucia.

¿Qué ocurrió? *Que el catolicismo francés salió intacto de las invenciones de la astucia.* Ciertamente que lograron estrecharlo por todos lados e intentaron torpedearlo, pero no pudieron ni aniquilarlo, ni abrir en él la menor brecha. La lucha innoble, bellaca, que consistía en atacar la fe haciendo ver que la respetaban, en descristianizar a Francia sin que lo advirtiese, fracasó en toda la línea.

¿Hubo muchos matrimonios y entierros civiles, muchos niños que no fueron bautizados ni hicieron su primera comunión? Tan pocos fueron que no vale la pena contarlos. Como afirmaba Pablo Bert hace veinticinco años, la religión católica no es una religión de

minoría, sino una religión oficialmente profesada por las 97 centésimas partes de la población.

Encontramos los millones necesarios para llenar a Francia de esceulas cristianas y para sustraer a la infancia de la enseñanza sin crucifijo, ni catecismo y sin Dios.

A pesar de la obligación del servicio militar, el reclutamiento del clero mantúvose intacto, y aun creció en cantidad y calidad, ya que, al propio tiempo que fortalecían su vocación los seminaristas y novicios en el cuartel, y los curas con la mochila a la espalda, pusiéronse en contacto con los hijos del pueblo y ejercieron sobre ellos su influencia saludable.

En resumen, los esfuerzos del catolicismo francés desde hace veinticinco años, no han sido estériles ni vanos. Tenemos más hombres que nunca en nuestras iglesias. La religión conserva en Francia su inmensa fuerza moral. La muerte lenta, progresiva y deshonrosa que se le preparaba, no apareció en parte alguna. El catolicismo francés permanece en pie, intacto, vivo, locuaz, lleno de vigor y actividad. Evita las celadas de la astucia, como evitará las empresas de la violencia. Este es el segundo punto que voy a exponeros.

II. Hoy el catolicismo francés se ve combatido por la violencia.

Pasó la hora de las dilaciones, de las medidas incompletas, de las hipocresías.. Libertad para todos y para todo, menos para la religión y para los católicos: tal es la consigna que se ejecuta a nuestra vista.

¡Religiosos y religiosas... no los necesitamos! Los votos son una abominación, el hábito religioso un crimen, la caridad un delito. ¡Fuera, a la calle, a la prisión o al destierro, las almas consagradas, las almas

puras, las almas abnegadas, la porción exquisita del género humano!

¡Escuelas cristianas... no las necesitamos! ¡A cerrarlas, pues! ¡Fuera de aquí, Hermanos de las Escuelas Cristianas, con vuestros 300,000 alumnos, con vuestro talento, vuestras virtudes, vuestros servicios reconocidos por todos los jurados, premiados en todas las Exposiciones, sancionados por la Universidad misma!

Mujeres admirables, obligadas a renunciar a vuestra vocación, a vuestra carrera, a vuestro ideal, a vuestro sustento, llorad bajo la presión de la desgracia, de la injusticia, de la ingratitud que os agobia... ¡llorad, pero no resistáis, porque la fuerza pública... porque la fuerza pública os triturará!

Y vosotros, millones de padres a quienes os arrebatan la enseñanza cristiana que habíais elegido para vuestros hijos, sumergid vuestros corazones en la aflicción. ¿Qué importa eso? Vuestros hijos serán arrastrados, a pesar de vuestros derechos, a las escuelas que juzgáis, con perfectísimo derecho, deletéreas, desastrosas, para vuestra amadísima posteridad.

Por otra parte, la violencia no sólo se ejerce sobre las personas y sobre las conciencias. Ya estamos asistiendo a la liquidación y dilapidación de las propiedades de las Congregaciones. Ya estamos asistiendo a la destrucción, tan brutal como odiosa, de nuestras instituciones religiosas seculares, que representan una suma tan considerable de trabajo, de abnegación, de sacrificio, debida a todos los que las fundaron, sostuvieron e hicieron prosperar, a todos los que tanto bien hicieron en torno de ellas.

Pero todo esto no es más que un principio, un primer bocado arrojado a los apetitos del furor del librepensamiento. Ya anuncian la multa, la prisión, el destierro, para el clero, para los obispos. Se anuncia la

ruptura del Concordato, la separación de la Iglesia y del Estado, no la separación leal que concede a la Iglesia el derecho común y la libertad, sino la separación violenta, injusta, con leyes que nos cierren la boca, nos pongan en la imposibilidad de vivir, que nos roben nuestras iglesias y nos las alquilen por costosas sumas.

Esto es tan claro como la luz del día. Después de habernos combatido durante veinticinco años con la astucia, se nos combate en el día de hoy con la violencia.

¿Qué ocurrirá? *El catolicismo francés saldrá victorioso de las empresas de la violencia.* Tenemos sobre esto las lecciones de lo pasado. Hace cien años que, tras el asalto terrible que se dió al catolicismo en el siglo XVIII, tras la constitución civil del clero, tras el destierro, la prisión y el cadalso del Terror, la religión cristiana reapareció llena de vida, y un hombre de Estado inteligente, Napoleón, apresuróse a firmar alianza con ella. Si, pues, la violencia se desencadena cada vez más, el catolicismo francés, en vez de desaparecer, en vez de morir, obtendrá, no una, sino tres victorias.

1.ª *En primer lugar, la victoria sobre sus enemigos,* a los que sobrevivirá y desenmascarará. Veránse obligados éstos a descubrirse, a desmentir sus principios y promesas. Porque, si bien hablan de libertad... demostrarán que quieren imponer cadenas. Si bien hablan de igualdad... los veremos tomar medidas de excepción contra la inmensa multitud de pacíficos ciudadanos. Si bien hablan de fraternidad... probarán que no cuentan más que con odiosos proyectos y procedimientos. Si bien hablan de ciencia y de progreso... pondrán de manifiesto que sólo están animados de apetitos y

rencores. Maldicen el antiguo régimen... pero los veremos resucitar todo lo que había de menos confesable y de más tiránico en el antiguo régimen, y retrogradar hasta las dragonadas y la revocación del Edicto de Nantes. El catolicismo francés antes de enterrar a sus enemigos, los habrá desenmascarado y convencido de impostura. Luego, conseguirá la segunda victoria.

2.ª *Sobre sí mismo.* En la lucha es donde se despierta la actividad y se provoca el valor.

El clero comprenderá sus derechos y sus deberes, tomará la iniciativa, afrontará sus responsabilidades. Los sacerdotes cesarán de ser funcionarios y administradores para convertirse en apóstoles desinteresados ante Dios y los hombres.

Los católicos fieles a la Iglesia de Francia adquirirán lo único que les falta, la propensión al combate. No pedirán que se los tema, pero lograrán que se los respete. Enemigos de privilegios, reivindicarán enérgicamente su parte de libertad común.

Los mismos indiferentes, los tibios, los semicristianos sacudirán su sopor, y se pronunciarán enérgicamente por la religión el día en que adviertan que es realmente perseguida y quieren decididamente suprimirla. Entonces, el catolicismo francés logrará la tercera victoria, más importante quizás que las otras dos.

3.ª *Sobre la opinión,* a la cual corresponde necesariamente la última palabra en nuestras luchas contemporáneas.

Atacado, no solamente en sus órganos accesorios, sino en su esencia, en su clero secular, en su vida parroquial tradicional, en sus templos, el catolicismo francés mostrará en su frente dolorida la aureola incontestada de la persecución...; y, por cuanto sus enemigos

nada obsolutamente tienen que reprocharle, sino tan sólo sus beneficios, la persecución inmerecida les dará una popularidad inmensa, es decir, uno de los elementos más seguros de la próxima resurrección.

Se conquistará todas las partes sanas, *todas las partes fuertes de la opinión*:

Los padres de familia, molestados y ultrajados en sus derechos más sagrados;

Las mujeres, molestadas en el ejercicio de su culto y en la educación de sus hijos;

La juventud, cuya mejor porción no querría sumergirse en el ateísmo y en la desmoralización.

Las personas honradas, que no consentirán casarse y morir como perros, sino que reclamarán para su posteridad el bautismo y la primera comunión, y para sus difuntos los funerales religiosos. Finalmente,

El pueblo, que, a fuerza de haber sido burlado por el librepensamiento, pedirá a la religión la luz, la fuerza, el consuelo, la esperanza, la alegría que únicamente la religión puede proporcionarle.

Tengamos confianza, señores, en el catolicismo francés, que venció la astucia y vencerá la violencia. Esperemos en Dios y trabajemos. Cumplamos nuestro deber, y Dios hará lo demás.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

Las divisiones que desgarran a la Iglesia católica

SEÑORES:

Jesucristo, para sobrevivirse a sí mismo y apoderarse del género humano, fundó una Iglesia, es decir, una sociedad religiosa organizada. Tal es la Iglesia católica. Es manifiestamente divina, porque posee los cuatro caracteres que su divino Fundador quiso darle: la unidad, la santidad, la apostolicidad, la universalidad. Sobre esto se suscitan muchas objeciones.

En primer lugar, a la unidad que reivindica la Iglesia católica se oponen las divisiones que la desgarran. Esto exige algunas explicaciones, que voy a daros, y que con seguridad os dejarán enteramente satisfechos.

I. Nada más hermoso que la unidad que reina en la Iglesia católica.

Unidad de creencias, de culto y de gobierno. La misma fe es profesada en todas partes. El catecismo

que instruye al chino, al africano, al indio es el mismo que el nuestro, y el nuestro es el mismo que el que se enseña en Roma. No hay dos *Credos*, sino uno solo para toda la catolicidad. Las mismas fuentes de gracia están abiertas en todas partes. En todas partes la misma agua que bautiza, la misma unción que fortalece al cristiano, que reanima al moribundo, que consagra al sacerdote; en todas partes la misma absolución para los pecadores y la misma bendición para los esposos.

En todas partes es reconocida la misma cabeza de la Iglesia. Merced al Pontificado, la Iglesia católica agrupa en torno suyo a todos los obispos; merced al episcopado, a todos los sacerdotes; merced a los sacerdotes, a todos los fieles, y merced a los fieles, al mundo entero. ¿Qué importa la diversidad de tiempos, de lugares, de condiciones sociales?

La unidad que reina en la Iglesia católica une entre sí y somete a la misma regla *así los espíritus más humildes como los más atrevidos pensadores*, realzando a los unos sin rebajar a los otros, y dejando a las más sublimes concepciones toda la libertad de su vuelo. El rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el rey y el pastor creen las mismas verdades, reciben los mismos sacramentos, obedecen a la misma autoridad espiritual. Algunos fantoches, mucho más vacíos que profundos, y todavía más nulos que presuntuosos, se atreven a decir a veces que la Iglesia quiere paralizar la marcha del género humano y apagar su brillante espíritu. Semejante afirmación provocaría la cólera, si no diera tanta lástima. No, la Iglesia católica no extingue ninguna luz, ni detiene ningún vuelo, sino que realza a los humildes, y exalta a los fuertes. Los más grandes genios, los Descartes, los Pascal, los Bossuet, los Pasteur, y tantos otros, se mueven libremente bajo el yugo de la Iglesia, que no es más que el yugo de la verdad,

al lado de estas poderosas inteligencias, la mujer, el niño, el obrero honrado, la inmensa multitud se siente satisfecha de su gloriosa unidad.

La unidad que reina en la Iglesia católica une en un todo y somete a la misma regla *los pueblos más diversos y los lugares más distantes*. He ahí pueblos que difieren en origen, en temperamento, en lengua, en índole, en costumbres, en instituciones civiles y políticas. Pues bien, no forman más que uno en la misma fe, en la misma oración, en la misma obediencia. Una circular del Papa es aceptada, y tiene fuerza de ley, en todas las parroquias del mundo. Conozco un anciano médico naval que fué convertido por la comprobación de tan grandioso fenómeno. Dando la vuelta al mundo, vió, en los países más lejanos, que los pueblos menos semejantes a nosotros, rezaban al mismo Dios que nosotros, al mismo Jesucristo, humillaban la cabeza bajo la misma agua bautismal y la misma absolución, aclamaban como nosotros el nombre bendito del Pontífice Romano, y se dijo: "El dedo de Dios está aquí. Nada humano es comparable a este espectáculo." Pero considerémoslo bajo otro aspecto.

La unidad que reina en la Iglesia católica lo une todo y somete a la misma regla *todos los tiempos, así lo pasado como lo presente*. Si vuestros antepasados de ayer, de anteayer, del siglo de Luis XIV, de la Edad Media, de la Iglesia primitiva, se presentaran aquí, cantarían con vosotros el mismo *Credo*, el *Sanctus* al Dios de la Eucaristía, la oración por el cabeza de la Iglesia, sucesor de San Pedro. Hubo en los pasados siglos de persecucióIn, siglos de tolerancia, siglos de protección y de paz. La fe era la misma cuando se ocultaba en las Catacumbas que cuando resplandecía en las hermosas catedrales. Unidad continua, tanto más asombrosa cuanto la vemos subsistir en medio de las

tempestades y de las luchas sangrientas, en las cuales zozobran de ordinario las instituciones humanas mejor establecidas.

¿Qué es lo que quiso Jesucristo? Quiso una Iglesia, una sociedad religiosa perfectamente unificada, un solo rebaño con un solo pastor. "Padre santo—exclamó antes de morir,—os recomiendo a los que me habéis confiado. Sean uno, como nosotros somos uno." Y el apóstol Pablo compara sin cesar la obra de Jesucristo a un vasto cuerpo regido por una sola cabeza, sometido a un solo Señor, iluminado por una sola fe, vivificado por un solo bautismo. Esto es terminante. La institución de Jesucristo se despliega a la luz del día hace ya diecinueve siglos. Vive y palpita ante nuestros ojos. Nada tan hermoso como la unidad que reina en la Iglesia católica. Y me apresuro a añadir

II. Nada tan fácil de explicar como las divisiones que encontramos en la Iglesia católica.

Son de dos especies, doctrinales y disciplinarias.

1.º Hablemos primeramente de *las divisiones que se fundan en la doctrina.* Hay aquí muchos prejuicios que disipar. Imagínanse generalmente que la Iglesia arrebata a sus fieles toda libertad de pensar, y que los creyentes son esclavos de un dogma inexorable que los persigue por todas partes y los oprime sin cesar. Esto se dice, esto se imprime, pero nada más falso.

1. *En el terreno de los conocimientos profanos,* en materia literaria, científica y artística, en materia agrícola, industrial y comercial, en materia política, administrativa y económica, los creyentes son enteramente libres. Pueden evaluar según su parecer, discutir sin limitación alguna, dividirse en tantas opiniones como individuos. Lo que es puramente humano, la Iglesia lo abandona a la libertad humana. He ahí un campo inmenso en el cual los católicos, como todo el mundo, pueden retozar sin que el dogma intervenga para nada.

Pero vamos más lejos. Aun en el orden religioso.

2. *Muchas cuestiones son facultativas,* discutidas y discutibles, abandonas por la Iglesia a nuestra libertad de apreciación. Quizás os asombre, pero no os digo más que lo estrictamente exacto. Hay en la religión una multitud de puntos no definidos, sobre los cuales son libres las opiniones. ¿Queréis ejemplos?

Los teólogos han sostenido discusiones homéricas, tercas, violentas a veces, sobre la gracia, la predestinación y muchos otros asuntos religiosos. La Iglesia nada dijo.

En el Concilio Vaticano de 1870, los obispos y los católicos estaban divididos sobre la cuestión de la infalibilidad pontificia. Antes de la definición, estaban en su derecho.

Algunos *eruditos,* algunos exégetas se niegan a admitir en bloque y a la letra todos los hechos extraordinarios contenidos en el Antiguo Testamento. Como la Iglesia nada ha definido sobre esto, no hay derecho a reprenderlos.

Ciertos milagros de la vida de los santos o de Lourdes son discutidos por buenos católicos. Cometeríamos una falta si nos escandalizáramos de ello y lo calificáramos de herejía.

San Agustín dijo acertadamente: *In necessariis unitas, in dubiis libertas;* unidad en la fe, libertad en las opiniones. Aun en el orden religioso, muchas cuestiones son facultativas, y mientras la Iglesia no juzgue

necesario intervenir y decidir, los católicos conservan toda su libertad y pueden sostener opiniones diferentes. ¿Sobre que se ejerce, pues, precisamente la unidad del catolicismo? Sobre

3. *Un corto número de verdades obligatorias*, indispensables, inviolables, invariables, que tienen por objeto el Símbolo, el Decálogo, la esencia de los Sacramentos y la autoridad espiritual regularmente establecida. La unidad del catolicismo se realiza en torno de los dogmas definidos. Estos dogmas son poco numerosos, pero imperiosos. Sobre esto no se permite la menor divergencia. Todo católico debe someterse a ellos de inteligencia, de corazón y de lengua. ¡Desdichado del que repudie o altere uno solo de los artículos que hay que creer! La Iglesia le advierte, si se engaña, y le condena, si se obstina. Invoca las Escrituras confiadas a su custodia, los cánones redactados por los concilios ecuménicos, las bulas y definiciones de los papas, los escritos de los doctores... y con todos estos testimonios reunidos ahoga las nacientes herejías, detiene las rebeliones e intemperancias del sentido privado, y aplasta con el peso de los siglos los gritos discordantes de Arrio, Pelagio, Lutero, Jansenio, Lamenais, Loisy, y de quienquiera que ponga su mano temeraria sobre el depósito de la verdad religiosa que Jesucristo le entregó para que lo conservara y difundiera. En resumen,

Respetuosa de nuestra libertad, la Iglesia nos deja marchar con entera libertad por el terreno de los conocimientos profanos, y aun por el de las opiniones teológicas facultativas;

Pero proscribe las divergencias y divisiones en el terreno de los dogmas definidos. Aquí exige la fe, estrecha en su mano el haz de las inteligencias y voluntades, y ordena y asegura la unidad, esa hermosa unidad doctrinal que constituye su monopolio, su riqueza y su fuerza, su ornamento y su gloria.

2.° Digamos ahora unas palabras sobre las *divisiones referentes a la disciplina*. Fuera del dogma que no puede cambiar, que no cambia, y en el cual todos los católicos se encuentran y se unen, hay en el catolicismo una parte disciplinaria, litúrgica, administrativa, que puede variar, y que varía necesariamente con el tiempo, los lugares y las circunstancias.

Estas variaciones, puramente externas y secundarias, son legítimas. La Iglesia no puede modificar sus creencias, porque no puede decir de una doctrina ora que es verdadera y ora que es falsa; pero puede y debe modificar sus leyes externas y adaptarlas a las exigencias de las transformaciones sociales. Expongamos algunos ejemplos:

Ciertas ceremonias de detalle, accidentales, locales, no son las mismas en Oriente que en Occidente, hoy y en la primitiva Iglesia.

Ciertas prescripciones referentes al ayuno y a la abstinencia, al gobierno de las diócesis y del clero, cambian de un siglo a otro siglo, de un país a otro país.

La Iglesia lo quiere así. Tolera, aprueba, autoriza, y aun decreta ella mismo estas diferencias. No tendríamos razón en asombrarnos de ello. Un país no cambia de constitución porque reforme sus leyes de policía y sus reglamentos de vialidad. La diversidad disciplinaria en religión tampoco destruye la unidad dogmática, como la armonía en música no destruye la melodía.

Si, esto no obstante, alguna innovación disciplinaria atacase la esencia de la religión, la Iglesia intervendría al punto para prevenirla y reprimirla. Hace oir su

palabra, que advierte y contiene a los temerarios, y separa inexorablemente de su comunión a los recalcitrantes. Cuando en 1790 la Asamblea Constituyente promulgó la Constitución civil del clero, la cual, sin consultar al Papa, trastornaba enteramente la Iglesia de Francia, Pío VI condenó solemnemente semejante constitución y conjuró a Luis XVI que no la sancionara. Defendió así la unidad católica contra las empresas de la Revolución.

Concluyo diciendo que las divisiones que median entre los católicos, o son legítimas, y la Iglesia las acepta, o son ilegítimas, y la Iglesia las proscribe. En uno y otro caso, la unidad del catolicismo queda invulnerable e intacta. Resistió, y resistirá siempre a la herejía, al cisma y a todo poder humano. En vano los heresiarcas o los protestantes intentaron o intentarán desgarrar los dogmas, cegar nuestras fuentes de la gracia, separarnos de nuestros jefes espirituales. Jamás lo conseguirán. En este mundo en que todo pasa, en que todo cambia, la obra de Jesucristo conserva su integridad primitiva. El catolicismo es en todas partes y siempre el mismo. No es posible suprimirlo, ni dividirlo, ni prescindir de él. Como el sol en el horizonte, cambia de aspecto, pero no de substancia. Vivamos de su luz y de su calor.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

Los desfallecimientos que desfiguran a la Iglesia católica

SEÑORES:

Las divisiones que soporta la Iglesia católica no desgarran su unidad, como ya lo hemos visto. Los desfallecimientos que se encuentran en la Iglesia católica no alteran su santidad. Esto es lo que vamos a ver hoy. La Iglesia católica es santa a pesar de los desfallecimientos de algunos de sus miembros. Veámoslo.

I. La Iglesia católica es santa.

Hallo en ella *el tipo de la santidad*. Si nos remontamos al origen de las religiones distintas de la nuestra, encontramos hombres, ¡y qué hombres! Si nos remontamos al origen del catolicismo, encontramos a Jesucristo, que es Dios, prototipo de la santidad, la santidad increada. La Iglesia católica nos reduce constantemente a El, nos invita sin cesar a estudiar su historia, a contemplar su fisonomía, a aproximarnos a sus in-

finitas perfecciones. Pero ¿cómo proceder para copiar semejante madelo?

Encuentro en la Iglesia católica *el secreto de la santidad*. Su moral es impecable. ¿Hay por ventura un desorden que no condene, una virtud que no preconice? Además, nos propone los motivos más poderosos de evitar el mal, de hacer el bien, de marchar por el camino recto, de ir lejos, de subir hacia arriba. Finalmente, pone a nuestro servicio energías sobrenaturales, que vienen en ayuda de nuestra pobre naturaleza vacilante: las oraciones y ceremonias del culto que alimentan nuestra vida moral, los sacramentos que curan, que elevan, que reconfortan, que transfiguran, que exigen y producen tanta humildad, tanta pureza, tantos retornos, tantos avances hacia el bien. Todo cuanto os digo, señores, no es pura palabrería ni teoría, ni ideal irrealizable.

Hallo en la Iglesia católica *los frutos de la santidad*. No es posible discutirlos. Hay en nosotros *un nivel general de moralidad*, de fidelidad conyugal, de amistad paternal, de tierna abnegación, de respetuosa obediencia, de modestia, de caridad universal, que coloca al hombre nuevo cien pies por encima del hombre antiguo. Tomados en conjunto, somos prudentes, somos ángeles, si nos comparamos con los paganos antiguos y modernos. Hijos de Adán, abrigamos sin duda instintos de licencia, gustos depravados, segundas intenciones de rebelión. Pero, hijos de la Iglesia, cristianos regenerados, católicos con frecuencia inconscientes, compensamos nuestros vicios con cualidades reales, con admirables arrepentimientos, con virtudes eminentes desarrolladas hace ya veinte siglos de edad en edad y de pueblo en pueblo. Sí,

Hay en nosotros *virtudes eminentes*, virtudes reservadas, que colocan al catolicismo cien codos más

o que las sectas rivales. El cisma y la herejía conservaron una moral mediana, con ligero matiz de cristianismo, perdieron el secreto de los actos heroicos y de las obras grandiosas.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *mártires* de toda edad, de todo sexo, de toda condición, confirmando con su sangre cada artículo del *Credo*. Contamos millones de ellos en lo pasado, y cada año, en los países lejanos en los cuales impera la persecución, nuestro martirologio se enriquece con nuevas y gloriosas adquisicionss.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *misioneros* y apóstoles que afrontan todos los peligros, y penetran en todos los pueblos únicamente para salvar las almas. En América, en las Indias, en Oceanía, en el centro de Africa, en el Asia interior, funda la Iglesia católica nuevas cristiandades con los representantes que envía. Rindamos justicia a los Livingstone y a los Stanley, pero confesemos que media una distancia inmensa entre esos sublimes y raros exploradores y el ejército inmenso y permanente de los misioneros.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *vírgenes*, enjambres de vírgenes, ángeles de la guarda para la infancia, ángeles de consuelo para los enfermos y moribundos, ángeles de aliento para los ancianos y abandonados, ángeles de paz para los heridos del campo de batalla, ángeles de oración y de sacrificio en la soledad del claustro y en el recogimiento del santuario.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *Ordenes religiosas*, es decir, familias espirituales comprometidas por voto a la práctica de los consejos evangélicos y a la adquisición de la perfección. En vano los enemigos de Dios y de la libertad expulsan, dispersan, suprimen esas instituciones seculares. El vicio pasa, y la virtud permanece. "Las encinas y los frailes son in-

mortales." El hombre se mueve y Dios le guía. Los impíos rugen y la religión sobrevive.

Sólo en la Iglesia católica se encuentran *santos* cuya virtud sobrehumana es atestiguada por milagros. Los ha tenido en todos los siglos, todos los días coloca alguno sobre los altares, y en nuestra misma hora, al beatificar al cura de Ars, demuestra que su fecundidad no se ha extinguido, y que el catolicismo es siempre el único depósito inagotable, divino, en donde se elabora la santidad.

La Iglesia católica es santa, y he dicho

II. A pesar de los desfallecimientos de algunos de sus miembros.

¿Sólo produce santos la Iglesia católica? No, ciertamente. Como toda institución que se apoya en la libertad humana, tuvo y tiene desfallecimientos que deplorar. Estos desfallecimientos son de dos clases; pues se encuentran ora en los hijos, ora en los ministros de la Iglesia. De esto se hace una objeción. Quiero resolverla con claridad y lealtad.

1.° *Hay desfallecimientos en los hijos de la Iglesia.* ¿Es esto verdad? Sí, es verdad. *No podría ser de otra manera.* En efecto, la Iglesia no es una sociedad compuesta de ángeles, sino de hombres. Ahora bien, los hombres, ya sean católicos, ya protestantes o paganos, son libres, y siendo libres, pueden usar correctamente, o abusar de su libertad. Dios creó el hierro y el plomo para nuestra utilidad, pero los hombres pueden emplear estos metales para matarse mutuamente. Esto mismo ocurre con nuestra libertad. Aun ilustrada, guiada, y sostenida por la religión, permanece intacta, due-

ña de sí misma, capaz, por consiguiente, del mal como del bien. Nada de extraño, pues, que haya desfallecimientos entre los católicos; es imposible que no los haya.

Pero esto nada prueba contra el catolicismo, esto no impide que la Iglesia católica sea y deba ser llamada santa. Las hierbas de un campo no impiden que sea rico y fértil. Los pobres y los barrios miserables de una ciudad no le quitan su renombre de rica y brillante población, si cuenta con muchos palacios espléndidos y ciudadanos opulentos, y sobre todo si ofrece a todos medios fáciles de hacer fortuna, y sólo son pobres los que quieren serlo. Tal es la Iglesia católica. Es un hermoso jardín, con algunas malas hierbas, una brillante ciudad, con algunos rincones obscuros. A pesar de los desfallecimientos de cierto número de sus hijos, ofrece a todos sus miembros los medios de santificarse; preserva a los unos y realza a los otros; hace una guerra perpetua a todos los vicios; desaprueba los desórdenes y los escándalos; no moraliza a los hombres a pesar de ellos, pero solicita y multiplica su buena voluntad; finalmente, obtiene de sus fieles una suma de virtud que honra a la vez al catolicismo y al género humano.

Cuando hablamos de la santidad de la Iglesia, se nos echan constantemente en cara los desfallecimientos de los católicos. Esto no es razonable. Porque de que haya algunos malos franceses, ¿tenemos el derecho de poner en duda la grandeza de Francia? Ciertamente que no. Pues bien, porque haya malos católicos no tenemos el derecho de pensar y decir que el catolicismo está alterado, despreciado, disminuido.

Sí, pero he aquí que

2.° *Hay desfallecimientos en los ministros de la Iglesia.* ¿Es esto verdad? Sí, es verdad. Para salvar a los hombres, preciso es ante todas cosas parecerse al

hombre... ser hombre. Un sacerdote angélico hubiera espantado, desalentado, alejado al hombre, en vez de servirlo; un sacerdote que nada tuviera de humano no hubiese inspirado ni respeto, ni confianza. Los sacerdotes no son ángeles, sino hombres, compuestos de cuerpo y alma, hechos de carne y hueso, hijos de Adán, y, como tales, capaces de pecar y desfallecer. Los obispos legítimamente reunidos, y los papas en ciertos casos particulares, son infalibles, pero nunca impecables, cada uno en su vida privada. Decir lo contrario sería una herejía y un absurdo. Lo repito una vez más: los ministros de la Iglesia no están al abrigo ni de las imperfecciones, ni de las tentaciones, ni de las caídas. No tengo el derecho de poner en duda semejante evidencia. Pero tengo el derecho y aun el deber de protestar contra las cuatro injusticias siguientes: con frecuencia, en la hora presente sobre todo, se inventa, se exagera, se generaliza, se explotan los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia.

Se inventa. ¿Qué es lo que no se dice en cierta prensa contra el clero? Por cuanto los sacerdotes son personas pacíficas, demasiado pacíficas, que rara vez se defienden, rarísimas veces, se abusa de su bondad de alma y de su situación inerme, y se ven atacados con frecuencia por la calumnia, por la mentira, por infames relatos que no merecen crédito alguno. "Ese periódico refiere demasiado para que sea verdadero", decía hace poco un hombre del pueblo hablando de un periódico que se le presentaba. Y decía la verdad exacta. En efecto, no es raro que la prensa irreligiosa, invente, a propósito del clero, falsos escándalos sacados enteramente del tintero y de la fantasía de un periodista desleal. Otras veces,

Se exagera los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia. Es una injusticia menos irritante que la precedente, pero injusticia al fin. Veámoslo. Si un sacerdote comete una falta, ¿por qué decir que ha cometido un crimen? Si notáis en él una distracción, una manía, una incorrección de lenguaje, un movimiento de impaciencia, ¿por qué calificarlo de pecado grave, y condenarlo despiadadamente? ¿Por qué convertir las olas en montañas? ¿Por qué convertir la apariencia en realidad, la presunción en certidumbre, el rumor público en demostración? He ahí cómo se procede a menudo con relación al clero: no se le perdona nada, y a los otros todo se les tolera. ¿Es esto justo? Además, no se contentan con esto, sino que se nos aplica un método que aplicado a otros, habría para ahorcarlos a todos.

Se generalizan los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia, se hace pesar sobre toda la colectividad sacerdotal lo que solamente a uno es imputable. Una falta individual se convierte en la falta de todos. Con semejante manera de juzgar y generalizar, se puede llegar muy lejos en el terreno de la injusticia. Porque un oficial haya traicionado y un soldado haya vuelto hacia arriba la culata de su fusil, ¿habrá que condenar a todos los oficiales y a todos los soldados? Porque un notario, un médico, un abogado, haya faltado a su deber, ¿se condenará a todos los notarios, a todos los médicos, a todos los abogados? Señores, si este razonamiento es abominable cuando se aplica a una corporación civil o militar, es igualmente abominable cuando se aplica a una corporación sacerdotal. Se inventa, se exagera, se generaliza, y, finalmente,

Se explotan los desfallecimientos de los ministros de la Iglesia contra el sacerdocio y contra la religión. No hay razón para ello.

El sacerdocio y el sacerdote son dos cosas diferentes. El sacerdocio es divino; el sacerdote es hombre. El sacerdocio es siempre santo; el sacerdote puede no ser-

lo. Pero su culpabilidad no destruye ni su carácter, ni sus poderes, ni su doctrina, ni su misa, ni su absolución, y la religión que representa permanece intacta y sin alteración.

La religión y el sacerdote son dos cosas distintas. El médico no impide, con sus perversas costumbres, que la medicina sea útil. El geómetra, con la perversidad de su inteligencia, no impide que la geometría sea verdadera. El juez sin dignidad ni conciencia, no quita a la ley su carácter obligatorio. Así también, el sacerdote, por culpable que sea, o que lo supongáis, no impide que Dios sea la verdad, que el Evangelio sea la luz del mundo, y que la Iglesia sea santa y divina... He ahí, señores, principios de buen sentido y de equidad. Servíos de ellos en momento oportuno para cerrar la boca a los acusadores sin razón y sin conciencia que vilipendian impúdicamente a nuestra santa religión.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCIA

Diferencias entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual

SEÑORES:

Se echa en cara a veces a la iglesia católica contemporánea que no se parece a la Iglesia primitiva y que ha abandonado las creencias y prácticas del cristianismo de los primeros tiempos. Según ellos, se ha apartado mucho la Iglesia del espíritu, de la fe, de las costumbres de sus fundadores, los apóstoles. ¿Qué hay de verdad en esta afirmación? ¿Se funda en algo? Me propongo demostraros su inanidad.

I. Entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual, la identidad substancial es innegable.

Lo que hoy creemos y practicamos, es lo mismo que se creía y se practicaba hace diecinueve siglos. En el origen más remoto, hallamos nuestro símbolo, nuestros sacramentos, nuestra jerarquía y aun muchas mues-

tras prácticas y devociones voluntarias. Tomaré al azar algunos ejemplos.

Rogamos por nuestros muertos. Pues bien, santa Mónica recomienda a su hijo Agustín que ruegue y haga rogar por ella en altar del Señor. Tertuliano (250 años después de Jesucristo) dice que una mujer cristiana debe ofrecer el santo sacrificio por su marido difunto. San Efreri (360 años después de Jesucristo) pide que se le dediquen oraciones después de su muerte. Constantino, según refiere Eugebio, quiso ser enterrado en una iglesia para que con frecuencia rogasen por él.

Nos confesamos, comulgamos y hacemos dar a nuestros enfermos el sacramento de la extremaunción. Pues bien, el apóstol Santiago dice formalmente: "Si alguno de nosotros cae enfermo, haced que venga un sacerdote y ruegue por el enfermo haciéndole unciones con el aceite." Las obras de los primeros escritores del cristianismo hablan como nosotros de la confesión y de la comunión. Se refiere en los Hechos de los Apóstoles, que los cristianos iban a declarar a los Apóstoles lo que habían hecho. Los obispos de los siglos III y IV que hablaron de la remisión de los pecados, exhortan a la confesión, entre otros san Cipriano (348 después de Jesucristo). "Cada cual—dice—confiese sus pecados mientras viva." En las Catacumbas se encuentran los altares del sacrificio de la misa. En la primitiva Iglesia, se guardaba la Eucaristía para los enfermos en los vasos sagrados, y en el momento del sacrificio, iba el sacerdote al altar precedido de diáconos y clérigos inferiores.

Practicamos el culto de los santos, de las imágenes y de las reliquias. Pues bien, las Catacumbas, donde se ocultaban los primeros cristianos contienen imágenes de santos. San Agustín y muchos otros pastores de la Iglesia primitiva, invitan a los fieles a engalar de seda

y oro, y a venerar, las reliquias de los santos. Desde los primeros tiempos del cristianismo, es uso corriente venerar las imágenes de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los santos, de adorar la cruz, de invocar a los bienaventurados, de honrar los restos de los mártires y de los confesores de la fe.

Nosotros ayunamos y guardamos abstinencia. Pues bien, los primeros cristianos ayunaban; lo prueban cien escritos. Todos los escritores de los tiempos apostólicos, del año 150 al año 450 después de Jesucristo, hablan del ayuno cuaresmal.

Nosotros hacemos con frecuencia el signo de la cruz. Los protestantes califican de superstición este signo. Pues bien, Tertuliano, que vivía 150 años después de Jesucristo, nos dice que los cristianos hacían el signo de cruz al levantarse, al acostarse, durante el trabajo, en los baños públicos, en el foro, en todas partes.

Nosotros tomamos agua bendita. Los protestantes la llaman agua de la idolatría; pero san Cirilo, san Agustín y los obispos de los primeros siglos, aconsejan el agua bendita.

Nosotros creemos en la primacía del papa, sucesor de san Pedro. Pues bien, los Evangelistas nombran en todas partes a san Pedro el primero, aun cuando no era el más anciano, ni el más antiguo apóstol, porque Jesucristo lo hizo base de su Iglesia. Después de la muerte del Salvador, preside la asamblea de los Apóstoles. Además, los escritores cristianos de los primeros siglos que hablan de los papas, colocan sin excepción a san Pedro en Roma, y le atribuyen la primacía.

Nosotros colocamos debajo del papa los obispos, los sacerdotes, los diáconos. Pues bien, el apóstol san Pablo habla de obispos, de sacerdotes que consagren a los sacerdotes. Uno de los primeros concilios de Alejan-

dría declara nulas las ordenaciones hechas por un simple sacerdote.

¿Para qué continuar la enumeración? Sería fastidiosa. Lo poco que acabo de decir basta para sentar la identidad substancial entre la Iglesia primitiva y la actual. Ello no obstante, hay diferencias. ¿Qué debemos pensar de ellas?

II. Entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual, las diferencias son puramente secundarias y accidentales.

Es cierto que la Iglesia no debe modificar sus creencias, porque no puede decir de una doctrina, ora que es verdadera, ora que es falsa. Pero también es cierto que puede y debe modificar sus leyes exteriores y obligarles a seguir el movimiento legítimo de las transformaciones sociales. Hechas para el mayor bien de los fieles las leyes exteriores de la Iglesia, sus leyes litúrgicas y disciplinarias deben adaptarse a las costumbres de las naciones, al temperamento de los pueblos, a las circunstancias de tiempo y lugar. Por ejemplo, por temor a la idolatría, prohibieron los Apóstoles comer la carne y la sangre de los animales ahogados. Sería ridículo conservar hoy semejante prohibición. Por ejemplo, existían en el origen, en el culto católico, ceremonias de detalle no indispensables, que han sido suprimidas y reemplazadas por otras. También tenemos actualmente ceremonias facultativas. ¿Qué importa esto? Cada pueblo y cada época honra a Dios merced a estas prácticas libres, según su gusto. Seguramente que no había ni gas, ni bujías, ni organistas, ni campanas, ni vidrieras en los subterráneos de las Catacumbas. Todas estas cosas son ornamentos puramente exteriores y accidentalmente útiles que decoran el edificio del catolicismo.

Sin que sea preciso hundirlas, pueden ser suprimidas o modificadas. Expliquémonos más y entremos en algunos detalles.

Había entre los primeros cristianos ágapes o banquetes universales que no encontramos en la Iglesia de hoy en día. Verdad es, pero lo que era bueno para su tiempo, no lo es para todos los siglos. Esta costumbre cayó en desuso aun en vida de san Juan, cuando creció el número de cristianos. Los ágapes no constituyen evidentemente un punto de creencia, sino una cuestión de conducta exterior, lo que es esencialmente mudable. Para imitar a los primeros cristianos, ¿habrá que cantar la misa en subterráneos? A otros tiempos, otras costumbres.

Entre los primeros cristianos, eran comunes los bienes, en tanto que la Iglesia actual se practicaba la propiedad individual. Verdad es, pero la comunidad de bienes jamás fué impuesta a los fieles. No era más que una práctica facultativa. Así ha continuado, y la encontramos practicada en el catolicismo en las Ordenes religiosas, en las cuales todo es común, y esto es todo.

Entre los primeros cristianos se leían las Escrituras. Pues bien, se prohibe en la Iglesia católica la lectura de la Biblia. ¿Es esto verdad? No. Jamás la Iglesia ha prohibido la lectura de la Biblia; tan sólo recomienda que se lea con prudencia, y no se crea que puede libremente interpretarse según el capricho de cada uno. Si Jesucristo dijo a los Judíos: "Leed las Escrituras", no quiso dar a entender con esto que no debemos creer más que la Biblia. Recomendó a los fariseos, hombres eruditos, que consultaran la Biblia para que viesen cómo se referían a El los caracteres del Mesías, cómo también las profecías. En efecto, la prueba de la divinidad de Jesucristo por las profecías, una prueba entre

muchas, no puede evidentemente afirmarse más que por la lectura del Antiguo Testamento. Así, en todos los tratados de instrucción religiosa, la Iglesia católica recomienda con insistencia el estudio de las Escrituras como método para llegar a la fe. Pero decir, con la Biblia en la mano: "He aquí el libro que contiene toda la Iglesia primitiva," es lanzar una afirmación sin fundamento alguno. La Iglesia naciente no podía reducir toda su religión a la Biblia, porque los Evangelios, salvo el de San Mateo, fueron escritos bastante tarde, para responder a dificultades locales. ¿Hay en la Iglesia primitiva un hecho, una línea, un epitafio que pruebe que puede uno, con la Biblia en la mano, constituirse en la religión cristiana? No. Jamás la Biblia sola constituyó en parte alguna toda la religión. Según los tiempos y según los lugares, se ha recurrido más o menos a la lectura de la Biblia. Esta variedad de usos, no altera en lo más mínimo la unidad substancial del catolicismo. No cambia de constitución un país porque reforme y modifique sin cesar sus leyes de policía y sus reglamentos de vialidad. Así, el catolicismo hace ya diecinueve siglos que permanece idéntico consigo mismo, a pesar de las diferencias secundarias y accidentales que se han producido en el curso de las edades en su vida externa, administrativa, litúrgica y disciplinaria.

III. Esto no obstante, se aducen aquí, como objeción, los dogmas nuevos promulgados por la Iglesia católica.

Se dice: "Antes de 1870, los católicos no reconocían el dogma del papa infalible; antes de 1854, el dogma de la Inmaculada Concepción; antes del año 1000, el dogma del Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo. Luego la Iglesia romana ha innovado, no ha conservado la doctrina de la Iglesia primitiva."

Entendámanos. Antes de aquellas fechas, la Iglesia creía en los mismos dogmas, pero no los había propuesto como obligatorios. Antes de imponer una doctrina, examina la Iglesia si esta doctrina ha formado siempre parte del depósito de la Revelación; consulta la historia de los siglos cristianos, los escritos de los obispos de los tiempos anteriores hasta los Apóstoles, y, finalmente, el buen sentido y la razón, que nada deben hallar en contra de la lógica, de la ciencia y de la moral; y aun así, no hace de esta doctrina un artículo de fe más que cuando razones graves lo exigen. Esto es lo que explica por qué algunos dogmas recibieron tan tarde la sanción definitiva. Nuestros antepasados, ya en la Edad Media por consiguiente, mucho antes de 1854, festejaban la Inmaculada Concepción, sólo que era libre la adhesión a este dogma, hasta que en 1854 se hizo obligatoria; he ahí la diferencia. Lo mismo debe decirse de la infalibilidad pontificia; mucho antes de 1870, formaba parte esta verdad del depósito de las verdades reveladas; formaba parte realmente, pero no oficialmente; mas a partir de 1870, convirtióse en verdad definitiva, es decir, obligatoria para todos. La Iglesia, al definirla, no la inventó, sino que sencillamente la comprobó, la consagró, la impuso a la creencia de todos los católicos. ¿Qué es un dogma nuevo? Es un dogma que ayer no estaba definido, pero que hoy lo está. Ayer estaba ya en la Escritura y en la tradición; hoy certifica la Iglesia que existe. Estaba contenido en la Revelación como el fruto en su germen, como el rayo en su foco, como el arroyo en su fuente; la Iglesia lo hace brotar, lo expone a la luz, lo cristaliza en una fórmula intangible. Ayer, se podía vacilar, discutir y aun negar; hoy, desde el momento en que la Iglesia ha decidido, ya no debe haber más que una voz. Escribió Fenelón un libro so-

bre las *Máximas de los Santos*, que fué vivamente atacado por Bossuet, y no menos defendido por su autor. Llevóse el asunto a la Santa Sede; Roma condenó la obra, y Fenelón subió al púlpito, leyó por sí mismo el breve o decreto que condenaba su doctrina, y ordenó a todos sus diocesanos que publicaran su propia condenación. Mucho más próximo a nosotros, en 1870, el obispo de Orleáns, Mons. Dupanloup, después de combatir la infalibilidad pontificia, como era su derecho, inclinóse ante la definición formulada por el Concilio Vaticano. En suma, la Iglesia no inventa los dogmas; los determina, los precisa, afirma su existencia indiscutible y les da su fuerza obligatoria. Hace diecinueve siglos que está mezclada en las agitaciones de la historia, y conserva el depósito de las verdades reveladas que le fueron confiadas por su divino Fundador; nada ha cambiado de ellas; nada les ha añadido; nada les ha suprimido. Permanece idéntica a sí misma, y sus transformaciones disciplinarias no hacen más que hacer resaltar mejor su inmutabilidad doctrinal. Entre la Iglesia de hoy y la Iglesia primitiva, el fondo es el mismo con diferencias de forma.

Esta identidad entre la Iglesia primitiva y la Iglesia de hoy ha sido comprobada elocuentísimamente por una multitud de convertidos, cuyo testimonio es sumamente significativo. Todo el mundo conoce el movimiento de retorno al catolicismo que se dibujó en Inglaterra, a mediados del siglo diecinueve. Pues bien, he aquí como este movimiento fué inaugurado y provocado. Los doctores de la Universidad protestante de Oxford, queriendo reaccionar contra la descomposición creciente del anglicanismo, intentaron volver a las tradiciones de la Iglesia primitiva. ¿Cuál no fué su sorpresa cuando, al hojear los escritos de los antiguos Padres, e interrogar las tradiciones más remotas, ad-

virtieron que todos los puntos controvertidos y rechazados por la Reforma, se hallaban afirmados en aquellos antiguos documentos. Los Padres apostólicos, los Ireneo, los Crisóstomos, los Agustín, cuya doctrina trataban de admitir los anglicanos, hablaban como la Iglesia romana. Eran tan papistas como el último vicario católico de Londres. Esta comprobación decidió el retorno al catolicismo de gran número de ministros protestantes. Desde 1841 a 1846, se convirtieron 60 ministros anglicanos.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA (1)

Hay catolicismo para poco tiempo

Christus resurgens jam non moritur.
Jesucristo resucitado, ya no muere.

HERMANOS MÍOS:

Mientras celebramos más solemnemente que nunca nuestra Pascua, no faltan en el mundo seres tenebrosos que dicen: "Esta vez hemos tomado bien nuestras medidas. Hay catolicismo para poco tiemmpo." A la profecía que anuncia la muerte, vengo a oponer la afirmación que canta la vida: *Christus resurgens, jam non moritur.* Jesucristo resucitado, ya no muere, y la religión fundada por El, es, como El, imperecedera por siempre jamás.

El catolicismo es divino; hay que profesarlo, protegerlo y propagarlo: tal es la lección elocuentísima, sumamente práctica y actual, que hoy os aporto. ¡Plegue

(1) **Esta conferencia fué pronunciada el domingo de Pascua en la Misa mayor de las diez, ante toda la parroquia.**

a Dios que mi palabra aumente y reverdezca vuestra fe y os convierta en católicos sin miedo y sin tacha!

El catolicismo es divino *en su origen.* De papa en papa y de obispo en obispo, se remonta a los Apóstoles, a san Pedro, a Jesucristo, que es Dios. De Dios hasta nosotros, la cadena no se interrumpe; un niño podría contar y nombrar todos sus escalones.

El catolicismo es divino *en su historia. Asentóse* sin auxilio humano y a pesar de toda oposición humana. *Vivió,* discutió, disecado, desgarrado, ora por la astucia, ora por la violencia; aquí por la ciencia, allá por la ley; hoy por los príncipes, mañana por los pueblos, a veces por todos estos medios coligados. *Produjo* maravillas de civilización. Rehabilitó a la mujer, al niño, al esclavo, al hogar. Transformó las ideas, las costumbres, las leyes, las instituciones. Hizo almas y sociedades nuevas. Aseguró la victoria de la moralidad sobre la brutalidad. Creó en el mundo la castidad perfecta, la caridad voluntaria, la abnegación desinteresada, las vocaciones heroicas, las virtudes reservadas.

El catolicismo es divino en *su organización.* Se mezcla con todos los pueblos, sin exigir el sacrificio de su nacionalidad ni el de su patriotismo. Se armoniza con todos los regímenes políticos, sin seguir su conducta, su método, sus excesos. No retrocede ante la voluntad de ningún hombre, así se presente coronado, armado hasta los dientes, arrebatado hasta la ferocidad. Su jefe, elegido por los pastores de todos los países, no es súbdito de ningún soberano particular, y goza de plena independencia. Una sociedad religiosa tan perfectamente sonstituída, no tiene un hombre por autor.

El catolicismo es divino *en su dogma,* que toca sin vacilar las cuestiones más delicadas, y satisface igualmente al genio y al humilde. Tenemos un símbolo

compuesto de misterios y de afirmaciones filosóficas, que se encadenan y se sostienen invenciblemente, y en torno de este símbolo se realiza la unidad de las inteligencias, a pesar de las diferencias de tiempo y de lugar, a pesar del progreso de la ciencia, a pesar de las rebeliones del sentido privado... en tanto que, fuera de nosotros, no veo más que individuos aislados, abandonados a sí mismos, con opiniones sin ninguna cohesión doctrinal.

El catolicismo es divino *en su moral*, la cual es precisa, completa, autorizada y eficaz. Ella proscribe todo mal y ordena todo bien; preserva, realza, transfigura; inculca la virtud, la hace posible, la exalta hasta el heroísmo. Si es verdad que hay falsos católicos, no es culpa de la Iglesia, cuyos consejos y órdenes bien observados, hacen perfecta al alma.

El catolicismo es divino *en su culto*. Todo es complicado o ridículo en la religión de Buda y en la de Mahoma. Los herejes tienen un templo mudo y glacial. La masonería, avergonzada de sí misma, no revela a nadie sus ceremonias subterráneas. El culto católico es en todas partes el mismo, en todas partes está abierto al público, en todas partes es digno de Dios y bienhechor del hombre.

El catolicismo es divino. Apelo a *sus ministros*, a sus papas, a sus obispos, a sus sacerdotes, a sus misioneros. Algunos fueron santos, muchos fueron sabios, casi todos hombres inteligentes y virtuosos. ¿No es inverosímil suponer que gran número de sacerdotes y pontífices, que viven y han vivido desde hace veinte siglos, se hubiesen puesto de acuerdo para caer en los mismos errores y engañar a los pueblos con las mismas mentiras?

El catolicismo es divino. Apelo a *sus partidarios*. Tomados en conjunto, constituyen la mejor porción

del género humano. Los unos son ilustres en todas las ramas del arte, de la ciencia, de las profesiones; los otros son abnegados hasta el sacrificio más absoluto de la fortuna, del bienestar y aun de la vida. Buen número, después de ignorar largo tiempo o combatir a la Iglesia, han vuelto en ella a consecuencia de pacientes estudios. Veo que todos perseveran en ella hasta la muerte. Millares de judíos, de protestantes, de incrédulos, abandonaron sus errores en el momento de comparecer ante Dios, en tanto que jamás un católico creyente y práctico hasta aquel momento y enteramente libre cambió la religión. Cuando ya no se oye el ruido de la vida, cuando las pasiones se callan, la fe se yergue y se afirma incontestable y soberana.

El catolicismo es divino. Apelo a *sus enemigos*. Herejes, ateos, librepensadores, libres de todo freno, todos, aunque en guerra los unos con los otros, siempre están de acuerdo para atacarlo. Se deja tranquila a la religión china y a la mahometana, al rabino judío, al marabut árabe, al ministro protestante. Los malos no persiguen más que a la religión católica. ¿Por qué? No es que sea falsa, porque las objeciones que se oponen, carecen de valor y han sido centenares de veces refutadas. No es que sea mala, porque no hace más que el bien en todas partes, siempre, a todos. ¿Por qué, pues, ese acuerdo del odio contra la religión católica? Porque es la única cuyas afirmaciones y exigencias inquietan las almas impías y descarriadas. Da miedo. Es un remordimiento viviente. La detestan porque es verdadera; la maltratan porque es santa; la temen porque es divina. Verdadera, santa y divina, tiene el honor incomparable de contar entre sus enemigos a todos los bribones de alta y baja estofa. ¡Cristianos, nunca os mostraréis suficientemente orgullosos de vuestra religión! Para apreciarla en su justo valor, no tenéis mas

que prestar oídos a las imprecaciones de sus enemigos, no menos gloriosas para ella que las aclamaciones de sus amigos.

I. Hay que profesarla.

Tal es nuestra obligación. La libertad de conciencia, la libertad del culto es un derecho natural, inherente a la persona humana, anterior y superior a los derechos del Estado, fundado en la voluntad de Dios, que dijo: "Amarás al Señor tu Dios... y sólo a El servirás." Es un derecho positivo, reconocido, escrito, claramente expuesto en el artículo 1.º del Concordato, que dice: "La religión católica, apostólica y romana será libremente ejercida en Francia." No impedimos que el judío vaya a la sinagoga, el protestante al templo, el francmasón a la logia, el librepensador al club, sino que nadie puede impedirnos que vayamos a la iglesia y practicar nuestra religión. Pueden matarnos, pero no pueden matar nuestro derecho. Hay que profesar el catolicismo. Tal es nuestro derecho.

Tal es también nuestra obligación. Dios lo quiere. Veneremos interior y exteriormente la religión, las cosas y las personas religiosas. Sepamos ponernos de rodillas cuando se nos mande; cantar nuestro *Credo* y seguir una procesión cuando convenga; afirmar nuestra fe en la conversación, en todo momento oportuno; saludar al sacerdote cuando la ocasión se presente. Seamos católicos hasta el fin, hasta la santificación completa del domingo, hasta la práctica de la abstinencia en casa y de viaje, hasta la confesión y la comunión pascual... Nuestro tiempo lo exige. Un poeta escéptico del siglo XVIII, testigo asqueado de las orgías de la banda, el enciclopedista Chamfort, exclamaba refiriéndose a los librepensadores que le rodeaban: "Tanto dirán que acabarán por hacerme ir a misa." Me parece que en la hora presente, al choque de las brutalidades e insolencias de la impiedad, los cristianos tibios, las personas sencillamente honradas acabarán por comprender que al exceso del mal exige de su parte un despertar, un esfuerzo, un arranque hacia el bien, una vuelta a la religión completa. Los campos se deslindan. No es lícito, casi no es posible pasar de una orilla a otra orilla, de flotar entre la fe que se afirma y la negación que blasfema. El catolicismo es divino. Preciso es profesarlo.

II. Preciso es también protegerlo.

Tal es nuestra obligación. Cuando un ladrón de caminos nos pide la bolsa o la vida; cuando un ladrón de casas intenta escalar nuestro muro cerrado y fracturar nuestra puerta y nuestra caja; cuando un ratero por procedimientos vedados, trata de despojarnos de lo nuestro, tenemos el derecho de defendernos, de mostrarnos desconfiados, de tomar precauciones, de desenmascarar la injusticia, de proteger nuestra propiedad. Ahora bien, la religión es un patrimonio moral más precioso que el oro y la plata; y si, con la violencia, la ley o la astucia, se nos disputa esta propiedad sagrada, tenemos ciertamente el derecho de protegerla. ¿Qué digo?

Tal es nuestra obligación... obligación de conciencia, porque la religión es un bien de familia, un depósito cuyos guardianes responsables somos; obligación de patriotismo, porque la religión es un bien nacional, cuya desaparición sería para la sociedad un empobrecimiento y una desgracia irreparable. Todas las fuerzas sociales son solidarias de la idea religiosa. Si la religión cae, todo caerá con ella, la salvación de nues-

tras almas, el honor de nuestros hogares, la seguridad de la patria. Cuando arde la casa, todo el mundo debe formar la cadena para extinguir el incendio. Cuando el navío está en peligro, todos los pasajeros deben convertirse en tripulantes para luchar contra la tempestad. Cristianos, todas vuestras instituciones religiosas están en peligro; hay que formar la cadena. Vuestra fe está amenazada; hay que salvarla. Con la oración, con la palabra, con la acción, con la prensa, con el voto, con la asociación, con los medios sobrenaturales y con los medios legales, hay que proteger al catolicismo.

III. Hay que propagarlo.

Tal es nuestra obligación. Los impíos propagan libre y ardientemente la impiedad. Hay en el mundo un vasto y misterioso apostolado de escepticismo y de muerte que no descansa un momento. ¿Es que la propaganda del mal es permitida y prohibida la propaganda del bien? Así se ha dicho. Padres, se ha dicho que vuestros propios hijos no os pertenecen, sino que pertenecen al Estado, y que, por consiguiente, deben ser educados por El Estado, instruídos por el Estado, deformados, descristianizados, descatolizados por el Estado. ¡Fuera semejantes infamias! Poseéis el catolicismo, no para ocultarlo y ahogarlo en vuestro seno, sino para transmitirlo y propagarlo. Tal es vuestro derecho.

Tal es también vuestra obligación. Transmitidlo a vuestros hijos. Antes de procurarles títulos, para convertirlos en personas honradas y excelentes ciudadanos, haced de ellos cristianos convencidos y católicos fervientes. No permitáis que se borre de la frente de vuestra posteridad el signo del bautismo. No dejéis que crezca a vuestro lado una raza de descreídos. Propagad el catolicismo, no sólo en vuestra familia, sino también en vuestro mundo contemporáneo. Con la palabra y con la pluma, con el ejemplo y el apostolado, con la persuación y los servicios que hagáis, acreditad vuestra fe, disipad los prejuicios, desterrad la ignorancia, alentad a los que combaten, atraeos a los que vacilan, sustituid a los que caen, salvaos salvando a vuestros hermanos.

Hay malhechores que dicen: "Esta vez están bien tomadas las medidas. Tenemos catolicismo para poco tiempo." A esto he respondido: "El catolicismo es divino. Hay que profesarlo, protegerlo y propagarlo." Ejecutad este programa. Seguid las enseñanzas que nuestro excelente predicador cuaresmal os da con tanto celo y talento. Cumplid con vuestra obligación, y no tengáis miedo. Todo el mal que se hace y todo el mal que se anuncia, pasará como pasaron las tempestades precedentes. La tormenta sólo dura un momento. En vano arrasa las cosechas; el tiempo y la paciencia lo reparan todo. Por otra parte, la tempestad es a menudo necesaria para renovar y sanear el aire. La Providencia conduce los acontecimientos según sus miras. El hombre se mueve y Dios le guía. *Christus resurgens jam non moritur.* Jesucristo es el eterno crucificado, el eterno resucitado, el eterno perseguido, el eterno vencedor. Padeciendo con El, preparamos las victorias y resurrecciones de lo por venir. Seamos aquí bajo, durante algunos días, los lugartenientes de la verdad y el bien, los amigos de la justicia y de la libertad, los servidores de nuestros hermanos, los fieles hijos de Dios, creyentes sinceros, católicos sin miedo y sin tacha, y seremos allá arriba coronados, elegidos, eternamente bienaventurados.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

¿Por ventura puedo creer en hombres?

SEÑORES:

No hemos terminado aún las objeciones dirigidas contra la Iglesia. Ella se compone de hombres. El papa y los obispos son hombres como nosotros. De aquí que algunos se rebelen y exclamen: "¿Por ventura podemos creer en hombres?" ¿Por qué no? Permitidme que os muestre, que el sistema católico es aquí como siempre, absolutamente razonable.

I. Los católicos creen en hombres, pero no en cualesquiera hombres.

¿Cuáles son los hombres que tienen el derecho de enseñarnos la religión y en los cuales creemos?

¿Son *los reyes, los emperadores, los presidentes* de república y sus ministros? No. Algunos han abrigado y abrigan aún, semejante pretensión de gobernar las almas y los cuerpos, lo espiritual y lo temporal. Los

emperadores de Rusia, los reyes de Inglaterra, José II de Austria, y, en Francia, los autores de la constitución civil del clero. Semejante pretensión sería idiota, si no fuera criminal. Veámoslo. ¿Por ventura dijo Jesucristo a Tiberio o a Herodes: "Edificaré mi Iglesia sobre ti?" No. Esto lo dijo a San Pedro, y a sus sucesores. No hay en el Evangelio una sola palabra que autorice a los poderes civiles a ocupar el puesto de pontífices, predicadores y legisladores religiosos. Y si a veces, en la historia, se ha visto que príncipes seculares asistían a concilios, promulgaban leyes puramente espirituales y se ocupaban en asuntos eclesiásticos, hay que interpretar su intervención y entenderla rectamente. Jamás aceptó la Iglesia la ingerencia del Estado en su enseñanza. Jamás se doblegó ante un sable, ante un orador parlamentario. Si bien permitió que los príncipes católicos penetraran en sus concilios, jamás les concedió voz deliberativa. Constantino dijo en el Concilio de Nícea: "No nos pertenece a nosotros ser jueces en los asuntos religiosos, porque no somos obispos." Y Teodosio, en el Concilio de Efeso, dirigiéndose a los obispos, les dijo: "A vosotros ha concedido Dios el poder de gobernar nuestras almas." Sería, pues, muy curioso, sería irracional, que jefes de Estado, con frecuencia ignorantes en religión, a veces herejes o perseguidores, fuesen directores de almas y miembros directores de la Iglesia. Esto no puede ser. esto no es. ¡¿Quiénes son, pues, los hombres que tienen el derecho de enseñar la religión y en los cuales hacemos profesión de creer?

¿Son *los laicos piadosos, los cristianos fieles, los católicos eminentes* por el talento, la virtud o el celo? No. Ciertamente no hay inconveniente alguno, y aun hay ventajas, en que los seglares intervengan en la definición del Evangelio y en la defensa de la Iglesia. Al-

gunos han sido y son poderosos agentes de apostolado, y preciosos auxiliares del catolicismo. Pero examinemos bien este punto. Los seglares, por bien intencionados y por inteligentes que sean, no son la Iglesia enseñante. No son oráculos, y, con frecuencia nos equivocaríamos si nos pusiéramos a remolque de alguno de ellos. Nuestra mentalidad religiosa podría resentirse mucho de ello. ¿Quiénes son, pues, los hombres que tienen el derecho de enseñarnos la religión y en los cuales hacemos profesión de creer? ¿Son Bonald o de Maistre? No. ¿Es Luis Veuillot? Tampoco. ¿Son Drumond o Cassagnac? Menos. Todos estos hombres son pensadores y escritores de mucho valer... pero no tienen la misión divina de instruir nuestras almas ni de dirigirnos oficialmente por la vía de la salvación.

¿Son *los simples sacerdotes* los que tienen esta misión? No. Los simples sacerdotes no son la Iglesia enseñante. No creemos en ellos, sino en aquellos que los enviaron, esto es, en el papa y en los obispos. Cuando Jesucristo dijo: "Id y enseñad a todas las naciones." Se dirigió únicamente a los Apóstoles y estableció dos categorías bien distintas: los Apóstoles y su auditorio, de un lado, el papa y los obispos reunidos, sucesores de los Apóstoles, órganos de la Iglesia, en quien se perpetúa la promesa divina, y, de otro, los sacerdotes y los fieles, sucesores de los discípulos, en quien se renueva el auditorio que escucha y se instruye. Los católicos creen en hombres, pero no en todos los hombres, sino en los que enseñan con la autoridad de los Apóstoles. He aquí ahora otra explicación importante.

II. Los católicos creen en hombres, pero únicamente en materia religiosa.

Señores, los enemigos de la Iglesia nos acusan estúpidamente o malvadamente de conceder fe, como a una palabra del Evangelio, a todo cuanto dicen o pueden decir el papa y los obispos sobre cualquier asunto. Esta acusación sólo puede engañar a los ignorantes y a los cándidos. Hacemos profesión de creer en el papa y en los obispos... pero ¿en qué?

¿En materia profana y científica? No. Las ciencias matemáticas, naturales y físicas, la historia, la política y el gobierno, las artes y las letras, la agricultura, el comercio y la industria son cosas entregadas a las disputas de los hombres, circunscritas a los límites del tiempo, y tienen por teatro la tierra y por objeto la vida temporal... Sobre estas cosas, el papa y los obispos no tienen que pronunciar juicio alguno definitivo. Pueden ciertamente tener y expresar una opinión, pero no imponen una solución obligatoria únicamente.

En materia religiosa hacemos profesión de creer, en el papa y en los obispos. Han sido instituídos para regenerar moral y religiosamente la especie humana, para dar al hombre, no la doctrina y la vida del tiempo, sino la doctrina y la vida de la eternidad, para tomarnos de la mano y conducirnos al cielo... Nada más ni menos que para eso. Así, pues,

Creemos en el papa y en los obispos cuando nos enseñan el dogma, es decir, las verdades especulativas que deben regir nuestras ideas.

Creemos en el papa y en los obispos cuando nos enseñan la moral, esto es, las verdades prácticas que deben regir nuestra vida. El dogma y la moral constitu-

yen el depósito de la Revelación cristiana confiada a su custodia.

Creemos en el papa y en los obispos cuando legislan para la Iglesia universal. Dejaría la Iglesia de ser santa, no sería ya la obra divina de Jesucristo, si el papa y los obispos pudieran ordenar al mundo entero algo inmoral o irreligioso, algo contrario a la fe y a las costumbres.

Creemos en el papa y en los obispos cuando definen que tal doctrina es errónea, que está contenida en tal libro o enseñada por tal heresiarca.

Creemos en el papa y en los obispos cuando velan con celosa libertad y escrupulosa fidelidad a las puertas de su territorio espiritual, cuyo acceso defienden, y declaran usurpador y sacrílego a todo aquel que intenta violarlo, y cuando arrojan fuera del seno de la Iglesia a todo el que discute una verdad de fe o una regla de costumbres.

Creemos en el papa y en los obispos cuando declaran que tal vida santa merece el culto de la familia cristiana, cuando canonizan a los santos. ¡Cuán singular sería la Iglesia de Jesucristo, y qué error inevitable e insoportable nos impondría, si pudiese elevar un condenado a los altares! Aquí, con todo, se impone una explicación necesaria, que me apresuro a daros. Cuando la Iglesia canoniza a un santo, al Cura de Ars, a Juana de Arco, toma a su cargo la santidad del personaje, no los actos y milagros de su vida, aunque estén oficialmente comprobados. "Jamás—dice Benedicto XIV—ha considerado la Santa Sede como cierto todo lo contenido en el martirologio y en el breviario." Diversos errores e inexactitudes se han deslizado en el relato de la vida de los santos; a la crítica histórica corresponde la empresa de hacer justicia... He aquí, pues, dos afirmaciones bien sentadas: los católicos creen en

hombres, pero no en cualesquiera hombres, sino tan sólo en materia moral y religiosa. He aquí ahora la última observación capital:

III. Los católicos creen en hombres, pero en hombres infalibles.

Cada día, *en la vida civil* creemos en hombres que no son infalibles. *El niño* cree en su padre y en su madre, y confía en ellos a ojos cerrados. Esto no obstante, los padres no son infalibles, pueden engañarse y engañar a su posteridad, lo cual ocurre con bastante frecuencia. *El alumno* cree en su maestro; abre los oídos, toma la pluma y acepta las decisiones soberanas de su profesor; sólo con esta condición tiene probalidades de conquistar más tarde el título de bachiller. Ello no obstante, el maestro en su clase no es infalible, sino que puede engañarse y engañar a sus alumnos. Por parcialidad, por ignorancia, por distracción, puede cometer injusticias, errores, descuidos. El *pleitista* cree en el juez, aunque a veces lo maldiga, pero es preciso que crea en el juez de paz, que pronuncia juicios sin apelación en ciertas materias; en el tribunal de la audiencia, que es soberano; en el jurado y en el consejo de guerra, que resuelven, definitivamente las cuestiones de hecho, y en el Tribunal Supremo, que decide las cuestiones de forma y las de derecho. A pesar de ello, el magistrado no es más infalible que el profesor o el padre de familia, y los errores judiciales son de todo tiempo y de todo lugar. Creemos en *filósofos*, que tienen pretensiones, pero que carecen de doctrina, que remueven cuestiones, pero que no dan soluciones; que se contradicen entre sí; que niegan hoy lo que afirmaron ayer. Creemos en *políticos* y en *periodistas*, que se mofan de la verdad, de la justicia, del pueblo, de

todo y de todos. He ahí un hecho palpable. Todos los días, en la vida civil, creemos en hombres que no son infalibles. Esto es así, y, hasta cierto punto, debo decir, *así debe ser*. No hay familia, si el hijo no cree en su padre y en su madre. No hay ciencia, si el alumno no cree en su profesor. No hay justicia, si el pleitista no cree en su juez. No hay nación, si el ciudadano no cree en el Estado. No hay orden social, si el hombre no cree en el hombre. Si, pues, en materia profana, creemos en hombres que no son infalibles,

¿Pueden censurarnos de que nosotros los católicos, *en materia religiosa*, creamos en el papa y en los obispos, es decir, en hombres que son infalibles? No pueden, no deben censurarnos. Creyendo en el papa y en los obispos, que son infalibles, no sólo hacemos un acto de fe, sino también y sobre todo un acto de razón. Pero el papa y los obispos, ¿son verdaderamente infalibles en la enseñanza de la religión? Tened un poco de paciencia, pues me propongo ofreceros la prueba más clara y convincente de ello.

Por hoy, señores, resumo mis tres proposiciones. Los católicos creen en hombres, pero: 1.º no en cualesquiera hombres; 2.º únicamente en materia religiosa; 3.º en hombres infalibles. Los católicos no somos crédulos ni supersticiosos. No damos nuestra fe sino a sabiendas. Los ciegos, los crédulos, los supersticiosos, lo pobres insensatos son los librepensadores, los que siguen dócil y estúpidamente a jefes de fila, a supuestos doctores sin mandato, sin autoridad, y, con frecuencia, sin valer y sin conciencia. Mostrémonos orgullosos, señores, de nuestra religión. Estudiémosla para amarla más, para defenderla mejor, para practicarla cada día con mayor perfección.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

¿Por ventura puedo creer en hombres?
(Conclusión)

SEÑORES:

Se nos echa en cara a nosotros los católicos que creemos en hombres. Verdad es, creemos en hombres, pero no en cualesquiera hombres, solamente en materia religiosa, y únicamente en hombres infalibles. Hay que demostrar esta última proposición. Declaro y voy a demostrar, que el papa y los obispos unidos al papa: 1.º deben ser infalibles; 2.º son infalibles.

I. El papa y los obispos unidos al papa deben ser infalibles.

La infalibilidad es una necesidad de la naturaleza humana. El hombre la practica y la acepta aun donde no se encuentra. El jurado envía soberanamente al cadalso, a pesar de que puede equivocarse. Aceptamos sin vacilar las prescripciones del médico, las drogas del

farmacéutico, y a veces se halla en ellas la muerte; pues con mayor razón tiene necesidad de decisión el hombre en lo referente a su vida religiosa, de la cual depende la eternidad, y la cual reclama la fijeza en la creencia. La fe es obligatoria, y por ella hay que estar siempre dispuesto a dar la vida. Pero ¿cómo una Iglesia que puede engañarse tendría el derecho de pedir la vida de sus fieles para un error posible y un dogma dudoso? ¿Cómo obligar a creer lo que puede ser falso? El papa y los obispos unidos al papa deben ser infalibles. La infalibilidad es una necesidad en materia religiosa. En materia profana los errores son reparables. La ciencia se reforma, la justicia se mejora, y, a veces, vuelve sobre sus sentencias, la política y el gobierno son y se declaran perfectibles. Si nuestros padres fueron mal educados, mal enseñados, mal juzgados, mal gobernados, podéis aprovechando su experiencia, procuraros mejor educación, una ciencia más profunda, una justicia más exacta, un gobierno más equitativo. Pero, en materia religiosa, todo error es irremediable, y toda retracción imposible. Si la Iglesia se engaña, y engaña tan sólo a un alma, la desgracia es irreparable; no debemos sospecharlo ni un solo día, ni sobre un solo punto, ni en un siglo, ni en otro.

Supongamos que la Iglesia, el papa y los obispos unidos al papa no sean infalibles, ¿a quién, qué cosa, poner en su lugar para guiar seguramente al pueblo cristiano? El hombre, creado para la verdad, tiene necesidad de que se le dé; el hombre, poseedor de la verdad, tiene necesidad de que se la conserve. Sus aspiraciones y debilidades proclaman la necesidad de un gobierno de los espíritus. ¿Quién será encargado de este gobierno? ¿Los espíritus escogidos y los hombres de estudio que se aplican a la investigación de la verdad, y se deleitan en su posesión? Pero sus incertidum-

bres sus variaciones, sus disidencias sobre los puntos fundamentales que más nos interesan, les prohiben, la mayor parte de las veces, las generosas y delicadas funciones de doctores y directores del espíritu humano. Por otra parte, ellos mismos se recusan. "La elevación intelectual—dice Renán—será siempre patrimonio de un pequeño número; con tal que este pequeño número pueda desarrollarse libremente, no se preocupará gran cosa de la manera como el resto proporciona a Dios a su altura." Hijos de Voltaire y de Renán, nuestros modernos filósofos se desentienden fácilmente de la inmensa mayoría del género humano. Dios es mejor que los filósofos, y quiere que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad... por la verdad, hay que entender especialmente las verdades superiores que superan a nuestra razón, que nos ponen en relación más íntima con Dios, y determinan la dirección de nuestra vida en el sentido de nuestros destinos sobrenaturales. No contemos con nuestros intelectuales para ponernos en posesión de estas verdades superiores. Tienen la pretensión de universalizar la instrucción profana, y desdeñan, por lo general, la instrucción religiosa, más necesaria que ninguna otra al alma humana. Los unos por negligencia y ceguedad, los otros por sistema, descartan de la enseñanza popular las altas y graves cuestiones cuya solución reclaman imperiosamente nuestra necesidad de conocer, nuestros deseos de grandeza, nuestra sed de inmortalidad. La instrucción que se ofrece a nuestras jóvenes generaciones es una instrucción positiva, que elimina deliberadamente las cuestiones que se plantea instintivamente todo ser racional: ¿Quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿por qué caminos? En lugar de la Iglesia, del papa y de los obispos unidos al papa, no podemos colocar doctores puramente humanos.

¿Podemos colocar la Sagrada Escritura, el Evangelio? ¡El Evangelio! ¡Pero si cada cual lo interpreta a su manera! ¡Pero si los pasajes claros y admitidos por todos no bastan ni siquiera para establecer sin contradicción la divinidad de Jesucristo o la Trinidad! Atenerse únicamente a la Biblia, que tiene necesidad de explicaciones difíciles, y sobre la cual no se ponen de acuerdo los hombres instruídos, es querer hacer imposible la conquista de la verdad. Ved como proceden los herejes. Jamás saben lo que hay de exacto en la Biblia; ni siquiera lo saben sus ministros. Ved a Lutero; después de apelar de su obispo al papa, del papa mal informado al papa bien informado, de las universidades alemanas a la universidad de París, y, finalmente, al concilio general, declara, sin esperar al concilio, que apela a la Escritura. Estaba bien seguro de que la Escritura era un juez que no podía condenarlo, ni responderle, y al cual le haría decir cuanto quisiera. Los heresiarcas se sirvieron de la Escritura para cohonestar su rebelión. ¿Hay algo más sencillo que este texto: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre?" Esto no obstante, Calvino no ve en él más que una figura, en tanto que Lutero persiste en ver en él la presencia real. Zwinglio reprocha a Lutero el haber falsificado el texto bíblico y cometido más de mil alteraciones; y Lutero califica de locos y de anticristos a los que aceptan la versión de Zwinglio. A creer a Teodoro de Beza, la versión de Ecolampadio, publicada en Basilea, es "impía y contraria a la palabra de Dios." Si se cree a los anglicanos, "la de Ginebra es la peor y más infiel que se haya publicado nunca." Fnalmente, los anglicanos mismos piden al Parlamento una revisión de las Escrituras, y la única razón que retiene al Parlamento es la imposibilidad de encontrar ministros que se entiendan sobre los cambios que querían introdu-

en la Biblia en uso. El protestantismo no quiere referirse más que a la palabra divina consignada en la Biblia, pero no está absolutamente cierto de poseer la palabra de Dios desde el momento en que niega la infabilidad de la Iglesia. El papa y los obispos unidos al papa deben ser infalibles. Nada ni nadie puede sustituirlos para conservar y distribuir con seguridad al género humano la doctrina de Jesucristo.

II. El papa y los obispos unidos al papa son infalibles.

Apelo a *su propia afirmación*. Si esta afirmación fuera embustera, sería incomprensible. Jamás reunión alguna de hombres se hubiera atrevido, y no se atrevió, a decir, salvo los concilios, que no se engañarían nunca; eso sería demasiado absurdo, y evidentemente demasiado falso. Pero la asamblea general de los obispos unidos al papa se da este privilegio. Semejante pretensión es única en el mundo. Por grande que sea su ambición de ser creído, el hombre no se atreve a afirmar que no puede engañarse; procura imponerse como si fuera infalible, pero decir que lo es, no lo ha hecho nunca. Ved a Lutero y Calvino. Refrenan, injurian, persiguen y aun condenan a muerte a los que se niegan a creer en su palabra... pero no se atreven a decir que son infalibles. El papa y los obispos unidos al papa se creen y se proclaman infalibles; luego lo son. Su afirmación por sí sola es una demostración.

Apelo a *la afirmación de Jesucristo*. Jesucristo dió la infalibilidad a sus Apóstoles. Prometióles que no se engañarían, y esto eternamente. Abundan los textos de la Escritura Santa: "¿Quién os escucha, a mí me escucha." "Si alguno no escucha a la Iglesia, téngase por publicano." "Enseñad a las naciones, enseñadles lo que yo os he enseñado; yo estoy con vosotros hasta

la consumación de los tiempos." "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." San Pablo dice que "Jesucristo hizo apóstoles y pastores y doctores, para que no seamos arrastrados por todo viento de doctrina." Recomienda á su discípulo Timoteo "que guarde sin tacha la doctrina hasta la venida de Jesucristo." ¿Qué quiere decir todo esto sino que los jefes de la Iglesia son infalibles? Esto es más claro que la luz del día. Finalmente, para desvanecer toda duda, Dios permitió que la Sagrada Escritura, los Hechos de los Apóstoles, nos hicieron el relato de una reunión apostólica en donde se afirmara esta infalibilidad. En efecto, los Apóstoles y los ancianos, después de deliberar sobre la promulgación de cierta ley, la proclamaron así: "Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros imponer esta ley necesaria"... Declaránse, pues, co legas del Espíritu Santo.

Jesucristo dió la infalibilidad a los Apóstoles; luego también a sus sucesores, al papa y a los obispos unidos al papa. Esto no es dudoso. Jesucristo dijo a los Apóstoles: "Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo." Pues bien, los Apóstoles murieron; no podían vivir y envejecer eternamente. Por consiguiente, Jesucristo prometió estar con ellos y con sus sucesores. Jesucristo les dijo también que enseñaran a todas las naciones. Ahora bien, por sí mismos no podían evangelizar al Africa casi desconocida, a América ignorada, al Asia sin fin; no podían hacerlo más que por medio de sus sucesores. Por consiguiente, Jesucristo al dirigirse a los Apóstoles, dirigíase al papa y a los obispos, sus sucesores. Si la infabilidad hubiera debido cesar, Jesucristo nos lo hubiera advertido a fin de que los fieles supiesen con exactitud hasta cuándo conservaría la Iglesia la verdad, y no se vieran expuestos nece-

riamente a aceptar el error. Por otra parte, ningún escrito de los primeros tiempos distingue, sobre este punto, entre los Apóstoles y sus sucesores. Era una verdad universalmente reconocida, y desde el origen vemos que los Apóstoles admiten entre ellos a san Pablo y a san Matías, a los que Jesucristo no había elegido durante su vida. La afirmación de Jesucristo sobre la infabilidad que da a su Iglesia, no está tan sólo claramente explicada en el Evangelio, sino que es inmediatamente realizada y reconocida en los principios de la vida católica. El papa y los obispos unidos al papa son infalibles.

Apelo a la *afirmación de la historia*. Desde el principio, y en el curso de veinte siglos, el papa y los obispos ejercen su privilegio de infalibilidad. En el Concilio de Jerusalén, los Apóstoles, como acabamos de ver, promulgan el decreto en nombre del Espíritu Santo y en el suyo propio. Sus sucesores obran del mismo modo, juzgan por modo infalible todo lo que se refiere a la dctrina revelada, y condenan soberanamente lo que se levanta contra la Revelación. Su boca fija la fe y fulmina el anatema. Ora el papa define por sí solo y los obispos dispersos aceptan su juicio y definen después de él y con él, ora los obispos se unen al papa en concilio general, cuyas decisiones son inmediatamente recibidas y obedecidas en Oriente y en Occidente. A veces se intenta apelar del papa mal informado al papa bien informado, de un concilio a otro concilio... Pero estos miserables subterfugios, estos vergonzosos equívocos, estas desdichadas sutilidades no impidieron que la Iglesia definiera sus dogmas y los defendiera de los ataques de la herejía impotente. El papa y los obispos unidos al papa son infalibles; ejercen su infalibilidad sucesivamente ante el mundo romano, ante el mundo bárbaro, ante la Edad

Media, ante las generaciones modernas, y en el curso de venite siglos, la porción más inteligente, más sana, más virtuosa del género humano, muéstrase inclinada, en el orden de la conciencia y de la fe, ante el papa y los obispos unidos al papa. La historia nos dice que la infalibilidad del papa y de los obispos unidos al papa, es un hecho veinte veces secular. De este hecho existe una prueba irrefutable, que es la siguiente: Sólo el total de las definiciones, en número incalculable, pronunciadas por los papas o los concilios, en épocas y en regiones diferentes, dirigidas a los pueblos más diversos, a varios siglos de distancia, y sin contradicción, no es ciertamente un fenómeno humano. De estas definiciones de fe, no hay una sola que destruya a otra; un concilio completa los precedentes. Los legisladores humanos no se acercan a semejante concierto. ¡Qué caos tan inmenso si opusiéramos las unas a las otras las decisiones de nuestros diputados, de nuestros senadores, nuestros magistrados... si comparásemos los unos con los otros los tribunales y las legislaciones de Suecia, de Italia, de Turquía! La reunión de las leyes elaboradas en Francia desde hace cien años solamente compondrían la mezcla más estupenda que pueda imaginarse. Del mismo modo, los sínodos protestantes han dicho sí donde los otros han dicho no y Bossuet compuso un grueso volumen con sus variaciones. El papa y los obispos unidos al papa jamás formularon, en un período de veinte siglos, dogmas contradictorios. Y así dan cumplimiento, ante los ojos mismos de la historia, a las palabras que Jesucristo les dirigió en el origen: "Id y enseñad a todas las naciones; yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos."

El papa y los obispos unidos al papa deben ser son infalibles. Son hombres, pero es Dios quien habla

por su boca. Podemos sin temor darles nuestra adhesión. No hay necesidad de discutir. El papa y los obispos unidos al papa nos enseñan la verdad religiosa enteramente formada. ¿Hay algo más seguro y popular que semejante método? Un católico que sigue su religión, conoce sin esfuerzo los mandamientos de Dios y de la Iglesia y el símbolo de los Apóstoles. En esas pocas líneas sabe todo lo que debe creer prácticamente para salvarse; por otra parte, confía en la infalibilidad de sus jefes espirituales; no tiene que hacer estudios complicados, si su inteligencia o sus ocupaciones no se lo permiten, como ocurre con las muchedumbres. Toda la cuestión religiosa se reduce para él a creer en el papa y en los obispos unidos al papa, que son infalibles. Cree en hombres, diréis. Sí, pero nada tan racional, porque estos hombres en materia religiosa, no pueden engañarse.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

¿Acaso puedo obedecer a hombres?

SEÑORES:

Se reprocha a los católicos el que crean en hombres. No hay razón para ello. Se les reprocha también que obedezcan a hombres. Esta acusación es todavía menos seria que la precedente. En efecto, ninguna sociedad, que quiere vivir, y vivir bien, no puede prescindir de la necesidad de ser regida y gobernada por hombres. Ahora bien, Jesucristo, al crear su Iglesia, hizo de ella una sociedad viviente, organizada, completa, inmortal, y a la cabeza de esta sociedad puso, no ángeles, sino hombres, el papa, los obispos, los sacerdotes. Estos hombres son nuestros jefes. Nosotros los obedecemos y tenemos el derecho y el deber de enorgullecernos de ello. Para convencernos, más y más, hagamos la comparación entre los poderes que gobiernan la sociedad civil y los hombres que gobiernan nuestra sociedad religiosa. Esta comparación depone enteramente en favor del catolicismo.

I. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad divina.

Los poderes civiles no tienen más que una autoridad puramente humana. Dios no interviene en la constitución política de las sociedades. Según los tiempos, los lugares, las costumbres, las conveniencias, se constituyen en monarquías, en oligarquías, en aristocracias, en democracias; se llaman reinos, imperios, repúblicas; eligen el régimen que bien les parece... de suerte que los gobiernos civiles no son más que una pura y simple delegación de la voluntad de los pueblos, de la voluntad nacional, la cual se expresa por la aclamación, por el sufragio, o por consentimientos tácitos. Pero en la Iglesia no se procede así.

Nuestros jefes espirituales tienen una autoridad que les viene directamente de Dios. Antes de volver a su Padre, oigo a Jesucristo que dice a Pedro: "Sobre ti edificaré mi Iglesia." Y a sus Apóstoles: "Como mi Padre me envió, así os envío. Id, enseñad, bautizad, perdonad los pecados. Todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo. Quien os escucha a mí me escucha; quien os desprecia, a mí me desprecia." Al propio tiempo que Jesucristo comunica su autoridad a Pedro y a los Apóstoles, les da el derecho y el poder de transmitirla a sus sucesores, porque añade: "He ahí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Los Apóstoles pueden morir, pues reviven en sus sucesores, provistos a su vez de la fuerza generosa que debe perpetuar su poder. En la cumbre, Pedro, el pontífice y el jefe supremo. Cerca de él y bajo su dependencia, los obispos asociados al gobierno universal de las almas. Más abajo, los sacerdotes, auxiliares sagrados de los obispos, delegados

suyos en todas las fracciones del pueblo cristiano para penetrarlo de las divinas influencias de la verdad y de la gracia. Notad bien, señores, que esta jerarquía no ha sido abandonada a las disputas de los hombres, al azar de los acontecimientos, a la voluntad de los pueblos, es de origen y de institución divina. Dios mismo, por medio de su Hijo, Jesucristo, creó esta forma de la autoridad en la Iglesia.

Como los magistrados civiles, nuestros jefes espirituales son hombres, pero hombres revestidos de una autoridad divina. El papa, los obispos y los sacerdotes son hombres, pero no son hombres como los otros. Son los representantes de Dios y los continuadores de Jesucristo. Mons. de Segur, paseándose por la campiña romana, interrogó a un pastorcillo de trece a catorce años preguntándole: "¿Quién es el papa?" El muchacho respondió: "El papa es Jesucristo en la tierra." Refiérese que el ilustre filósofo Bonald tenía la costumbre de hablar con la cabeza descubierta con su hijo consagrado sacerdote. "Desde que ha recibido la unción santa—decía,—es superior a mí." Con ello mostraba Bonald que era un hombre, no sólo de elevada alcurnia y perfecta educación, sino de fe profundísima y sumamente inteligente. Nuestros jefes espirituales son hombres, y a veces pueden ser hombres medianos o también culpables. ¿Qué importa? Sus cualidades o indignidades personales no aumentan ni disminuyen su autoridad divina. Además, he aquí un segundo carácter que recomiendo a vuestro respeto y a vuestra docilidad.

II. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad infalible.

Los poderes civiles, que no tienen más que una autoridad humana, no son infalibles. Pueden engañarse, y se engañan con mucha frecuencia. Nosotros mismos no obedecemos más que bajo la reserva de nuestro juicio interior, y, como se dice, a beneficio de inventario; y tenemos razón. Porque, ora, olvidando el bien público y las libertades legítimamente conquistadas, fabrican leyes odiosas que sublevan a las personas honradas, ora, desdeñando la misma ley, esa palabra y esa cosa mágica que ejerce una especie de fascinación sobre los hombres tímidos, cometen la iniquidad por decreto, por modo arbitrario y caprichoso. No es raro, pues, que la injusticia y la inmoralidad se deslicen en las legislaciones humanas.

Nuestros jefes espirituales están al abrigo de esos extremos desdichados. Su poder doctrinal es infalible y gobierna segura y soberanamente nuestras voluntades. Bajo su dirección, podemos marchar con paso resuelto y firme por el camino del deber y de nuestros destinos; tenemos la certeza de no equivocarnos. Nuestros jefes espirituales promulgan e interpretan la ley de Dios; nos conservan el texto puro de ella, determinan su sentido, precisan sus exigencias, iluminan nuestra conciencia y previenen los errores de nuestra malicia o de nuestra debilidad. ¿Hay tinieblas? El confesonario las desvanece. ¿Hay olvidos? El púlpito los señala. ¿Vacilan o se olvidan los pastores? El pastor de los pastores vela, escucha, responde, advierte, corrige. En un momento dado, sale de su majestuoso silencio y exclama: "¡Animo! ¡confianza! He ahí el camino, la luz, y el término." O bien: "¡Arriba! ¡He ahí el enemigo! ¡Atención! Se proscribe la libertad. ¡He ahí el mal!... Se autoriza el divorcio... ¡Eso es un crimen!" He ahí nuestra fuerza. Tenemos jefes que son infalibles en la enseñanza de la moral, lo mismo que en la enseñanza del dogma... jefes que nos en-

señan y nos precisan nuestros deberes, con tanta lucidez y certeza como nuestras creencias. Clara, uniforme y eternamente anuncian el bien y proscriben el mal. Hace veinte siglos que practican esto, y seguirán practicándolo hasta el fin de los tiempos. Podrán matarlos, pero no corromperlos, ni adormecerlos, ni apartarlos de sus deberes, ni hacerlos descender del puesto inviolable desde el cual velan noche y día sobre la ley divina confiada a su custodia. Cuando han hablado... no tenemos que temer las rebeliones de nuestra conciencia, ni las sorpresas de nuestras miradas limitadas, ni los abusos de nuestra confianza... Podemos ir hacia adelante y decirnos con toda seguridad: ¡Dios lo quiere! Obedecemos a hombres que tienen una autoridad infalible. Pero no es esto todo. Ved cuán tiernas consideraciones tiene Dios con nosotros.

III. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad moderada.

Los poderes civiles oscilan sin cesar entre la anarquía, que es la ruina de toda autoridad y la tiranía, que es la ruina de toda libertad. Ora aflojan la brida a las pasiones malsanas con leyes inmorales, ora oprimen las pasiones generosas con leyes draconianas, y con harta frecuencia hacen las dos cosas a la vez, indulgentes hasta el exceso para el mal, y despiadados para la verdad y el bien. La historia en todas sus páginas, lo pasado y lo presente, nos refieren las enormes intemperancias de los poderes humanos bajo todos los regímenes.

Nuestros jefes espirituales están garantidos contra semejantes excesos por admirables temperamentos. Oyen en su conciencia el grito de la ley natural, más imperiosa en ellos que en todos los demás hombres.

Están asistidos por el Espíritu Santo; son guiados por la Escritura, cuyo texto sagrado es preciso respetar, y por la tradición, cuyas enseñanzas es preciso seguir. Están contenidos y como encuadrados por instituciones antiguas y venerables, de las cuales no es posible cambiar nada. El jefe de la Iglesia es rey, rey absoluto, pero en torno de él se agrupa el senado de los obispos, cuya cooperación no es posible suprimir, pues son, con él, los legisladores divinamente instituídos de la sociedad católica. Además, entre nosotros nada de herencia... Una dinastía que se perpetúa sin intrigas y sin golpes de fuerza. La puerta grande siempre abierta así al noble como al plebeyo, para llegar aun a la dignidad suprema. Nosotros costituímos la república ideal, y practicamos la más amplia democracia. Los modernos, como niños grandes, se imaginan que han inventado la república, la democracia y la igualdad Nosotros, la Iglesia católica, hace ya veinte siglos que realizamos todo eso. En todo tiempo la escogió la Iglesia sus obispos y sus papas lo mismo en las cabañas que en los palacios. Sixto V, cuando era niño, guardaba puercos. Pontífices, hijos de pastores, fueron árbitros en las querellas de los reyes. Adriano VI, un obscuro holandés, sucedió a León X, el ilustre Médicis. Ayer, León XIII, llamado en el mundo el conde Pecci, y hoy Pío X, hijo de un humilde aldeano apellidado Sarto. De este modo, todos los talentos y todas las virtudes escalan entre nosotros las más altas dignidades, y nuestros jefes espirituales nos ofrecen garantías que difícilmente encontraríamos en los poderes humanos. Y no olvidemos que, por otra parte, sabemos por la fe que su autoridad es divina en su origen e infalible en su ejercicio. Algunas palabras más.

IV. Los católicos obedecen a hombres que tienen una autoridad condescendiente y maternal.

Los poderes civiles carecen de corazón; no pueden tenerlo. No intentamos pedir que lo tengan. ¿Por ventura esperamos la paternidad de un rey, de un emperador, de un presidente de república, de un ministro, de un gobernador, de un juez de instrucción, de un gendarme, de un preceptor? En manera alguna. Ejecutan friamente una consigna, forman parte de una burocracia que no tiene alma... Pasean automáticamente la legalidad sobre todas las cabezas, como un rodillo de hierro sobre el trigo verde. Hacen y aplican la ley siempre y en todas partes, a todos, con igual sangre fría. Tal es su oficio, su cometido, su deber. El corazón nada tiene que ver con eso.

Nuestros jefes espirituales, por lo contrario, son menos superiores que padres. Su autoridad es de orden moral; no se ejerce más que sobre las almas, y toma fuerza de su Señor, que no es de este mundo, pero que constituye la realeza más influyente de este mundo, por cuanto reina sobre una sociedad internacional de 200 millones de almas, sin que sea, no ya discutida, pero ni discutible. Mirad ahora con que inteligente delicadeza, con qué misericordiosa bondad nos tratan y gobierna nuestros jefes espirituales. Aprecian los tiempos, los lugares, las circunstancias; diversifican las pompas del culto y el rigor de los preceptos según el genio, el temperamento, las costumbres de los pueblos. Su administración no es una burocracia rígida y uniforme, sino una paternidad flexible y benévola. Dulcifican la disciplina y la reducen a un mínimo con el cual se contenta Dios, para prevenir las prevaricaciones, para cuidar nuestra salud decaída y nuestra fe

debilitada. Obedecemos a hombres, pero a hombres que tienen una autoridad divina, una autoridad infalible, una autoridad moderada, una autoridad condescendiente y casi maternal.

Es ocasión de repetir aquí el apóstrofe vehemente que el célebre *O'Connell* dirigió en pleno Parlamento a un adversario que le trataba de papista: "¡Miserable!—exclamó el gran orador—crees que me haces un agravio tratándome de papista. Pues has de saber que soy papista, y que me glorío de serlo, porque esto quiere decir que mi fe, por medio de la sucesión no interrumpida de los papas, se remonta a Jesucristo, en tanto que la tuya no va más allá de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII y de Isabel. Sí, soy papista. Si tuvieras un destello de buen sentido, comprenderías que vale más depender en materia religiosa, del papa que del rey, de la tiara que de la corona, del báculo que de la espada, de los concilios que del Parlamento. ¡Avergüénzate, pues, de ti mismo! Avergüénzate de no tener ni fe, ni inteligencia!..." Callóse el otro, y fué lo mejor que pudo hacer. Católicos, obedecemos a hombres; pero al obedecerlos, obedecemos a Dios. Mostrémonos tranquilos y orgullosos de nuestra obediencia.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

Las variaciones de la Iglesia

SEÑORES:

¿Qué es lo que no se echa en cara a la Iglesia católica? Se le reprocha que cambia su régimen y su enseñanza. Se le reprochan sus variaciones disciplinarias y doctrinales. Vais a ver que la acusación nada tiene de seria. Hablemos hoy del gobierno de la Iglesia, y comprobemos que ese gobierno es lo más sencillo, más fuerte, más indestructible, más invariable que pueda imaginarse. El asunto es vasto. No diré más que lo esencial.

I. El gobierno de la Iglesia es lo más sencillo que se conoce.

Los gobiernos humanos *son muy complicados.* Y no podrían dejar de serlo. He ahí 10, 20, 40 millones de hombres reunidos en sociedad, es decir, 10, 20, 40 millones de voluntades diferentes, opuestas, hostiles.

He ahí yuxtapuestas, viviendo en contacto los unos con los otros, grandes y pequeños, ricos y pobres, súbditos y señores, habentes y carentes, los que mandan y los que obedecen. ¿Cómo componérselas para que esos leones no se devoren, para que la autoridad no degenere en tiranía, para que la libertad no se convierta en anarquía? La organización política de un pueblo es un problema laborioso, y, para resolverlo, han inventado los hombres rodajes de complejidad extrema; poder legislativo, ejecutivo, judicial; ministerio de Gobernación, de Estado, de Hacienda, de Guerra, de Justicia, de Instrucción, de Trabajo, de Agricultura... etc., etc. El ideal de una constitución perfecta para una sociedad, no se encuentra, y cuanto más civilizado es un pueblo, más complicado es su gobierno.

Pero el gobierno de la Iglesia es lo que hay de más sencillo. Las máquinas hechas por la mano del hombre se componen de multitud de piezas laboriosamente ordenadas. Pero el sistema sideral, creado por Dios, es la sencillez personificada. En torno de cada planeta giran los satélites que le sirven de cortejo; los planetas ejecutan un segundo movimiento alrededor del sol; finalmente, los satélites, que giran alrededor de los planetas, los planetas, que giran alrededor del sol, y el sol mismo, son arrastrados hacia un punto invisible que se pierde en el espacio. Tal es el gobierno de la Iglesia. El sacerdote y la inmensa multitud de fieles giran alrededor de los obispos; los obispos están suspendidos de la boca y del corazón del Soberano Pontífice, y todos juntos, papa, obispos, sacerdotes y fieles se ven arrastrados hacia Jesucristo, su centro invisible, en las inconmensurables profundidades de la eternidad. Los fieles forman un todo con su párroco; los párrocos forman un todo con su obispo; los obispos forman un todo con el papa; el papa forma un todo con Je-

sucristo, cuyo vicario es... de suerte que los mismos principios, las mismas miras, los mismos sentimientos, la misma vida espiritual circula en cada parroquia, en cada diócesis, en el catolicismo todo entero. Un niño entiende estas cosas. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más sencillo.

II. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más fuerte.

Los gobiernos humanos *son muy débiles*. Veamos la prueba: No se sostienen sino a condición de verse rodeados de un armazón, de un aparato imponente que se llama fuerza pública. Tienen tribunales, jueces, soldados, gendarmes. Arman la mitad de la sociedad para contener la otra mitad. Y aun cuanto más débiles son, más violentos se muestran. Proceden por el terror. Investigan las letras, la vida privada, las conciencias. Se irritan hasta la locura, se exasperan hasta el desprecio de las libertadas elementales. Los gobiernos humanos, usando de la fuerza material, confiesan su debilidad íntima y fundamental.

El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más fuerte. Las máquinas hechas por la mano del hombre no marchan sino impulsadas por una multitud de obreros que las vigilan y alimentan. Pero el sistema sideral, creado por la mano de Dios, marcha por sí solo. Ved las estrellas perdidas en la inmensidad. Ejecutan su revolución alrededor del sol con la misma regularidad de los planetas más próximos al centro. De cerca como de lejos, la atracción común sujeta a los cuerpos luminosos y los mantiene en los límites de su órbita. Tal es el gobierno de la Iglesia. Se ejecuta y se realiza por sí solo. Esto es maravilloso. En torno de la jerarquía católica no veo ni ejército, ni armada, ni nada de lo que constituye aquí bajo la fuerza de los imperios... Esto no obstante, la subordinación existe, hasta en las últimas extremidades del mundo, entre los fieles y los sacerdotes, entre los sacerdotes y los obispos, entre los obispos y el papa. El papa da a toda la Iglesia el triple beneficio de la doctrina, de los sacramentos y de la administración espiritual. Envía al obispo, que instruye, regenera y gobierna la diócesis. El obispo envía al sacerdote, que asegura a su parroquia los mismos beneficios. Esta inmensa organización subsiste por sí misma. ¿Qué puede tener, y qué tiene en su seno sino la divinidad de Jesucristo, que la anima, la sostiene, la conduce? ¿Cómo evitar esta rigurosa conclusión? ¿Cómo explicar, sin la presencia inmanente de Jesucristo, el poder de nuestra constitución social? El gobierno de la Iglesia es humanamente todo lo que hay de más débil, pero es, por la intervención de Dios, todo lo que hay de más fuerte. Vais a verlo.

III. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más indestructible.

Los gobiernos humanos *son muy precarios*; no duran mucho, pues están a merced de un acontecimiento extraño, del menor capricho de la opinión. Nosotros sabemos algo de eso, pues en un período de cien años, hemos ensayado de doce a catorce constituciones diferentes, sin que estemos seguros de haber encontrado la conveniente. Los gobiernos humanos se desgastan rápidamente y se dislocan con harta facilidad. Inútil insistir sobre este punto, pues es demasiado claro.

Pero el gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más indestructible. Las máquinas hechas por manos humanas tienen una duración muy limitada. Pero

el sistema sideral, creado por la mano de Dios, es persistente y no se gasta nunca. Hace ya muchos siglos que el gran ejército de los astros evoluciona en las regiones del espacio, produce su luz, ejecuta su consigna. Nada ni nadie es capaz de detener su curso, de modificarlo, de trastornarlo. Ni el menor accidente ha venido a turbar tan inmensa armonía. Tal es el gobierno de la Iglesia. Sólo su duración es un indicio de su altísimo valor. Los hombres de este siglo quieren hechos. Los hechos, dicen, son los únicos elementos sólidos de la ciencia. Ahora bien, los hechos, señores, helos aquí: la Iglesia no nació en medio de la púrpura, ni ha vivido entre delicias. Salió de Judea con doce pescadores por defensa. Empezó viviendo tres siglos en un mar de sangre. Luego, tras los emperadores romanos, tropezó con los bárbaros. Tras los bárbaros, con los mahometanos. Tras los mahometanos, con los emperadores de Alemania. Lo demás os es bien conocido. La historia de la Iglesia no es más que la historia de sus luchas inenarrables contra todas las pasiones humanas. No es cosa fácil, señores, inventar una constitución social. Menos fácil es todavía aplicarla una vez inventada Pero el sumo de la dificultad consiste en hacerla vivir. ¿Qué decir, pues, de la constitución sorprendente de la Iglesia, que ha proporcionado una carrera tormentosa de veinte siglos, que cuenta detrás de ella con una dinastía de 260 papas, que no está todavía exhausta de fuerzas, por cuanto imprime el movimiento religioso a más de 200 millones de almas esparcidas por toda la haz de la tierra? ¿Qué decir de la constitución sorprendente de la Iglesia, que se mantiene tan intacta y tan vigorosa bajo los cabellos blancos de su larga existencia como cuando nació joven y pura del corazón inspirado de Jesucristo? Esto es divino. Sólo la intervención divina puede racional-

mente explicar semejante obra maestra de combinación social y semejante fenómeno de vida. Pero el gobierno de la Iglesia es tan indestructible, señores, que ni siquiera puede suponerse su posible destrucción. Si el emperador de Rusia, el sultán de Turquía hicieran desaparecer en un solo día los 160 o 180 obispos de la Iglesia cismática griega, veríamos esta Iglesia irremisiblemente condenada. Quedaría destruída y no volvería a revivir. Mas esta suposición no es aplicable a la Iglesia católica. Sus pontífices se encuentran en todas partes, sus diócesis se dividen la tierra. Ahora bien, nuestros obispos se consagran entre sí y eligen al papa. Bastaría, pues, que, en medio de los trastornos de los pueblos quedase un solo obispo en Oceanía, o en cualquier otra parte, para consagrar nuevos pontífices y elevar otra vez el estandarte del Pontificado. La lucha volvería a empezar. ¿No es esto desesperante para los librepensadores? El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más indestructible. Algunas palabras más:

IV. El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más invariable.

Los gobiernos humanos *son muy movibles*. Las pasiones, el amor de la novedad, las aspiraciones mal ordenadas hacia el progreso, las inevitables variaciones de las costumbres públicas conspiran contra las instituciones mejor sentadas y las modifican sin cesar. Hoy sepreconiza la responsabilidad del jefe del Estado, mañana su irresponsabilidad. Hoy reina el sufragio restringido, mañana el sufragio universal Hoy prepondera tal teoría administrativa, militar o comercial, mañana tal otra. Es esto un cambio continuo. Los go-

biernos humanos son la inestabilidad y la movilidad personificadas.

El gobierno de la Iglesia es todo lo que hay de más invariable. Las máquinas hechas por manos humanas son perfectibles. Siempre podemos, y con frecuencia debemos, mejorarlas y perfecionarlas. Pero el sistema sideral, creado por la mano de Dios, no cambia nunca. Es perfecto desde el primer instante, y de una vez para siempre. Tal es el gobierno de la Iglesia. Es invariable. *Unicamente Dios,* que lo instituyó, podría introducir en él alguna modificación. Pero Dios no es en manera alguna uno de esos obreros imperfectos que modifican su plan y emprenden de nuevo su trabajo. Su obra fué tan bien ideada y tan sólidamente constituída, que creyó poder hacerle promesas de inmortalidad. Y, *de hecho,* el gobierno de la Iglesia es hoy lo que era ayer, y era ayer lo que era el día en que Jesucristo, después de elevarse al cielo, le ordenó que funcionara en el curso de veinte siglos. Jamás varió. Con frecuencia *los príncipes de la tierra,* los ambiciosos monarcas del mundo, mostraron celos de este gobierno especialísimo, cuyo poder desciende hasta el fondo de la conciencia. Su cólera explotó como una tempestad. Quisieron intervenir en la administración de las cosas espirituales, en el nombramiento de los soberanos pontífices, pero la Iglesia, que ellos trataban de manejar a su antojo, no se doblegó, no se dejó esclavizar, sino que reivindicó su independencia y su autonomía. "¿Cómo—exclamaba el monje Hildebrando,—la mujer más miserable de la tierra puede elegir libremente marido según las leyes de su país, y la Iglesia estará condenada a soportar el que le impongan?" "Dios—exclamaba Bossuet—nada ama tanto como la libertad de su Iglesia. En cuanto a mí, me jugaría por ella la cabeza." Otras veces fueron los pueblos los que intentaron

esclavizar el gobierno de la Iglesia y empequeñecerlo. Trataron de imponer la elección de los pastores, de trasformar, sin el consentimiento del papa, ora la liturgía, ora la administración diocesana, ora la de las fábricas. Pero la Iglesia resistió a la sublevación de los pueblos como a la de los monarcas, y el tiempo acabó siempre por darle la razón. Cuando ya no queda rastro de lo que fué, la Iglesia continúa siendo lo que es. No cambia sus instituciones, porque sus instituciones son para todos los tiempos. Su gobierno es lo que hay de más invariable.

¿No os parece, señores, que el gobierno de la Iglesia examinado en sí mismo, no tiene nada que pueda compararsele? No es un mecanismo hecho de mano humana. El ordenador del mundo sideral es también el ordenador de la Iglesia católica. Como el mundo sideral, la Iglesia católica es sencilla y grandiosa, marcha por sí sola, permanece, no cambia nunca. Dios hizo los astros, Dios los gobierna; Dios creó la Iglesia y la conserva.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

Las variaciones de la Iglesia *(Conclusión)*

SEÑORES:

Se reprocha a la Iglesia sus variaciones pero sin razón. El gobierno de la Iglesia es invariable, como lo hemos visto, y vamos a verlo en el día de hoy. La Iglesia es invariable en su doctrina en medio de la diversidad de los tiempos y de los lugares, a pesar de las rebeldías del espíritu humano y de las triquiñuelas del poder, al precio de los más dolorosos sacrificios. Contemplemos este fenómeno único.

I. La Iglesia permanece invariable en su doctrina en medio de la diversidad de los tiempos y de los lugares.

Los lugares cambian de aspecto, de lenguaje y de ideas con los pueblos que los habitan. Las diferencias de fisonomía, de índole, de temperamento son considerables entre los judíos y los griegos, entre los romanos y los bárbaros, entre los latinos y los anglosajones

y los esclavos. Los idiomas no son los mismo en Oriente que en Occidente, entre los pueblos civilizados que entre los pueblos primitivos. Aquí se adoran ídolos, allá se adora a los antepasados, más lejos se adora a la ciencia, en otras partes se adoran a sí mismos. ¡No importa! En el seno del mundo movible y abigarrado la doctrina desciende y permanece en todas partes idéntica consigo misma, entendida en todas partes en el mismo sentido, acogida con el mismo respeto, guardada con la misma exactitud y traducida al siriaco de San Efrén, al griego de San Basilio, al latín de San León o de San Gregorio el Grande. Es tan firme en el Concilio de Trento como el de Nicea, y los labios armoniosos de León X la anuncian con tanta autoridad como los labios balbucientes de los primeros papas. No alienta ninguna superstición, no acepta ningún prejuicio, no es inferior a ninguna inteligencia, no es insuficiente a ningún pueblo. Tal como fué recibida en los municipios romanos, en los campos de los bárbaros y en los Estados de la Edad Media, la vemos penetrar hoy en día en los Estados Unidos, en Asia y en Africa, bastando igualmente a la educación de los pueblos que nacen que a la actividad de los pueblos libres.

Los *tiempos* cambian como los lugares. Desde Jesucristo acá, el tiempo ha marchado, y, al marchar, todo lo ha gastado, todo lo ha transformado: los pueblos, las instituciones, las costumbres, las dinastías, los imperios, las lenguas. La doctrina de la Iglesia ha continuado siendo más dura, más inatacable que el bronce y el diamante. El tiempo, que todo lo destruye, ha respetado su santa inmutabilidad. Remontad el curso de la historia: desde nuestros tormentosos días a la espantosa Revolución que saqueó nuestros templos y destruyó nuestros altares; desde la Revolución al gran

siglo que vió aparecer tan grandes santos y tan brillantes genios; desde el siglo XVII a la Reforma; desde la Reforma a la Edad Media, ilustradas por su gran teología, su gran arquitectura, sus grandes instituciones; desde la Edad Media a los siglos de hierro, ensangrentados por las luchas sacrílegas del Imperio contra el sacerdocio; desde los siglos de hierro a Carlomagno, a las invasiones, a las grandes persecusiones, a los orígenes apostólicos... y siempre en cada instante de la duración, veréis a la Iglesia católica en posesión de la misma fe, del mismo decálogo, de las mismas fuentes de la gracia, conservando las verdades esenciales y las leyes fundamentales de la vida religiosa, oprimiendo contra su pecho fiel el precioso depósito que le fué confiado y preservándolo de toda mutilación... Pero los enemigos no faltan; caen sobre ella desde todos los rincones del horizonte.

II. La Iglesia permanece invariable en su doctrina, a pesar de las rebeliones del espíritu humano y las triquiñuelas del poder.

Aquí y allá, ayer y hoy, el *espíritu humano,* movible, curioso e indócil, le ha exigido que abandone tal o cual porción de su enseñanza tradicional; pero no ha abandonado una sílaba. A los ataques, sin cesar renacientes, de la *herejía,* respondió con protestas y excomuniones, y, finalmente, con definiciones, es decir, con explosiones de luz que no cambian la fe, sino que la muestran más precisa, más firme, más radiante. En nuestros días, ya no hay herejías; hay lo que se llama las evoluciones *de la ciencia* y las exigencias de la crítica. ¿Es que con ella queda amenazada la doctrina inmutable de la Iglesia? Algunos sabios presuntuosos lo afirman, y algunos católicos tímidos lo temen. Se equivocan los

unos y los otros. Nuestras creencias vencieron las herejías y los cismas; nada tienen que temer de las ciencias antiguas ni modernas. *Hombres inteligentes* hasta el genio pueden levantarse, extraviarse en su pensamiento y dar a la palabra de Dios una interpretación arbitraria. La Iglesia los espera, no para doblegarse ante ellos, sino para que ellos se doblegen ante ella. Algunos intentaron corromper su doctrina. La Iglesia los advirtió y luego los castigó, lo mismo a los que estaban protegidos por la púrpura, el talento o la fuerza, como a los más sutiles de los espíritus, como Arrio, a los más piadosos de los obispos, como Nestorio o Fenelón, a los más elocuentes de los apologistas, como Tertuliano o Lamennais, a los más atrevidos de los monjes, como Lutero, a los más astutos de los sofistas, como Calvino, a los más formidables y poderosos de los príncipes, como Enrique VIII. Las rebeldías del espíritu humano son peligrosas.

Las triquiñuelas *del poder* lo son quizás todavía más. Hace ya dos mil años que se entabló un diálogo entre los amos del mundo y la Iglesia católica. Los amos del mundo dijeron: Dadme tal dogma, tal precepto, tal sacramento; dadme la indisolubilidad del matrimonio, una parte de la autoridad espiritual.—Nunca jamás, respondió la Iglesia.—Pues si no nos quieres dar lo que te pedimos, te lo quitaremos, y te aplastaremos bajo nuestros guantes de hierro y nuestra despiadada legalidad.—No, nada me quitaréis, y no me aplastaréis. *Nada me quitaréis,* porque la verdad y el derecho son inmortales e intangibles. Podréis ultrajarlos, pero no aniquilarlos, y tarde o temprano se volverán contra vosotros. *No me aplastaréis,* porque me marcho a otras regiones, a sembrar la semilla de mi doctrina inmutable. Me oculto en las Catacumbas, y mañana saldré de ellas para hacer resplandecer de

nuevo el orden hermoso de invariable doctrina. Os refiero esto, señores, porque es una experiencia cien veces repetida. Los dueños del mundo gastarán sus fuerzas sobre el haz sagrado de nuestras creencias, sin poder romperlo. Tomemos un ejemplo de nuestra historia nacional. Los hombres de 1789 y de 1793 cambiaron en vano todos los límites y trastornaron todas las leyes, formularon nuevos principios, escribieron un nuevo derecho, decretaron un nuevo código, formularon ideas. sentimientos, la lengua, las costumbres, las relaciones de los hombres entre sí; pero fueron impotentes para cambiar la doctrina de la Iglesia, y en todas partes donde quisieron contrariarla o desmentirla, recibieron el más resonante mentís. ¿Cuánto duró su calendario pagano? Diez años. ¿Y su cisma constitucional? Poco menos. ¿Y la cautividad de Pío VI? Algunos meses. ¿Y el Concordato impuesto en Fontainebleau? Algunos días. La voluntad misma del conquistador que hacía evaporarse los reyes, no pudo sostenerse largo tiempo ante las lágrimas cautivas y la libre palabra de Pío VII. En la lucha gigantesca de la fuerza contra el derecho, del león contra el cordero, no fué el vencido Pío VII, sino Napoleón. Y cuantas veces la Iglesia ha encontrado en su camino la espada, la ley, la multa, la prisión, el destierro, no ha abandonado una sola palabra de su inmutable doctrina.

III. La Iglesia permanece invariable en su doctrina, al precio de los sacrificios más dolorosos.

Antes que abandonar la inviolabilidad de su doctrina sacrificó *pueblos enteros.* Un país no ve sin terror ni sin amargos pesares, la desmembración de su territorio. De eso algo sabemos nosotros. Pues bien, para salvar su doctrina, la Iglesia se dejó arrebatar algunos miembros, y perdió millones de súbditos. Sin escuchar la voz de sus intereses aparentes, ni la voz de su ternura maternal creyó que la integridad de su fe era un bien más grande que una reunión sacrílega con pueblos en rebeldía.

En tiempos de Arrio, dijo: ¡Perezca el mundo antes que la divinidad de Jesucristo! En tiempos de Focio, dijo: ¡Perezca la Iglesia griega antes que la primacía de San Pedro!

Cuando el Oriente pidió por precio de su sumisión una modificación casi imperceptible del símbolo de la fe, la supresión del *filioque* en el *Símbolo* de Nícea, dijo: ¡Perezca el Oriente antes que la verdad integral sobre el misterio de la vida divina!

Cuando Lutero pedía el sacrificio de las indulgencias y Calvino la supresión de algunos sacramentos, en particular la Penitencia y la Eucaristía, respondió: ¡Perezcan Holanda y Suiza antes que el dogma de las indulgencias, antes que el Evangelio que dice: "Los pecados serán perdonados a los que los perdonareis... El que come mi carne, y bebe mi sangre, tendrá la vida eterna..."

Cuando Enrique VIII pidió permiso para repudiar a su mujer y tomar otra, la Iglesia le respondió: ¡Perezca Inglaterra antes que la santidad del matrimonio, antes que esta sentencia del Evangelio: Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre! ¿Qué era este pequeño versículo en comparación del hermoso reino de Inglaterra? Esto no obstante, la Iglesia no vaciló. Prefirió perder el reino de Inglaterra, a dejar que se violara el principio cristiano de la familia suscrito en el Evangelio.

Antes de abandonar la invariabilidad de la doctrina, sacrificó la Iglesia pueblos enteros. Sacrificó

Su propia seguridad. Por cuanto la falsa filosofía le

pidió en vano que no enseñara la espiritualidad y la inmortalidad del alma, fué la Iglesia cargada de ultrajes por su falsa filosofía. Por cuanto la ciencia orgullosa le pidió en vano que no creyera ni en la divinidad ni en los milagros de Jesucristo, la Iglesia, que continuó adorando a Jesucristo y predicando sus milagros, fué escarnecida por la ciencia orgullosa. Por cuanto los vicios amotinados le pidieron en vano que los dejara dormir en paz y gozar hasta la saciedad, la Iglesia, que no lo consintió, fué acosada, vilipendiada, perseguida por el desorden. *¡Qué espectáculo,* señores, ! La Iglesia vela por el Evangelio como un capitán por su bandera, mejor aún, como una madre junto a la cuna donde duerme su primogénito. Al precio de los más dolorosos sacrificios, protege y salva la integridad virginal de su doctrina. Ni un artículo de su *Credo,* ni uno solo de sus principios, ha perecido. Por eso es en la hora actual la mayor fuerza del mundo. Su debilidad material y su aislamiento político no hacen otra cosa que poner más y más de relieve su energía sobrenatural. Todo le falta, excepto ella misma y Dios que está en ella. En todas partes se cambia, se discute, se destruye. Sólo la Iglesia no cambia; es invariable en su gobierno e invariable en su doctrina.

Conclusión.

¡Qué lección para nuestro siglo! Vivimos en un tiempo de debilidad universal. Los cobardes y los ambiciosos sin escrúpulos lo llenan todo. Para triunfar, para lograr lo que desean. Para conseguir una cantidad, una colocación, una cinta, prescinde de todo, de la conciencia, del deber, de las tradiciones de familia, del honor, del apellido, del bien público; prescinden de los parientes, de los amigos, de lo pasado, y hacen

alianzas reprobables y deshonrosas; hablan, se agitan, votan contra sus convicciones... Señores, sois hijos de la Iglesia católica. Contemplad vuestra Madre. Antes se dejará matar que abandonar su creencia, que sacrificar un átomo de ella. Permanece en su puesto. Cumple con su deber; salva su honor.

Cineas, ministro de Pirro, intentó en vano corromper al senador romano Fabricio, y de vuelta junto a su amo, le dijo: "Príncipe, sería más fácil apartar el sol de su carrera que a Fabricio del camino del honor." Así se nos muestra la Iglesia hace ya veinte siglos. Señores, sed dignos hijos de ellas, de pie en vuestro puesto, fieles a vuestro deber, celosos de vuestro honor, dóciles a vuestra conciencia y a Dios. Así salvaréis vuestras almas y vuestra patria.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

Las obstinaciones de la Iglesia

SEÑORES:

Los unos reprochan a la Iglesia sus variaciones. Como ya lo hemos visto, están en un error. Los otros le reprochan sus obstinaciones. Se equivocan igualmente, como vamos a verlo. La Iglesia es inmutable e invariable, pero no obstinada e inmóvil. Es siempre la misma, pero: 1.° progresa; 2.° hace progresar. Se nos habla continuamente de progreso. He ahí un progreso real, incontestable, sostenido, fecundo... el de la Iglesia.

I. La Iglesia progresa.

Progresa *en su estatura*. La muerte es estacionaria. La vida es progresiva. Ved un árbol muerto y un árbol vivo. El árbol muerto es inerte, no crece, pierde la hoja, se desarraiga, desaparece. El árbol vivo no cambia ni de tronco, ni de ramas, ni de savia; es siem-

pre substancialmente el mismo. Pero está en movimiento y en progreso; se cubre de flor a cada primavera, y de fruto a cada otoño. He ahí la imagen de la Iglesia. Es inmutable, pero no inmóvil. Permanece la misma, pero progresa sin cesar. Es la viña escogida de que hablan los profetas, que extiende por todas partes sus sarmientos, que rebasan los límites de Judea, su tierra natal, cuyas ramas cubren las orillas de los mares y escalan las cimas de los montes. Es el grano de mostaza de que habla el Evangelio, que crece hasta convertirse en un árbol grandísimo, que eleva su ramaje por encima de los otros árboles, y ofrece a los pájaros del cielo verdeante abrigo. Cuanto más lo hiere el hacha, más vigoroso se hace el tronco; cuanto más ramas se le cortan más fecundo se muestra. Hablemos sin figuras. Hace ya veinte siglos que la Iglesia progresa. Su inmutabilidad viviente se despliega en universalidad. Impulsada por un principio íntimo y permanente, se desarrolla en el espacio y en el tiempo, sin que ninguna frontera pueda limitarla, sin que ninguna barbarie puede espantarla, sin que ninguna resistencia pueda desalentarla, sin que ninguna violencia pueda suprimirla. Aquí o allá, hoy o mañana soporta pérdidas y disminuciones, pero repara al punto con gloriosas conquistas las derrotas de un día... y a la hora presente, perseguida entre nosotros por políticos en delirio, la vemos hundir en el suelo sus profundas raíces, y extender sobre todo el universo la riqueza de sus adornos y la sombra veinte veces secular de su inmutable majestad. Es inmutable y progresiva. Progresa en su estatura.

Progresa también en *su doctrina, en su moral, en su culto*. Este fenómeno es menos notado, pero es más importante.

La doctrina de la Iglesia es siempre la misma. Desde

el primer concilio de Nicea, hasta el último del Vaticano, nada nuevo ha penetrado en el cuerpo de nuestras creencias. ¿Quiere esto decir que nuestras creencias no han progresado? Desengañaos. En primer lugar, cada día *se precisa y fortalece* nuestra fe. Nuestros papas, nuestros obispos, nuestras teólogos, nuestros apologistas han multiplicado las bulas, las encíclicas, los mandatos, las pastorales, los escritos eruditos, y hemos visto cada vez mejor las pruebas, el contenido, la consecuencia lógica, el encadenamiento de nuestros dogmas. Ninguna ciencia ha sido más contradicha, ni mejor defendida que nuestra doctrina católica, ninguna ciencia ha tenido a su servicio tantas luces. ¿Qué era la química antes de Lavoisier... la física antes de Torricelli y Pascal... la geología antes de Cuvier... la botánica antes de Jussieu? Nada o casi nada. Estas ciencias apenas datan de un siglo o de dos, en tanto que muy pronto hará dos mil años que la luz ilumina nuestras creencias. Mas al propio tiempo que se afirman y precisan de día en día, nuestras creencias *se enriquecen* por medio de definiciones dogmáticas que ponen más y más de relieve lo que estaba latente, confuso, implícito... que fijan la verdad en palabras más expresivas y acertadas, en fórmulas más claras y luminosas. De suerte que, sin perder su integridad primitiva, la doctrina de la Iglesia está siempre en camino de progreso. Es un libro cuyas páginas todas no hemos leído. Los siglos deletrean el Evangelio página por página. No leéis más que una palabra, pero en esta palatra leéis mil, dice Lamartine. Es un árbol que da siempre nuevas flores y nuevos frutos. Es una mina de oro, cuyos filones todos no hemos explotado aún. Es un sol cuyos matices todos no hemos analizado todavía. No conocemos a fondo ni la blancura de su mañana, ni el esplendor de su mediodía, ni los murientes fulgores

de su crepúsculo. Hace ya dieciséis años, señores, que os expongo la ciencia religiosa, y no he dicho dos veces la misma cosa; apenas he tenido tiempo para desflorar mi asunto. La doctrina católica es un océano de una extensión y de una profundidad infinitas.

Lo mismo decimos de *la moral y el culto*. No hay más que diez preceptos en el decálogo, ni uno más ni uno menos. Pero ¡cuántas aplicaciones, cuantas consecuencias, cuántas realizaciones prácticas salen de estos preceptos! ¡Cuánto tiempo, qué maravillosa industria, qué arte divino necesita la Iglesia para extender estos preceptos al mundo entero; para hacerlos penetrar en nacionalidades rivales, para adaptarlos a las razas más diversas, para acomodarlos a las necesiddes de los climas y a los hábitos de los pueblos, sin sacrificar de ellos, a pesar de todo, la menor porción esencial!... Tampoco cambia el culto. En todas partes y siempre tenemos la misma oración, los mismos sacramentos, el mismo altar, el mismo sacrificio. Pero alrededor de nuestras fuentes de la gracia, los ritos se diversifican, hasta la indecible y se perfeccionan sin cesar. No, la Iglesia no es obstinada, ni estacionaria. Es inmutable, pero viviente. Progresa... y añado: hace progresar. Algunas palabras sobre esto:

II. La Iglesia hace progresos.

1.° Hace progresar *la vida intelectual y científica*. Hay estúpidos o malvados que censuran a la Iglesia porque dicen que paraliza la marcha del espíritu humano. He aquí como el 15 de Abril de 1865 en la tribuna del cuerpo legislativo les respondía Thiers: "¿Es verdad que la religión católica es una traba para el espíritu humano, que molesta el pensamiento humano? ¡Ah, eso sería muy grave, señores. Pero veamos,

arrojemos una mirada a la marcha del espíritu humano en los tres últimos siglos. ¿Quién es el más grande, el más atrevido y al propio tiempo el más sólido pensador de los tiempos modernos? Es un francés el inmortal Descartes. El fué quien, me atrevo a decirlo, libertó al pensamiento humano; él fué quien, en filosofía, libertó el espíritu humano. Pues bien, todo lo que sabemos de Descartes prueba que era católico sincero y ferviente. ¿Por ventura el catolicismo impidió a Bossuet ser uno de los más vastos pensadores? ¿Impidió que fuera Pascal uno de los más intrépidos y temerarios pensadores? No, señores, el catolicismo no impide pensar más que a los que no están hechos para pensar. No se diga, pues, que la Iglesia católica es una traba para el pensamiento humano." Señores, eso es lo que se llama buen sentido... No, la Iglesia no teme, no condena, no detiene la vida intelectual y científica. La Iglesia fomenta y hace progresar la vida intelectual y científica. Abrid los ojos y mirad: desarrollamos la inteligencia y enseñamos la ciencia en nuestras escuelas libres. Encendemos en todas partes focos de instrucción popular. ¿Es culpa nuestra si insensatos y bárbaros extinguen esos focos? Desarrollamos la inteligencia y enseñamos la ciencia en nuestros colegios católicos. Nuestros alumnos son culpables de una sola cosa, de sus numerosos éxitos; los preparamos demasiado bien para los exámenes que abren las carreras liberales. Desarrollamos la inteligencia y enseñamos la ciencia en nuestros Institutos superiores, donde se forman escritores, filósofos, jurisconsultos, médicos, abogados, capacidades de todo género, que honra al propio tiempo la religión y el país... No tengo necesidad de insistir. Esto es demasiado claro. En todas partes y siempre, la Iglesia hace progresar la vida intelectual y científica.

2.° Hace progresar *la vida moral y pública.* Parece que hay todavía hombres que se imaginan que la virtud puede realizarse y la sociedad marchar sin la religión. Admiro su candidez, pero su ceguedad me da lástima. Creer que la virtud se mantendrá en pie, si la religión desaparece; creer que los derechos del hombre serán honrados y quedarán intactos, si se pisotean los derechos de Dios, ¿no es excesiva puerilidad? Si no hay Dios, ¿por qué no gozar inmediatamente y a pesar de todo? Si no hay Dios, ¿existirá la justicia? Si no hay Dios, ¿existirá la propiedad? Tened cuidado; la llave de vuestras caja está en el tabernáculo; los que echen por tierra la puerta, la encontrarán. Quiero decir con esto que la religión es la garantía de toda verdadera civilización, y que la impiedad es su ruina. Del mismo modo, la familia no vive más que a la sombra del altar, y se destruye cuando el altar se derrumba. En el secreto de la existencia privada, en el perímetro de la existencia familiar, en las relaciones de hombre a hombre y de hogar a hogar, en el orden individual y doméstico, la Iglesia es la que hace progresar la vida moral.

En la esfera en que se mueven los ciudadanos, en que se encuentran y chocan las diferentes clases de la sociedad, también es la Iglesia la que hace progresar la vida pública. Nuestra sociedad moderna le debe todo lo que tiene de bueno todo lo mejor que se encuentra en su constitución. La igualdad de todos ante la ley, el acceso de todos a todos los cargos, el sentimiento de la dignidad humana, la simpatía por todos los que padecen, la tierna inclinación a los pequeños, y a los pobres, la propensión a mejorar su suerte intelectual, moral y material... todo esto sale de las entrañas del Evangelio y constituye su expansión social y todo esto es obra del cristianismo, todo esto es cristianismo in-

consciente. Católicos, el mundo moderno no vive más que de vosotros, y, sin vosotros, no le queda otro remedio que morir. Católicos, reivindicad con decisión las ideas exactas, nobles, fecundas, que honran a nuestro tiempo, y os pertenecen, ideas que la impiedad intenta reivindicar en su provecho y explotar en perjuicio vuestro. Católicos, vuestra Iglesia es la que hace progresar la vida pública... Esto es tan verdadero, que, desde que el catolicismo baja, al punto declina la vida pública, al punto queda amenazada la igualdad de todos ante la ley, al punto se convierte en quimera el acceso de todos a los empleos públicos, al punto el sentimiento de la dignidad humana se exaspera hasta el orgullo, al punto la simpatía por los humildes se evapora en la solidaridad puramente verbal. La Iglesia hace progresar la vida intelectual y científica, la vida moral y pública.

3.° Hace progresar también *la vida material y económica.*

La Iglesia hace progresar la vida material y económica por las virtudes que de aquella brotan. Justicia, caridad, trabajo, moderación, ahorro, espíritu de sacrificio y de abnegación; todo esto produce el bienestar y procede principalmente de ella.

La Iglesia hace progresar la vida material y económica por las instituciones que ha fundado y funda sin cesar; descanso dominical, corporaciones obreras, mutualidades, y tantas otras.

La Iglesia hace progresar la vida material y económica. Apelo a todo su pasado, a sus beneficios con relación a los pueblos, a la vida de sus santos y de sus grandes hombres que han sido poderosos iniciadores y civilizadores insignes.

La Iglesia hace progresar la vida material y económica. Pongo por testigos los frutos que tenemos ante nuestros ojos. Hace veinte años que existe en Bélgica un régimen católico; sus presupuestos se saldan con un superavit total de 157 millones, y las reformas sociales y obreras están en pleno desarrollo. Entre nosotros, se hace la guerra a la religión, y en todas partes no oiréis más que un grito: ¡Esto no marcha! Aquellos, pues, que dicen que la Iglesia es enemiga del progreso, pronuncian una colosal estupidez. La Iglesia progresa y hace progresar. Esa es la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

Las ambiciones de la Iglesia

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia sus variaciones y sus obstinaciones. Ya las he rebatido. Se le reprochan sus ambiciones. Voy a contestar, y me esforzaré más que nunca en ser claro y leal. Os diré las ambiciones que tiene la Iglesia y las que no tiene. Le achacan a la Iglesia ambiciones ilimitadas, absurdas, intolerables. Se pretende que quiere gobernarlo todo, aun las cosas temporales, civiles y políticas. Esto es falso. Voy a sentar sobre esto un principio, entrar en algunos detalles y resolver una objeción.

I. Siento un principio.

Afirmo que la Iglesia no ha sido instituída para gobernar el orden temporal, civil y político. Este principio es de toda evidencia. Se le halla escrito en cada página de la Escritura y en la Tradición.

Cuando *Jesucristo envió a sus Apóstoles,* les dijo: "Id. Enseñad. Bautizad. Haced observar mis mandamientos." He ahí la carta constitucional del catolicismo. "Enseñad la verdad. Difundid la gracia. Predicad la virtud." La misión de la Iglesia es enteramente espiritual. Elévase ella a un mundo superior a los intereses del tiempo y a las pasiones de los hombres. Se ejerce sobre las almas. El poder civil se aplica a las cosas que miran al cuerpo y a la vida presente; el poder religioso a las cosas que miran al alma y a la vida futura. A cada cual su puesto y su misión. El Estado es soberano en el orden temporal; la Iglesia es soberana en el orden espiritual. Esto está en el Evangelio: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Tal es también la enseñanza tradicional de veinte siglos.

Desde nuestros orígenes, desde que la sociedad se hizo cristiana, el principio establecido por Jesucristo se afirma, se precisa, se realiza en las costumbres y en las leyes. El emperador *Justiniano,* en una de sus *Novelas,* escribe: "Dios confió a los hombres el sacerdocio y el imperio, el sacerdocio para administrar las cosas divinas, y el imperio para presidir las cosas humanas." Y los Padres de la Iglesia, los papas y los doctores no se expresan con menos claridad que las leyes romanas. *Osio de Córdoba,* uno de los oradores del Concilio de Nicea, dijo al emperador Constantino: "Dios os ha dado el imperio; el que trate de arrebataros vuestra autoridad, contradice el orden divino. A nosotros los obispos no nos es permitido intentar gobernar las cosas de la tierra." *San Juan Damasceno* habla en el mismo lenguaje a León el Isáurico: "Príncipe—le dice,—te obedecemos en todo lo que toca a los asuntos de este siglo." No puedo multiplicar indefinidamente las citas.

Leed, si tenéis tiempo para ello, los escritos de los primeros papas, las *Decretales* de los pontífices de la Edad Media, y en ellos veréis solemnemente afirmada, con la distinción de los dos poderes, la independencia del poder civil en el límite de la jurisdicción temporal; en ellos veréis repetido sin cesar y bajo mil formas este principio indiscutible, a saber, que la Iglesia no fué instituída para gobernar el orden temporal, civil y político. Más cerca de nosotros, en 1802, en una alocución oficial, desaprobó *Pío VII* todo deseo de invadir lo que no pertenece a la Iglesia, pues siempre tiene ante sus ojos estas palabras de Jesucristo: "Dad al César lo que es del César." Más cerca de nosotros todavía, en 1831, *Gregorio XVI* afirma "que el principio que guió siempre a la Santa Sede, consiste en velar por la buena administración de las cosas religiosas, sin discutir jamás el derecho de los príncipes." Finalmente, hace sólo algunos años, en 1881, en la encíclica *Diuturnum,* dirigida al mundo católico. *León XIII,* después de realzar el poder de los dueños del mundo, relacionándolo con su divina fuente, declaraba "que el orden civil está enteramente sometido al poder y soberana autoridad de los jefes civiles." ¿Hay algo más claro y tranquilizador para los que temen las invasiones de la Iglesia?

Verdad es que *algunos teólogos* de la Edad Media soñaron en la universal dominación de la Iglesia sobre las cosas de este mundo; pero nosotros no estamos obligados a seguir su opinión. Por otra parte, son una excepción en la enseñanza común. Escuchad, por lo contrario, a dos grandes teólogos, Molina y Belarmino, los cuales examinan el caso quimérico en que un papa, excediéndose en su poder, quisiera decidir soberanamente en las instituciones y leyes del Estado que no interesan ni a la fe ni a las costumbres, y no temen

decir: "En este caso, el papa no debería ser escuchado: los príncipes y los fieles no estarían obligados a obedecerle." (Monsabré, 1882, p. 269). La Sagrada Escritura y la Tradición son formales. La Iglesia no fué instituída para gobernar el orden temporal civil y político. A fin de haceros entender bien la importancia y aplicación de este principio,

II. Entro en algunos detalles.

Se habla con tanta frecuencia y tan estúpidamente de las invasiones de la Iglesia y del gobierno de los curas, empleando palabras que no tienen sentido alguno, con las cuales tan fácilmente se extravía a los espíritus, que es necesariamente útil decir aquí la verdad. No, los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros, los parlamentos y los pueblos nada tienen que temer de la Iglesia. Pueden dormir tranquilos. La Iglesia no tiene interés alguno en usurpar sus atribuciones, ni meterse en lo que no le corresponde.

Elijan los pueblos la forma *de gobierno* que mejor les convenga a su natural, a sus intereses, a sus tradiciones, a las exigencias del tiempo presente; constitúyanse en repúblicas o en monarquías; la Iglesia los deja hacer, no se liga a ninguna forma, no rechaza a ninguna.

Instituya un pueblo *asambleas deliberantes* encargadas de vigilar el poder; elíjanse sus miembros por elección, y participen todos los ciudadanos con sus votos en la gestión de la cosa pública; perfectamente natural; la Iglesia nada tiene que ver con ello.

Edificad en donde queráis *puertos y fortalezas*. Haced maniobrar a vuestra guisa buques y regimientos. Asegurad la paz del mejor modo que podáis, y cuando lo juzguéis necesario, declarad la guerra para sal-

vaguardar el honor, el derecho, la existencia de la nación. Asuntos son de vuestra exclusiva competencia; la Iglesia no tiene que intervenir en ellos.

Promulgad tantas *leyes* como menudos detalles hay en la vida social. Juzgad y castigad los delitos según la letra del código. Ordenad como bien os plazca los rodajes de la administración. Multiplicad, cuando lo juzguéis a propósito, el número de vuestros funcionarios. Con tal que la justicia y el bien general sean respetados, la Iglesia se calla y se abstiene.

Equilibrad *vuestros presupuestos;* estableced vuestras inspecciones, y percibid tranquilamente vuestros impuestos; haced empréstitos o economías; la Iglesia se queda discretamente en casa, sin tratar de penetrar en la vuestra. Mas aquí se impone una observación.

Los hijos y los ministros de la Iglesia, los católicos y los curas, por ser católicos y curas, *no dejan de ser ciudadanos.* Lo son tanto como cualquier otro. Son ciudadanos, y, como tales, tienen el derecho de intervenir en los asuntos temporales, civiles y políticos de la nación a la cual pertenecen. Tienen el derecho de mezclarse en los asuntos del municipio, de la provincia, del Estado; pueden aventurar un consejo, y, si no son escuchados, una crítica. Mazarino, bajo el régimen absoluto decía: "El pueblo refunfuña, pero pagará." Como todos los ciudadanos, supongo que los católicos tienen el derecho de lamentarse, y aun de refunfuñar, si el municipio, la provincia o el Estado administran mal sus intereses. Los discípulos de Jesucristo no son ilotas, ni parias en la nación. Obedecen a las leyes, pagan impuestos, honran a los magistrados, soportan las cargas comunes; por consiguiente, tienen voz en el conjunto y comparten los derechos como los deberes de la colectividad. No quieren ser ni sacrificados ni privilegiados.

Hecha esta observación, ¿pueden con visos de razón hablar de las usurpaciones de la Iglesia? Pueden echarle en cara que se mete en lo que no le corresponde, que invade el terreno de lo temporal? *Esta afirmación no tine sentido en nuestro siglo.* Veámoslo. Los límites de los dos poderes son claros, precisos, bien definidos. Ya no vemos que los papas desposean a los reyes, ni los curas a los alcaldes. La sociedad cambia de gobierno cuando bien le place. El estado, la provincia, el municipio se gobiernan a su antojo. La estola no sueña en usurpar el puesto del gobernante. El papa y los obispos dejan que cada nación administre libremente su ejército, su magistratura, su hacienda. En ninguna parte invade la Iglesia lo temporal. Sí, pero, se dice, antes ¿no invadía con frecuencia lo temporal? Muy bien,

III. Respondo a una objeción.

Es verdad. Con frecuencia, en el antiguo régimen, la Iglesia, sin abandonar su misión espiritual, se ocupaba en asuntos temporales. Vióse la mediar entre los reyes y los pueblos, y aun elevar y abatir los tronos. Vióse la inspirar y organizar las corporaciones obreras, colocarse a la cabeza de las grandes empresas militares, artísticas, agrícolas, y cubrir la patria de monumentos e instituciones grandiosas. Vióse la invadir, con la laya en la mano, los terrenos ingratos para cultivarlos, los bosques para descuajarlos y roturar el suelo, los estanques para desecarlos y extirpar su lodo impuro, las laderas cubiertas de espinos para plantar viña en ellas. Vióse la invadir la patria para hacerla fuerte, gloriosa, fértil, rica y próspera. Sí. Esto es verdad;

antes la Iglesia se ocupaba en asuntos temporales. ¿Hubo culpa en ello? No.

Todo el mundo se lo pedía. ¿Podía desoir los llamamientos, las súplicas, las necesidades, el sufragio universal de aquel tiempo? No podía. Los *Césares* le pedían que afirmase su trono en el altar del verdadero Dios. La Iglesia hizo bien en acceder a las solicitaciones de los Césares, en aceptar como ornamento la púrpura de los reyes, en poner su mano en la mano de Constantino, de Carlomagno, de San Luis. Los *pueblos* le pedían que los protegiera contra la injusticia. La Iglesia hizo bien en quitar y dar coronas, en privar de ellas a los perjuros y a los tiranos, y en concederlas a los valientes y a los santos. Los *pequeños* y los humildes le pedían que los asistiera, que los cuidara, que los organizara. La Iglesia hizo bien en tomarlos bajo su tutela, en construirles casas, en asociarlos en cofradías y en corporaciones de oficios. *Las leyes, las letras, las ciencias y las artes* le pedían su boca para hablar, su mano para escribir, su fortuna para edificar, sus maestros para enseñar. La Iglesia hizo bien en salvar en la Edad Media la legislación, la literatura, la historia, y en poner al servicio del espíritu humano sus papas, sus obispos, sus monjes, sus escuelas, sus colegios, sus universidades. *La necesidad de las circunstancias y el consentimiento de los pueblos* le pedían que interviniera sin cesar en casi todos los actos de la vida temporal, civil y política. La Iglesia hizo bien en intervenir. Su intervención, produjo excelentes frutos. Su intervención ayudó a la dicha de los pueblos durante siglos enteros. No tenemos que avergonzarnos de semejante pasado. Hubo sus lagunas y sus desfallecimientos... esto era inevitable. Pero sus glorias son incontestables. Seríamos injustos si no las reconociéramos, admiráramos y bendijéramos.

Hoy ya no estamos en la Edad Media, y la Iglesia se limita a su misión espiritual. Instituída para santificar a las almas, las santifica lo mejor que puede; helo ahí todo. Pero ¿qué digo? ¿Helo ahí todo? No, esto no es enteramente verdadero. *Con frecuencia también el mundo moderno* pide a la Iglesia que acuda en auxilio de sus asuntos temporales, y la Iglesia, que es una madre, que tiene entrañas, no se niega a hacerlo. No se le pide que deponga a reyes y presidentes; deja, pues, tranquilos a reyes y presidentes. Pero se le pide que sirva a la infancia, a la juventud, a los pobres, a los enfermos, a los heridos de la vida, a los laboriosos, a los que padecen. ¿Puede rehusar sus servicios? No, no puede rehusarlos, y de hecho los presta sin contarlos. Los padres de familia le piden escuelas, colegios, universidades; está en su deber y en derecho corresponder al deseo de los padres de familia. El pueblo le pide hermanas de la caridad, trabajo, instituciones de previsión; está en su derecho y en su deber de responder al voto de las poblaciones. En el orden temporal, la Iglesia no impone servicios a los que no los quieren; los ofrece a los que los reclaman. ¿Qué mal hay en ello?

Déjenla hacer. Déjenla en libertad. Su ambición no va más lejos. Creada para la salvación eterna de los hombres, trabaja la Iglesia en la dicha temporal de los pueblos cuando las circunstancias lo exigen. Tiene hambre y sed de dar, de sacrificarse, de entregarse. A los mismos que la desconocen y persiguen, les dice como Augusto a Cinna:

> Traicionas mis beneficios; quiero multiplicarlos.
> De ellos te he colmado; quiero agobiarte con ellos.

Nosotros, señores, que somos sus hijos démosle

gracias y en los días obscuros que atravesamos, ofrezcámosle el tributo multiplicado de nuestro amor y docilidad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA (1)

Las ambiciones de la Iglesia *(Continuación)*

1.° La ambición de santificar

Hermanos míos:

Pentecostés es el día del nacimiento de la Iglesia católica. Antes de elevarse al cielo, dijo Jesucristo a sus Apóstoles: "Id por todo el universo y predicad el Evangelio a toda criatura. Revestíos de la fuerza de lo alto, y seréis mis testimonios hasta el fin del mundo." Y así fué. El Espíritu Santo descendió sobre los enviados de Jesucristo, y nació la Iglesia. Sale de su cuna, y parte a la conquista de las almas. ¿Lo entendéis bien? La Iglesia no aspira a la posesión y dirección de las cosas temporales. Busca almas; quiere la salvación de todos; su ambición es puramente espiritual. No obliga a nadie; su ambición es esencialmente racio-

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Pentecostés, en la Misa Mayor de las diez, ante toda la Parroquia.

nal. Someto a vuestra atención estos dos pensamientos, sumamente interesantes y oportunos.

I. La ambición de la Iglesia es puramente espiritual. Quiere la salvación de todos.

1.° La Iglesia quiere la salvación de todos. *Para eso fué instituída.* A ella, y no a César o a sus representantes, dijo Jesucristo: "Id, y enseñad a todas las naciones." A ella, y no a César o a sus representantes dirigióse Jesucristo cuando fundó el sacrificio de nuestros altares: "Haced esto en memoria mía"; cuando fundó los sacramentos: "Bautizad y perdonad los pecados"; cuando fundó la vida religiosa: "Si queréis ser perfectos, vended cuanto tenéis y dádselo a los pobres"; cuando fundó el sacerdocio: "Recibid el Espíritu Santo." Jesucristo introdujo en el mundo una innovación profunda: dividió los dos poderes, el civil y el religioso; el poder civil, que administra los cuerpos y los intereses del tiempo, y el poder religioso, que administra las almas y los intereses de la eternidad. Antes de Jesucristo, el Estado era considerado como origen y fuente de todos los derechos; su poder no estaba circunscrito por ningún límite; era el dueño absoluto de los bienes, de los servicios, de las vidas, de las conciencias. Jesucristo destruyó esta enormidad. No quiso que las almas, en sus relaciones con Dios y en la prosecución de sus destinos eternos, fuesen gobernadas por los poderosos humanos, los cuales carecen de misión, de competencia, de estabilidad, de infalibilidad. Dejó, pues, a César y a los representantes de César, al Estado, la dirección de los asuntos espirituales, y confió al papa y a los obispos, a su Iglesia, la dirección de los asuntos espirituales, el gobierno, la santificación de las almas.

2.° La Iglesia quiere la salvación de todos. *En esto trabaja siempre, en todas partes y a pesar de todo.*

Siempre. ¿Qué es lo que viene haciendo durante veinte siglos? Hoy como ayer, en el siglo XX como en tiempo de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, da a las almas la verdad y la gracia; les predica el dogma y la moral; les administra los sacramentos. Hoy como ayer, en el siglo XX como en tiempo de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, impulsa a las almas escogidas a la práctica de los consejos evangélicos y de la vida perfecta. Hoy como ayer, en el siglo XX como en tiempo de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, promulga leyes para salvaguardar la integridad de la fe y la pureza de las costumbres, para ordenar el culto sagrado, para organizar las Ordenes religiosas, en una palabra, para procurar por todos los medios la salvación de las almas. La Iglesia quiere la salvación de todos. Para ello trabaja siempre.

En todas partes, en Francia como en China, en los pueblos civilizados como en los pueblos salvajes, en los jóvenes repúblicas como en las viejas monarquías, en las regiones y regímenes más diversos. *Aquí* la protegen, y de ello se regocija, porque su acción sobre las almas es más fácil, más potente, más eficaz, más fecunda. *Allá* la toleran solamente y ella se resigna, y al amparo del derecho común, hace a las almas y a las sociedades todo el bien posible. *Más allá* la persiguen, pero ella no muere. Tranquila y dulce en medio de las injurias, con la sonrisa en los labios y el perdón en el corazón, espera tiempos mejores. A las mentiras de los sofistas opone la elocuencia de sus apologistas; a la espada de sus verdugos, la sangre de sus mártires; a la opinión de un pueblo extraviado, la abnegación de sus ministros. Si la expulsan de un país, se instala

en otro. Quiere la salvación de todos. En esto trabaja siempre y en todas partes.

A pesar de todo. En vano intentan *los Césares* encadenar su palabra y exterminarla. Ella les responde que vale más obedecer a Dios que a los hombres y continúa haciendo cristianos y preparando elegidos. En vano *los reyes* y los emperadores intentan influir en sus decisiones dogmáticas o morales, detener su acción vivificadora con *placet* y *exequatur*, prohibir la publicación de sus breves, de sus encíclicas, de sus catecismos, de convencer de abuso su doctrina y su disciplina. Ella pasa adelante; no hace aprecio alguno de esos actos ridículos y deshonrosos y se obstina en predicar la verdad integral. En vano *el Estado* intenta suprimir o reglamentar sus Ordenes religiosas; en vano intenta intervenir sacrílegamente en los sacramentos y en la liturgia, en la administración de las cosas sagradas. La Iglesia rechaza esas usurpaciones, esas invasiones. Unicamente ella crea las Congregaciones religiosas, únicamente ella puede disolverlas. Unicamente ella dispone de la oración pública, y de los sacramentos. Ella reclama para sí misma la libertad de la palabra y del sacrificio; para las almas escogidas la libertad de la virtud y del heroísmo; para todos la libertad de la gracia y de la salvación. *La Iglesia quiere la salvación de todos*. Para eso fué instituída; en esto trabaja siempre, en todas partes y a pesar de todo. La ambición es puramente espiritual.

La Iglesia quiere la salvación de todos. Espliquémonos. ¿Quiere esto decir que procede por la violencia? No. Respeta ella hasta el escrúpulo la libertad de las almas.

II. La ambición de la Iglesia es esencialmente racional. No obliga a nadie.

Primeramente, *no es posible* santificar a los hombres a pesar de ellos. La santificación es un acto de voluntad, y la voluntad es siempre dueña de sí misma. Le da, pero no es posible tomarla. Ni la fe, ni la esperanza, ni el amor entran en el alma a viva fuerza. Ni con amenazas, ni con suplicios, pueden ordenarse actos externos, doblegar las rodillas, abrir los labios, humillar las frentes, ni encadenar las conciencias, ni engendar una religión sincera. La Iglesia quiere la salvación de todos, pero su ambición es racional. No obliga a nadie. No es posible santificar a los hombres a pesar de ellos.

Además, *no es lícito*. La libertad de conciencia es el más sagrado de los derechos. Todo hombre tiene la obligación moral de buscar la verdad y hacer el bien. Es responsable de su elección ante la justicia de Dios. Pero ante sus semejantes es libre. Pueden ilustrarlo y solicitarlo, pero no intimidarlo, ni obligarlo. Un hombre es un hombre, es decir, un ser dueño de sí mismo. No es posible tratarlo como a una máquina, a la que se conduce mecánicamente, como a un esclavo, al que se conduce con una vara. No, no es permitido santificar a los hombres a pesar de ellos. Apelo a las palabras y ejemplos *de Jesucristo*. Cuando sus discípulos, expulsados de las ciudades de Samaria, llaman sobre aquellas ciudades culpables el fuego del cielo, Jesucristo los reprende con severidad y les dice: "Insensatos, no sabéis de qué espíritu estáis hechos. No he venido a matar, sino a salvar." No es lícito santificar a los hombres a pesar de ellos. Apelo a *todos los doctores* del catolicismo. En una u otra forma, no cesaron de pro-

clamar la libertad de la religión y de condenar el empleo de la violencia para imponer la fe. No es lícito santificar a los hombres a pesar de ellos. Apelo a la conducta *de la Iglesia.* Siempre afirmó los derechos que tienen los padres de educar a sus hijos en sus propias creencias, aunque sean erróneas, y prohibe a los cristianos bautizar a un niño judío sin permiso de sus padres, excepto en el caso de muerte inminente. La Iglesia respeta escrupulosamente la libertad de las conciencias.

Jamás obligó ella a nadie a creer, a convertirse, a practicar. Permitidme que sea sincero hasta el fin. *Algunos eclesiásticos* trataron de establecer aquí o allá la religión por la violencia. No vacilo en decir que se equivocaron. No puedo aplaudirlos. Pero justo es decir también que algunos eclesiásticos no son la Iglesia. Sus yerros personales no comprometen a la institución a que pertenecen. Se me citará algún obispo del antiguo régimen que aprobó y alentó los excesos del brazo secular. Tanto peor para ese obispo. No soy responsable de su error, ni tampoco la Iglesia. La Iglesia, en lo pasado, usó alguna vez de la fuerzza *para defenderse,* jamás para establecerse. Pide la libertad para sí misma, pero tiene buen cuidado de respetarla en los demás. No se parece a esos jacobinos embusteros e hipócritas que hablan sin cesar de libertad, pero que no tienen más que cadenas y violencias para todos cuantos no piensan como ellos.

Veamos *cómo se conduce la Iglesia católica en la hora presente.* En parte alguna la veréis que obligue a los hombres a creer, a convertirse, a practicar. Sin duda que abriga una ambición sublime, ilimitada, indomable. Sueña en la difusión universal del Evangelio. Quisiera ver el cristianismo penetrando las instituciones y las leyes, presidiendo la educación de los pueblos,

perfeccionando la inteligencia y las costumbres públicas. Quisiera ver reinar en todas partes la integridad de la fe y la unidad religiosa. Quisiera ver en cada nación tantos cristianos sólidos como ciudadanos, y que el perfecto amor de Dios se aliase con los arranques del más puro y ardiente patriotismo. He ahí su sueño. Es soberano. Mas ¿cómo se esfuerza en realizarlo? ¿Por la fuerza? No. Por la persuación. Cuando nuestros misioneros van a evangelizar a China, no llevan armas; solamente llevan su corazón para amar, sus labios para hablar, sus manos para bendecir, su sangre para ofrecerla en sacrificio. En este templo os encontráis ahora muchísimos, pero todos están aquí libremente. La Iglesia quiere la salvación de todos. Su ambición es puramente espiritual. No obliga a nadie. Su ambición es esencialmente racional.

Concluyo pidiéndoos que obedezcáis a la Iglesia y la améis con ternura.

1.° *Amad a la santa Iglesia* católica, apostólica y romana. Es vuestra madre. Os ha engendrado a la vida de la gracia. Os sigue paso a paso, os da su doctrina para alimentaros, sus sacramentos para realzaros y fortaleceros, sus sacerdotes para asistiros, sus sufragios para consolaros aun en el purgatorio. ¡Cuántas persecuciones ha soportado, cuántas vejaciones ha sufrido cada día para conservaros intacto el depósito de la fe, para salvar la libertad de vuestras conciencias, para aseguraros la paz del corazón, el honor de vuestros hogares, la felicidad aquí bajo en la virtud y la felicidad allá arriba en la gloria! Amad a la Iglesia, porque ella es vuestra tierna madre, vuestra madre, hoy perseguida y crucificada por vosotros.

2.º *Obedeced a la Santa Iglesia* católica, apostólica y romana, porque es vuestra señora y vuestra reina. Sus decisiones dogmáticas son la pura palabra de Dios, precisada y limpia de toda interpretación corruptora y embustera. Sus mandatos son reglas, no yugos, beneficios antes que cargas. Son la exposición de la voluntad divina. Obedeciendo al Estado, no siempre estamos seguros de seguir el camino recto. Obedeciendo a la Iglesia, tenemos la certeza de no descarriarnos nunca. Obedecemos a la Iglesia, pues tiene las promesas de la vida presente y de la vida futura. Obedecemos a la Iglesia, pues respeta nuestros derechos, nos inculca nuestros deberes, y nos conduce a nuestro destino.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCIA

Las ambiciones de la Iglesia *(Continuación)*

2.º La ambición de vivir

Señores:

La ambición de la Iglesia es puramente espiritual. Quiere santificar a las almas. Pero, para santificar a las almas, es preciso que viva. Tiene, pues, la ambición de vivir. Mas para vivir, es preciso que pueda *organizarse,* poseer y defenderse. Sí, en primer lugar, la Iglesia, que quiere vivir, debe tener la libertad de organizar su clero y sus Ordenes religiosas, y si, para ello, es necesario concertar una inteligencia con el Estado, nada tan grato para ella. He de deciros sobre esto cosas muy precisas, muy importantes, muy actuales.

I. La Iglesia debe tener la libertad de organizar su clero.

¿Cómo queréis que viva y realice su obra, si se ve molestada y paralizada en su reclutamiento, en la edu-

cación y administración de su jerarquía, en la elección de sus sacerdotes y formación de los cargos que les asigna? El Estado es soberano en la organización de sus ministros.

Ningún poder civil puede imponerle asuntos que le repugnen;

Ningún poder civil puede modificar los reglamentos que impone y la enseñanza que da a sus jóvenes levitas;

Ningún poder civil puede ampliar ni restringir las jurisdicciones espirituales que asigna a sus vicarios, párrocos, capellanes y misioneros;

Ningún poder civil puede imponer a sus levitas y sacerdotes servicios que comprometan la santidad de su estado o la solidez de su vocación, cosas inconciliables con sus sagrados cargos;

Ningún poder civil puede crear sin ella pastores para las parroquias, ni obispos para las diócesis.

En medio de los ataques de sus enemigos, de las plerpejidades y obstáculos de sus propios hijos, de las diversas necesidades impuestas por las circunstancias, los tiempos y las personas, no sería una sociedad perfecta, capaz de conducir los hombres a su fin, ni tendría probabilidad alguna de difundirse y durar, ni siquiera viviría una hora, sino gozase del derecho soberano de organizar su clero y proveer a su dignidad, al orden, al reclutamiento, a la dirección y perpetuidad de su jerarquía.

Y no se diga que el clero así organizado por la Iglesia constituye un Estado dentro del otro Estado, que obedece a un soberano extranjero, que abdica de su nacionalidad. Son alegatos, o mejor dicho, bromas que nada significan.

El clero constituye un Estado dentro de otro Estado. Esto no es verdad. ¿Es qué el ejército o la

magistratura constituyen un Estado dentro de otro Estado? ¿Es qué los notarios, los abogados, los médicos constituyen un Estado dentro de otro Estado? En manera alguna. Todos estas corporaciones, y muchas otras, son órganos que forman parte de la colectividad social, como los miembros de un solo y mismo cuerpo. Pues lo mismo ocurre con la corporación eclesiástica. No es un Estado dentro de otro Estado. Es una pieza, un rodaje del mecanismo general que se llama la sociedad civil. Sí, pero, se dirá,

El claro obedece a un soberano extranjero, al papa que está en Roma. Entendámonos. El clero, como los católicos de otras partes, el clero francés, como todos los cleros del mundo, obedece al papa en el orden espiritual y divino... pero esta obediencia, ¿es incompatible con el servicio del país? En manera alguna. Jesucristo, que vino para salvar a todos los pueblos, amó especialmente a su patria, y vertió lágrimas ardientes sobre el pueblo judío. Así, nosotros, sacerdotes y católicos, armonizamos fácilmente en nuestros corazones la docilidad para con el pontífice universal y la abnegación para con la patria. El papa es el vicario de Jesucristo, el representante de Dios en la tierra. No es extranjero en parte alguna. Estamos obligados y tenemos derecho a obedecerle en materia religiosa. Pero en el orden temporal y humano, somos ciudadanos, pertenecemos a un pueblo y abrigamos como él que más el sentimiento noble y altivo de nuestra nacionalidad y la solicitud por las obligaciones que impone.

¿En dónde y cuándo habéis visto que abdique el clero los deberes del patriotismo? En tiempo ordinario, como todo el mundo, pagamos nuestros impuestos, obedecemos a las leyes, respetamos a los magistrados. En las grandes calamidades, somos los primeros en subvenir a los males públicos. Durante la guerra de 1870, ¿no

pagó noblemente su deuda a la patria la tribu sagrada, los curas, los obispos, los capellanes, los Hermanos de las Escuelas cristianas, los religiosos, los seminaristas? ¿Por ventura no se nos vió en los hospitales, en las ambulancias, en los campos de batalla, afrontar todas las fatigas y todos los peligros para no dejar un solo herido sin socorro, un hambriento sin pan, un moribundo sin consuelo? Allá me encontraba yo, y tengo derecho a decir lo que vi. Tengo derecho a afirmar que, frente al extranjero, bajo el fuego enemigo, en el incendio y el saqueo de las ciudades, el clero francés cumplió con su deber. No digo que tengamos nosotros el monopolio de la abnegación; esto sería una fanfarronería y una puerilidad. Pero, en nombre de los hechos más admirables y de la justicia más elemental, digo que no es posible poner en duda la sinceridad y ardor de nuestro patriotismo. Dejen, pues, que la Iglesia organice libremente a su clero. Al hacerlo trabaja ella por Dios, por las almas y por la patria. Pero voy más lejos todavía:

II. La Iglesia debe tener libertad para organizar sus Ordenes religiosas.

Todo ejército tiene tropas auxiliares y cuerpos escogidos, que no sólo le son útiles, sino necesarios, y el general en jefe los forma y organiza como bien le parece. No podría prescindir de ellos. Así, la Iglesia tiene necesidad de Ordenes religiosas contemplativas y activas, hospitalarias o docentes. Ella las instruye, las gobierna, las disuelve, según su leal saber y entender. Es soberana con relación a su clero.

He ahí almas que quieren abrazar la perfección evangélica, y ser humildes hasta la abyección, pobres hasta la desnudez, castas hasta la virginidad total; almas que quieren trocar la púrpura por la estameña y renunciar a las esperanzas de la paternidad carnal. La Iglesia aprueba y bendice su vocación. Está en su derecho.

He ahí personas que se consagran a Dios, que viven juntas en la soledad del claustro, o en el ejercicio de la caridad, que tienen hábito particular y una regla particular. La Iglesia alienta estas agrupaciones y sanciona con su autoridad su manera de vivir. Está en su derecho.

He ahí una Orden que cuenta con siglos de existencia, pero que ya no es útil. La Iglesia la suprime. Está en su derecho. He ahí una Orden antigua que tiene necesidad de reforma y rejuvenecimiento. La Iglesia la reforma, y está en su derecho. He ahí una Orden nueva que anhela nacer y fructificar. La Iglesia la instituye, y está en su derecho.

Y no se diga que las Ordenes religiosas son un peligro para la nación; que su multiplicación es indiscreta y exagerada, por lo que es preciso contener sus invasiones. Esos temores son ficticios, esas declaraciones carecen de sinceridad.

Las Ordenes religiosas no hacen mal a nadie. En ellas entra y sale quien quiere. El techo y el jardín que las cobija fueron adquiridos legítimamente, y pagan los impuestos que el fisco les reclama. A pesar de que me esmero en estudiar a fondo esta cuestión, no llego a entender cómo pueden ser perjudiciales a la patria la carmelita y la salesa que oran, el capuchino que anda con los pies desnudos, el dominico que visita a los pobres, la Hermana que se cuida del asilo o de la clase, el jesuíta que predica o prepara bachilleres y licenciados, el Hermano de las Escuelas cristianas que educa a los hijos del pueblo. No veo enteramente el mal que hacen todos ellos, pero veo con deslumbrante cla-

ridad el bien que todos ellos hacen. Las Ordenes religiosas no hacen mal a nadie.

Hacen bien a todos. Ruegan por los que no rezan, expían por los pecadores, cuidan los heridos de la vida; se inclinan sobre la almohada de enfermos y moribundos; recogen viejos en los asilos; educan a los niños y a los jóvenes; consuelan las miserias físicas y las miserias morales; hacen bien aun a los que los quieren mal. Vemos que legisladores y políticos que han decretado las suspensión de los conventos llaman a las buenas Hermanas para que los cuiden cuando están enfermos, y a los Padres jesuítas para que los absuelvan en la hora de la muerte. Vemos que pobres descarriados que truenan contra las casas religiosas, confían con solicitud sus ancianos padres a la guarda material de las Hermanitas... Dejen, pues, que la Iglesia organice libremente, no sólo su clero, sino también sus Ordenes religiosas, para que trabajen por la gloria de Dios, la salvación de las almas y el bien público.

Es muy grave, me dicen algunos, *lo que afirmáis.* La Iglesia libre, independiente, soberana en la organización de su clero y de sus congregaciones... sobre esto hay mucho que decir. Entre la Iglesia soberana y el Estado soberano, ¿no se producirán choques, sino discusiones, disputas, luchas? Respondo a esta objeción haciendo notar que la Iglesia y el Estado pueden encontrarse sin luchar.

III. La Iglesia, cuando organiza a su clero y a sus Ordenes religiosas, nada anhela tanto como entenderse con el Estado.

Cuando el poder religioso y el poder civil se encuentran en fronteras dudosas o en asuntos mixtos, tienen el recurso de entenderse por convenciones o *concordatos*, en los cuales cada uno aporta sus derechos y procura que prevalezcan sus pretensiones. Nada más natural. Como dos vecinos en contacto, la Iglesia y el Estado regulan sus diferencias por un contrato sinalagmático que obliga a los dos partes.

Entonces es cuando aparece resplandeciente la mansedumbre, condescendencia y *lealtad* de la Iglesia. Reduce a menudo sus más legítimas exigencias; sacrifica fácilmente los honores, privilegios, inmunidades superabundantes que no son indispensables al cumplimiento de su misión; y, una vez adquirido el compromiso, permanece fiel a la fe jurada... Desde el Concordato de Worms, que puso fin a la querella de las investiduras, hasta el de París, que restableció en Francia el ejercicio oficial del culto público, jamás papa alguno faltó a sus promesas.

Mas si el Estado no quiere entenderse, si rechaza los avances y proposiciones de la Iglesia, si rompe las convenciones acordadas o si las desvirtúa con astutas y desleales interpretaciones... la Iglesia, habituada a padecer y durar, no se desalienta poco ni mucho.

Se lamenta. Está en su derecho. Apela a la razón, al Evangelio, a la patria, al sentido común, a la libertad. Protesta... sin cólera, pero sin miedo. Y luego,

Espera tiempos mejores. Deja pasar las sospechas, las vanas alarmas, los vanos prejuicios, las disputas pueriles, las irritantes injusticias, las calumnias hipócritas. Perseguida, se lamenta. Está en su derecho. Paciente, espera. Esto constituye su fuerza. Activa y abnegada siempre y a pesar de todo,

Continúa santificando las almas y haciendo bien a todos. Tal es su misión. ¿Persiguen con el hambre, vejan, maltratan a sus sacerdotes? Se reducen al estado apostólico, y por cuanto son inmolados, se convierten en conquistadores y salvadores. ¿Dispersan a las

Ordenes religiosas? Se reconstituyen, en otras partes, y contrariada su abnegación, se hace más intensa. La Iglesia tiene la ambición de vivir, y, lo que es más, tiene la certeza de que vivirá. Esto es desesperante pára los masones, los judíos, los apóstatas. Pero ¿qué queréis? Esta es la verdad, la pura verdad, y yo no tengo otro derecho que deciros la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

Las ambiciones de la Iglesia *(Continuación)*

2.° La ambición de vivir (*continuación*)

Señores:

La Iglesia tiene la ambición de santificar las almas; luego tiene la ambición de vivir. En primer lugar, si la Iglesia tiene la ambición de vivir, ha de tener libertad para *poseer*. Esto es lo que hoy vamos a ver. La Iglesia tiene el derecho de poseer. Despojarla de este derecho, sería un crimen y un peligro. Ahora bien, su vida es dura; pero aun expoliada y reducida a la extrema pobreza, es inmortal.

I. La Iglesia tiene el derecho de poseer.

Es un derecho natural. Como todo individuo, como toda sociedad que quiere vivir, tiene el derecho de poseer. Si no posee, ¿cómo podrá sostener a *sus ministros* para consagrarlos exclusivamente a la predica-

ción del Evangelio, para libertarlos de las necesidades materiales que absorberían su tiempo y sus fuerzas en detrimento de su misión espiritual? Si no poseyera ¿cómo lo haría para sostener *sus obras*, para construir templos, monasterios, escuelas, para subvenir a las necesidades de los pobres, de los huérfanos, de las viudas, de los enfermos, para asistir a todas las porciones débiles o dolientes del género humano? Si la Iglesia no posee, se convierte en *una carga* perpetua y aplastante para los fieles, y cansa la generosidad del pueblo cristiano. Si la Iglesia no posee, compromete su *dignidad* en laboriosa y humillante mendicidad... y, lo que es más grave todavía, compromete *su independencia*, su soberanía espiritual. Los que la alimentan fácilmente se convierten en sus dueños, cuyos caprichos vese obligada a soportar. Los beneficios que se le conceden, los servicios que se le hacen fácilmente se convierten en servidumbres que perjudican la perfecta libertad que necesita para cumplir su misión. La Iglesia tiene el derecho de poseer. Es un derecho natural, que le pertenece por el solo hecho de existir.

Es un derecho positivo, que siempre y en todas partes ha reivindicado y ejercido. Los primeros Apóstoles, los antiguos Padres, los Doctores, los Teólogos, los Obispos, los Papas muestran unanimidad sobre este punto. Podrían citarse más de mil decretos promulgados por los concilios, de siglo en siglo, en Oriente y en Occidente, para reconocer los títulos de propiedad eclesiástica, reclamar las rentas, castigar o mostrar a sus detentadores. Cierto que la Iglesia no ambiciona ni los honores, ni los cargos de la riqueza secular; pero como prudente, previsora y madre que es, se preocupa de las necesidades de sus hijos, adquiere bienes temporales, alaba a los que los aumentan, se queja de los que los envidian, condena a los que los atacan; se dirige a los

príncipes para recuperar el goce de sus bienes, ordena a los obispos que regulen el uso de ellos; reconoce a los papas el derecho de transferir su propiedad. Se la ha despojado mil veces de ellos, pero mil y mil veces ha vuelto a poseerlos... porque de edad en edad, y en toda la superficie de la tierra, necesita un pedazo de pan para sus ministros, templos para sus fieles, abrigo para sus vírgenes, casas de educación para la infancia y la juventud, invenciones caritativas y auxilios oportunos para todo lamento que dé un sonido nuevo y pida consuelo. La Iglesia tiene el derecho de poseer.

Es un derecho reconocido, jamás discutido por ninguna alma honrada. Desde los primeros días del cristianismo, vemos que los fieles ponen sus bienes a los pies de los Apóstoles. Bajo el mando violento de los emperadores paganos, los nobles patricios convertidos ofrecen a la Iglesia los dones voluntarios de su generosa caridad. Después, se multiplican sin interrupción las liberalidades de los cristianos inteligentes y abnegados. En todas partes se constituyen en favor del clero beneficios que les aseguran una vida honrosa e independiente, con la posibilidad de subvenir a las buenas obras. En 1879, la Asamblea Constituyente despoja de sus bienes a la Iglesia de Francia; pero, ¿no parece reconocer la legitimidad de su propiedad el hecho de que, a modo de compensación, encargue a la nación "proveer a los gastos del culto, al sostenimiento de sus ministros y al auxilio de los pobres?" "El sueldo de los ministros del culto forma parte de la deuda nacional." En 1802, en el Concordato, artículo 15, se estipula que "el gobierno tomará las oportunas medidas para que los católicos franceses puedan, si así lo desean, hacer fundaciones en favor de las iglesias". Los poderes civiles menos favorables a la Iglesia no se atreven a discutirle el derecho de poseer. La Iglesia

tiene el derecho de poseer. Por consiguiente, llego a mi segunda proposición:

II. Despojar a la Iglesia sería un crimen y un peligro.

Lo que la Iglesia posee, es sagrado. Es la substancia de Dios, el patrimonio de Jesucristo, la casa del Señor. Toda violación de semejante propiedad es *un robo complicado de sacrilegio.* ¿Se pone la mano en el dominio temporal del papa? Es un robo, y un robo sacrílego. ¿Se suprime sin discusión y sin juicio el sueldo de un cura o de un obispo? Es un robo, y un robo sacrílego. ¿Se confisca, se vende, se liquida la fortuna inmueble de una congregación? Es un robo, y un robo sacrílego. Pero la expoliación de la Iglesia ha sido *decretada por la ley,* presidida por el magistrado, ejecutada por los agentes de la fuerza pública; "qué importa? El robo es un crimen, y el robo sacrílego es otro crimen. Si se cargan sobre la propiedad de la Iglesia todos los impuestos que pesan sobre la propiedad de los ciudadanos: contribución territorial y mobiliaria, de puertas y ventanas, de manos muertas, etc., etc.... nada tendré que decir. La justicia debe ser igual para todos. Pero que se le quite a la Iglesia lo que le pertenece, como si no fuera propietaria de lo suyo en el mismo derecho que un particular o una sociedad civil...; que se dilapide el patrimonio de la Iglesia, nacido del trabajo, de la economía y del tiempo, y consagrado a usos piadosos...; que se despoje brutalmente a los religiosos y a las religiosas a causa del hábito que visten, y a pesar de su condición de ciudadanos... merece la más viva protesta en nombre del derecho común, que queda lesionado, en nombre de la religión, que es atacada, en nombre de la conciencia pública, que se muestra choqueada e indignada. Despojar a la Iglesia es un robo

y un robo sacrílego. No hay sofisma alguno que pueda justificar semejante crimen.

Pero este crimen es al propio tiempo *un peligro,* un inmenso peligro. Pocos años después de la liberación de Francia por Juana de Arco, embarcábase un gentilhombre inglés para regresar a Inglaterra. Díjole un francés en tono burlón: "¿Cuándo volveréis a Francia?" —"Cuando vuestros pecados—respondió el inglés—sean más grande que los nuestros." ¡Palabras profundas! Los pueblos son recompensados o castigados desde aquí bajo. Los pecados de las naciones se pagan en la tierra. Despojar a la Iglesia es un peligro social porque lógicamente *la expoliación de la Iglesia justifca y prepara la expoliación de todos.* Fácilmente me entenderéis. Cuando en 1789 iba la Asamblea Constituyente a votar la confiscación de los bienes del clero, el abate Maury, rivalizando en elocuencia con Mirabeau, le decía: "Ten cuidado. La propiedad es una. Es tan sagrada para nosotros como para vosotros. Nuestras propiedades garantizan las vuestras. Hoy se nos ataca a nosotros; pero, no os engañéis, si nosotros somos despojados, vosotros lo seréis a vuestra vez. El pueblo tendrá sobre vosotros todos los derechos que ejerzáis contra nosotros. ¿Nos arrebatáis nuestros bienes? El pueblo pedirá una parte de los vuestros." La lógica inflexible de Maury no tardó en manifestar su evidencia. La expoliación criminal de la Iglesia; la venta sin probidad de los bienes raíces del clero fué un bandidaje sin provecho para nadie, y, además, fué preludio y causa de todas las destrucciones y dilapidaciones que siguieron. Nosotros, es decir, el clero; nosotros, esto es, la Iglesia, somos en apariencia poca cosa en el edificio social; no somos más que una piedra... pero la piedra angular... y cuando se nos descantilla, cuando se nos arrebata nuestro puesto y nuestro derecho,

se quebranta todo el monumento. ¿Con qué derecho detendréis la mano de la revolución sobre vuestros bienes, si le habéis dejado que arrebate los nuestros? ¿Quién os respetará si se roba impunemente a los religiosos y a las religiosas? Es casi seguro que seréis despojados y molestados, si despreciáis a la Iglesia y toleráis que la despojen. "El Estado—se dice—puede apoderarse de los bienes de la Iglesia." Pero vuestros bienes pertenecen también al Estado. Todo pertenece al Estado, nos dicen los doctores del socialismo. Protestáis, y con razón, porque la propiedad es querida, y vosotros tenéis puesta en ella toda vuestra alma por vosotros y por vuestros hijos. Pues bien, sed lógicos y consecuentes con vosotros mismos: aceptad el derecho de propiedad con todas sus consecuencias; sed propietarios, aunque lo sea la Iglesia a vuestro lado. Detestad el robo dondequiera que se cometa, si no queréis se robados. La expoliación de la Iglesia constituye un inmenso peligro social, porque es la legitimación y el punto de partida de todas las expoliaciones. Despojar a la Iglesia es un crimen y un peligro. ¿Quiere esto decir que moriría por ello? No, ciertamente. Escuchadme un poco más.

III. Aun expoliada y reducida a la extrema pobreza la Iglesia es inmortal.

Hace ciento quince años, a fines del siglo XVIII, la Revolución despojó a la Iglesia. Destruyó en un día diez siglos de propiedad eclesiástica. Robó al clero y vendió a vil precio bosques, praderas, monasterios, hospitales, santuarios y vasos sagrados, todos los objetos tan caros al arte como a la religión. *Mas no por ello murió la Iglesia.* La desgracia sólo mata a los que no saben aceptarla; en cambio, resucita a los individuos y

a las sociedades que saben aprovecharse de ella. Fouquet, intendente de Luis XIV, acababa de ser desterrado, su madre al saber la desgracia, exclamó: "Empiezo a reconocer que Dios ama a mi hijo, porque le envía pruebas:" Enriqueta de Francia, mujer de Carlos I de Inglaterra, daba gracias a Dios todos los días por haberla hecho cristiana y reina desgraciada. Así también, la Iglesia, en el tiempo de la Revolución, apareció ante el mundo como una reina despojada, y desgraciada; pero ello la hizo aparecer más hermosa, más grande, más viviente. La prueba depura y transfigura. Cambió la cruz de oro por la de madera, que salvó al mundo. Mirabeau, hablando de los obispos de Francia, vióse obligado a decir: "Hemos podido quitarles sus bienes, pero no hemos podido deshonrarlos." No, la Iglesia no teme la pobreza evangélica. Empezó a vivir con ella, y por medio de ella se realza con frecuencia. Así se la vió hace un siglo. ¿Volveremos a verla otra vez así? No me extrañará mucho.

En la *hora presente,* en la aurora del siglo XX, como en las postrimerías del XVIII, comienza otra vez el robo de los bienes de la Iglesia. Ya han sido medio despojadas las congregaciones religiosas. Puede ocurrir que mañana, o pasado mañana, quede suprimido el presupuesto de cultos, y se nos robe todo, aun nuestras iglesias construídas con el dinero de los fieles. Si esto ocurre, será un desafío brutal arrojado a la historia, a la justicia, al honor, a la gratitud, a los derechos más indiscutibles y a los servicios más brillantes. Pero, si esto ocurre, estad bien seguros de que *la Iglesia no morirá.* Esta empresa sacrílega nos hará sufrir, pero no nos hará morir. A título de ciudadanos, continuaremos instruyendo a vuestros hijos, enseñándoles al mismo tiempo la ciencia religiosa y la ciencia profana. A título de ciudadanos, continuaremos visitando a vues-

tros enfermos y absolviéndolos en su última hora. Si se nos expulsa de los templos que nos pertenecen, llevaremos nuestros sagrados misterios, el pan y el vino del sacrificio, a cualquier granero por encima de vuestras cabezas, o a cualquier sótano húmedo por debajo de vuestros pies. Privados de pan y de abrigo, vosotros nos alojaréis y nos sentaréis a vuestra mesa. Mendigaremos sin avergonzarnos. Como san Pablo, trabajaremos si preciso fuera, con nuestras manos, y, a fuerza de celo y desinterés, acabaremos por desterrar el estúpido prejuicio que dice que nuestro ministerio es un ministerio de convención y de lujo... ¿Seré profeta? ¿Os anuncio un porvenir inmediato? No lo sé; pero sé muy bien que el reinado de los enemigos de la Iglesia es necesariamente corto, y que, al tocar el incensario, firman su acta de defunción; pero sé muy bien que, aun despojada y reducida a la extrema pobreza la Iglesia es inmortal. Padece, llora, ruega, espera... y sobrevive a todo y a todos ...a los cobardes que la abandonan, a los apóstatas que la detestan, a los ladrones que la despojan, a los verdugos que la crucifican.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

Las ambiciones de la Iglesia *(Conclusión)*

2.º La ambición de vivir (*conclusión*)

Señores:

La Iglesia tiene la ambición de santificar las almas; por consiguiente, tiene la ambición de vivir. Pero la Iglesia que quiere vivir debe tener la libertad de organizarse y la libertad de poseer. Y aun añado: todo individuo, toda sociedad que no quiere morir, debe tener la posibilidad de defenderse. La Iglesia tiene el derecho *de defenderse* por la palabra, por leyes y penas, por el recurso al brazo secular. La materia es delicada y compleja. Me esforzaré en decir toda la verdad, nada más que la verdad.

I. La Iglesia, para defenderse, tiene el derecho de hablar.

Es este un derecho elemental e incontestable. ¿Quie-

ren mataros? Gritáis: ¡Al asesino, al asesino! ¿Quieren robaros la bolsa? Gritáis: ¡Al ladrón, al ladrón! ¿Quieren incendiar vuestra casa? Gritáis: ¡Fuego, fuego! ¿Os injurian, os golpean? Os quejáis, protestáis en voz alta contra el agresor. Nada más natural, nada más legítimo. El historiador Tácito refiere que, en el reinado de no sé qué tirano, ni siquiera era libre el gemido, *gemitus non fuit liber*. Era una manera de decir que no podía extremarse más la servidumbre. La libertad de quejarse es el último recurso del hombre que padece. Este derecho pertenece a la Iglesia.

Siempre y en todas partes, desde hace veinte siglos se defiende por medio de la palabra contra los que la atacan. Se lamenta, gime, protesta, pronuncia el *non licet,* que costó la vida al intrépido Juan Bautista. Con su voz soberana y jamás fatigada, condena los errores que pervierten las almas, las blasfemias, que insulta todo lo que hay de más sagrado, las impiedades científicas y literarias, que minan los fundamentos de todo orden social, las inmoralidades de la pluma y el lápiz, que depravan el corazón del pueblo, las injusticias, ora procedan de arriba, ora de abajo. Para vengarse, hace resonar, aquí y allá, ayer y hoy, las lecciones, los consejos, las advertencias, los reproches de su autoridad benévola y abnegada.

Emplea para ello la boca *de sus ministros,* de sus sacerdotes, de sus obispos, de sus papas. Cierto día, el emperador Valente, hizo que su ministro Modesto visitase a san Basilio, obispo de Cesárea, para obligarle a abrazar el arrianismo. Modesto preguntó al Santo: "¿Por qué no profesas la religión del Emperador, tu amo?—Porque un amo más grande me lo prohibe.—¿No temes los efectos de su poder?—¿De qué efectos hablas?—Se trata de la confiscación de tus bienes, del destierro, de los tormentos, de la muerte.—El que nada posee, nada tiene que perder. Encontraré en todas partes mi patria, porque el universo pertenece a Dios. No me resta más que un soplo de vida, y la muerte será para mí un beneficio.—Nadie me habló jamás así.—Porque jamás hablastes con obispos." Modesto escribió a Valente: "Somos vencidos. Las amenazas nada pueden contra Basilio, ni tampoco las promesas. Dice que vale más obedecer a Dios que a los hombres." Así es como se defiende la Iglesia, con palabras sencillas, con protestas indignadas, con gemidos irreductibles. Escuchad a Gregorio VII en su última hora: "He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro." Escuchad lo que Bossuet dijo al canciller Pontchartrain: "Nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia. En cuanto a mí, perdería por ella la cabeza." La Iglesia se defiende por medio de la boca de sus ministros, y tanbién

Por la boca *de sus hijos.* Señores, tenéis siempre el derecho, y con frecuencia el deber de tomar la palabra para defender nuestra religión contra los ataques injustos, inútiles y perjudiciales de que es objeto.

Encontraréis gentes que no ponen jamás el pie en nuestras iglesias, que ignoran totalmente nuestra fe, pero que quieren reglamentar sencillamente nuestras creencias y nuestro culto. Decidles sencillamente que se meten en lo que no entienden.

Encontraréis intolerantes que reivindican para sí mismos la libertad de no creer ni practicar, pero que de buen grado os negarán la libertad de creer y practicar. Decidles claramente que no son lógicos, y que vosotros seréis cristianos tanto más decididos cuanto más se empeñen en que no lo seáis.

Encontraréis pobres descarriados que emplean todo lo que tienen en materia de inteligencia y energía en la guerra religiosa. Decidles caritativamente que sus

esfuerzos serían mucho más fructuoso, si los emplearan de acuerdo con vosotros, en realzar nuestros intereses materiales y morales en decadencia.

La Iglesia tiene, para defenderes, el derecho de hablar. Y no insisto, porque es demasiado evidente, pero continúo.

II. La Iglesia tiene, para defenderse, el derecho de decretar penas.

Toda sociedad que quiere vivir, tiene el poder, no sólo de hacer leyes, sino también de decretar penas, porque, si careciese del poder de castigar, ¿qué sería de las leyes? Serían vanas prescripciones y vanas amenazas... ¿En qué se convertiría el Estado? En una soberanía ilusoria. La Iglesia, sociedad perfecta, tiene, pues, el poder de hacer leyes y de sancionar sus leyes con castigos.

Los castigos que impone son diversos. Los unos son espirituales, como la privación de oraciones públicas, sacramentos y sepultura eclesiástica. Los otros son temporales, como la pérdida de bienes y de la libertad. Aquí os someto tres consideraciones importantes:

1.ª La Iglesia, cuando decreta penas, no las aplica a los extraños, sino solamente a sus hijos, a sus súbditos. Legisla en su dominio; es dueña en su casa;

2.ª La Iglesia que está fundada para todas las edades y para todos los pueblos, acomoda su disciplina a los tiempos, lugares y sociedades. Ora se muestra severa, ora condescendiente. Aquí se inclina al rigor, allí al perdón. Esto es propio de la prudencia;

3.ª Nos equivocaríamos si juzgáramos sus instituciones penales de otros tiempos con nuestras ideas y nuestros hábitos actuales. Su derecho de hacer leyes e imponer penas, es conforme a la razón, al Evangelio y a la tradición. Esto debe satisfacernos.

Pero quiero deciros algunas palabras sobre una pena de que con frecuencia se valió la Iglesia en los tiempos pasados, y de la cual se sirve algunas veces en nuestros días, la *excomunión.* Por la excomunión, la Iglesia separa de su seno un cristiano rebelde y gravemente culpable. Le priva de los sacramentos durante su vida y de la sepultura religiosa después de su muerte. Procede como la ciudad que arroja al ciudadano traidor a su patria, como el padre que prohibe su hogar y su mesa al hijo ingrato, como las sociedades humanas que pronuncian diariamente decretos de expulsión contra criminales declarados.

No condenéis, señores, el uso que ha hecho la Iglesia del arma formidable de la excomunión. Gracias a ella, ha protegido la fe católica contra las empresas de la herejía y del cisma. Merced a ella, salvó la moral, suprimió el divorcio, sujetó los grandes al freno sagrado del matrimonio, previno el hundimiento de los pueblos en la lujuria, la degradación de las razas en la poligamia, la vuelta a las abominaciones del paganismo. Por medio de ella, vengó la justicia, obligando a los reyes a reinar según Dios, y reduciéndolos por el castigo al respeto de la virtud y del derecho... aterrando a los usurpadores, a los tiranos, y poniéndolos en la imposibilidad de dañar a sus pupilos, a sus vasallos, a sus vecinos, a sus pueblos. En aquellos lejanos y caóticos tiempos, en que la opinión era muda, incierta la legislación, y el poder real bárbaro, ignorante, absoluto, la excomunión salvó al mundo.

Hemos adelantado después mucho... *y algunos se burlan* de buen grado de la excomunión como de una espada mohosa e impotente, como de un arma pasada de moda, como de un juguete infantil. Hacen mal en burlarse. Napoleón I, excomulgado por Pío VII, no era insensible a la herida de la espada espiritual, y, furioso se le oía exclamar: "¿Cree el Papa que la excomunión hará que caigan las armas de las manos de mis soldados?" Poco después, emprendía con 600.000 hombres la campaña de Moscú. Huyen los rusos, y hacen el vacío ante su ejército. Los soldados de Napoleón, transidos de frío, dejan caer sus armas, y caen con ellas, helados por la muerte. Del Gran Ejército apenas vuelven a su patria algunas decenas de miles de hombres. El que come carne de papa, muere sin remedio. ¡Respeto a la Iglesia, a su palabra, a sus gemidos, a sus lágrimas, a sus leyes, a sus instituciones penales! Todavía unas palabras más.

III. La Iglesia, para defenderse, tiene el derecho de recurrir al poder civil.

¿Cuál es su misión y la razón de ser del poder civil? En lo exterior debe defender la patria contra los ataques de fuera. En lo interior, debe defender las personas honradas contra los bribones, la verdad y el bien contra el error y el mal. Por regla general, en una sociedad civilizada, los ciudadanos no se hacen justicia a sí mismos. El poder existe para hacer justicia y mantener el orden público. Dos hipótesis pueden presentarse: o el poder civil defiende a la Iglesia, o no la defiende. Estudiémoslas.

1.° *Si el poder civil defiende a la Iglesia...* nada mejor. Todo el mundo se encuentra bien.

Antes, el poder civil defendía a la Iglesia hasta el punto de procurarle en la nación *una situación privilegiada.* Adoptaba la religión católica como religión de Estado, con exclusión de todo otro culto, y las creencias, las leyes, las prácticas, la disciplina católica eran considaradas como parte integrante de la vida nacional. Tal fué el régimen bajo el cual vivió la Europa cristiana durante siglos... Al amparo de este régimen, vióse al Estado proteger contra los enemigos exteriores y los interiores a la Iglesia atacada, la cátedra amenazada, los altares invadidos, la sagrada mesa pisoteada; vióse al brazo secular sacar la espada de la vaina y proteger, al propio tiempo que la religión, la familia, la propiedad, la moral, la seguridad pública, convertidas en presa de la herejía. Vióse a Carlos Martel batir a los sarracenos en Poitiers y salvar a Francia del yugo de Mahoma. Vióse a los papas, a los obispos y a los santos armando los caballeros para las cruzadas; vióse centenares de veces la fuerza al servicio de la religión, no para establecerla, lo que hubiera sido un crimen y una locura, sino para defenderla, lo cual era legítimo y, por otra parte, unversalmente consentido y querido. La religión estaba identificada con la nación. Al defenderla, el Estado defendía la nación. Nuestros padres vivieron bajo este régimen, y en él hicieron buena figura, pues cosecharon glorias a granel, nosotros cometeríamos una torpeza si las discutiéramos y repudiáramos.

Hoy vivimos en un régimen totalmente distinto. El Estado concede simplemente a la Iglesia *la protección común* que concede a todos los ciudadanos y a todas las asociaciones. La trata como a la religión judía y a la religión protestante. No la persigue, pero no la favorece; permanece neutral. Más esta neutralidad es tan difícil de sostener como fácil de proclamar, y con frecuencia degenera en licencia concdida al mal

y en libertad negada al bien. Ahora bien, bajo semejante régimen, si es sincero, puede todavía la Iglesia defenderse. Como el apóstol Pablo, apela al César, *ad Cæsarem appello*, al derecho común, a la ley, que es igual para todo el mundo... y logra que se le haga justicia... Pero aquí se presenta la segunda hipótesis...

2.° *Si el poder civil no defiende a la Iglesia;* si, en vez de privilegiarla, no le concede ni siquiera el derecho común, ¿qué deberá hacer la Iglesia?

El caso no es quimérico. En ciertas horas tenebrosas, vemos que la libertad se concede a todos y a todo, menos a la religión y a sus discípulos. Los apaches de la prensa y los apaches de la calle pueden impunemente vilipendiar nuestras personas y nuestras creencias, e invadir nuestros templos. La ley protege a los animales, pero no a los católicos, que son entonces tratados como enemigos públicos, excluídos de todos los empleos, señalados a todas las cóleras.

Cuando la Iglesia se ve abandonada por el poder público, me preguntáis cómo puede todavía defenderse. No tengáis miedo. Le queda Dios, le quedan sus hijos, le queda ella misma. Dios está con ella. Sus hijos la protegen como se protege a una madre, con la palabra y con el gesto. Y la Iglesia, sonriente y tranquila, perdona a los que la maltratan. "Su venganza consiste en orar por ellos, y su victoria, en sobrevivir a ellos."

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

El papa es un hombre como cualquier otro

1.ª El papa en la Iglesia

SEÑORES:

La Iglesia católica tiene una cabeza... el papa. He ahí un personaje del cual se habla mucho. Hablemos también nosotros de él. Algunos, ya por ignorancia, ya por desdén o por cólera, sostienen que el papa es un hombre como cualquier otro. ¿Es esto verdad? No, ni en la Iglesia, ni en el mundo, es el papa un hombre como cualquier otro. Es un hombre de un género especial. Tiene poderes y una fisonomía que no corresponden a ningún otro. En primer lugar, ¿qué es el papa *en la Iglesia?* Veamos lo que Jesucristo quiso que fuese, y lo que es hace ya veinte siglos. Esto nos dirá lo que nosotros debemos ser con relación a él.

I. Lo que Jesucisto quiso que fuese.

Jesucristo dió al papa en la Iglesia una primacía de honor y jurisdicción. Quiso que fuese la cabeza de los pastores y de los fieles. De ello da fe el Evangelio.

Entended bien, señores, la diferiencia que existe entre las sociedades humanas y la sociedad religiosa fundada por Jesucristo. Las sociedades humanas se constituyen en monarquía, en oligarquía, en aristocracia, en democracia, como bien les parece. Es asunto de lugar, de tiempo, de costumbres, de conveniencia. No he de pronunciarme sobre la excelencia de tal o cual forma de gobierno. La monarquía tiene sus glorias y sus ventajas. Pero también nada tan legítimo como la república... y podría ser el mejor de los gobiernos, si todos los hombres fueran igualmente instruídos, prudentes, desinteresados y virtuosos. La forma del poder, en las sociedades humanas, queda abandonada a las disputas de los hombres. En la sociedad religiosa no ocurre lo mismo. La forma del poder fué divinamente instituída, irrevocablemente fijada, intangible e inconmutable... ¿Cuál es esta forma? Es la forma monárquica. Jesucristo no fundó una república, sino una *monarquía espiritual.* Según el Evangelio, la Iglesia es un redil, y Jesucristo le da un solo pastor; es una familia, y Jesucrnsto le da un solo padre; es una ciudad, y Jesucristo le da un solo jefe; es un reino, y Jesucristo le da un solo rey; es un vasto cuerpo, y Jesucristo le da una sola cabeza; es una barca y Jesucristo le da un solo piloto, porque, si tuviese dos patronos, la barca zozobraría. Nada tenemos que censurar aquí. La voluntad de Jesucristo se pronuncia con indiscutible precisión, franqueza y solemnidad. Fundó una monarquía espiritual.

Dióle una sola cabeza. Seguid con la mayor atención. Ved cómo procede Jesucristo. Entre sus numerosos discípulos, elige doce apóstoles, a los cuales confía su doctrina y su misión; entre estos doce, distingue tres, Pedro, Santiago y Juan, a los que hace testigos de su transfiguración; y entre estos tres, distingue particularmente uno, Simón, a quien da otro nombre, símbolo de su futura misión: "Te llamarás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Hace de Pedro *el fundamento* de la Iglesia, es decir, una autoridad única; *el guardián de las llaves,* esto es, una autoridad soberana; *el juez,* que ata y desata, a saber, una autoridad espiritual; *el pastor* de todo el rebaño, de los corderos y de las ovejas, lo que quiere decir una autoridad universal. Considerad las cosas más de cerca todavía: por todas partes en el Evangelio, es colocado Pedro en primer lugar. El es el que conduce la barca en el lago y el que dirige la pesca milagrosa; él es el que toma la palabra para atestiguar la divinidad de Jesucristo; él es nombrado invariablemente antes que todos los demás apóstoles. El Salvador resucitado se aparece primeramente a Pedro. En todas partes tiene Pedro una primacía que solo se explica por un designio formal de Jesucristo. Notemos también esto: antes de decir a los Apóstoles reunidos: "Id, enseñad, bautizad, perdonad los pecados," dice Jesucristo a Pedro: "Todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo." En vez de repartir entre varios el poder espiritual, lo concentra en uno solo. Como dice Bossuet: "Era manifiestamente el designio de Jesucristo poner primeramente en uno solo lo que en la continuación quería poner en varios. Pero la continuación no destruye el principio; el primero no pierde su puesto. El poder concedido a varios, lleva su restricción en el reparto, en tanto que el poder otorgado a uno solo y

sobre todos, sin excepción, entraña la plenitud." Esto es patente. Jesucristo fundó una monarquía espiritual. Dióle una cabeza, en la cual se concentra la autoridad, y la cual tiene todo poder bajo su dependencia.

Y esto por siempre jamás. "Estoy con vosotros dice Jesucristo—hasta la consumación de los siglos." La Iglesia es inmortal; luego también lo es la piedra sobre la cual se asienta, la cabeza que la conduce. Así lo entendieron los contemporáneos y los supervivientes de Jesucristo. Inmediatamente después de la Ascensión, toma Pedro la actitud, el lenguaje y los procedimientos de un jefe indiscutible e indiscutido. Pónese al frente de los predicadores del Evangelio. Juzga y castiga a los cristianos olvidadizos. Funda y visita nuevas cristiandades. Reúne y preside el concilio de Jerusalén, y su decisión es ley, Da la investidura al apóstol Pablo, al mismo gran Pablo, que anda 60 leguas para verlo. Y cuando muere, no se extingue con él su primacía, sino que pasa al punto toda entera a sus sucesores..., de tal modo que se oye exclamar a los obispos congregados en los concilios generales de Calcedonia y Constantinopla: "Pedro habló por boca de León, Pedro habló por boca de Agatón."

¿Qué es el papa en la Iglesia? A la luz del Evangelio, acabáis de ver lo que Jesucristo quiso que fuese. Ved ahora, a la luz de la historia,

II. Lo que es hace ya veinte siglos.

El papa goza en la Iglesia de una primacía de honor y jurisdicción. Es, hace ya veinte siglos, la cabeza de los pastores y de los fieles. De ello da fe la historia.

Hace ya veinte siglos que el papa *es el doctor supremo.* Ora consulta a sus hermanos dispersos, ora los reúne en solemnes asambleas. Pero tanto si recurre a las luces del episcopado, como si se basta a sí mismo, su autoridad doctrinal es plena, su palabra tiene un valor decisivo, sus decisiones son irrevocables. Es el *legislador supremo.* Las leyes particulares y las leyes generales de la comunidad cristiana, de él proceden. Sus decretos penetran en todas partes, ya ningún poder laico ni eclesiástico tiene el derecho de oponerse a ellos. Su jurisdicción es universal, y se ejerce inmediatamente sobre cada diócesis, sobre cada pastor, sobre cada fiel. Es *el juez supremo.* Se sienta en la cumbre de la magistratura religiosa. Todo el mundo puede apelar ante él, y, de hecho, en el decurso de los siglos, oímos exclamar a las Iglesias ultrajadas, a los clérigos perseguidos, a los pueblos oprimidos, a los príncipes traicionados, a las reinas despreciadas: ¡Roma, Roma! Nuestra valerosa y casta heroína Juana de Arco, lanza el mismo grito: "¡Roma! ¡Llévenme ante el pontífice de Roma!" Los mismos herejes invocan la sentencia del cabeza de la Iglesia.

Desde los primeros siglos, la primacía de los pontífices de Roma está en pleno vigor y es universalmente aceptada. El papa Clemente examina y condena los abusos deslizados en la Iglesia de Corinto. En 157, san Policarpo se dirige de Esmirna a Roma para consultar al papa Aniceto. El papa Víctor reglamenta la cuestión de la Pascua en la Iglesia de Efeso. El papa Ceferino condena a los sectarios de Montano. El papa Esteban condena a los rebautizantes. El papa Cornelio condena las novaciones de la Iglesia de Africa. El papa Julio hace comparecer ante su tribunal a los arrianos que quieren expulsar a san Atanasio de su silla de Alejandría. San Basilio, amenazado por los herejes, invoca al papa Dámaso, San Crisóstomo, arrojado de su silla, busca al defensor de su causa y lo encuentra en la persona del papa Inocencio. En Nicea, en 235,

se reúnen trescientos pontífices, y el primer decreto que promulgan empieza así: "La Iglesia romana, que ha tenido siempre el primer puesto." "Roma ha hablado; la causa queda terminada—exclama san Agustín: *Roma locuta est, causa finita est.*" Aun príncipes como Aureliano, Constancio, Valentiniano, Marciano y Justiniano se dirigen a Roma para terminar las querellas religiosas entre sus súbditos, y recurren a la Santa Sede... porque, por convicción de todos, el papa es la cabeza suprema de los pastores y de los fieles, ya que, como dice san León, el pontífice romano es "la sede suprema que no puede ser juzgada por ninguna otra."

El mundo católico jamás varió sobre esto. A veces los herejes apelaron del papa al concilio, pero erraban el camino. Cuando el papa ha hablado, todo queda resuelto. ¿Qué podrían *los concilios* sin el papa? Nada. Todos los concilios son convocados por orden del papa, y son presididos por el papa o por sus legados. No juzgan ni definen sino con el asentimiento del papa. Sus cánones y decretos no son propuestos a la obediencia del universo entero más que con la firma del papa. Aun en la Iglesia griega, que siempre fué celosa de la preponderancia de Roma, reconocieron y veneraron los concilios la supremacía del papa. El mismo Lutero hizo lo mismo hasta su excomunión.

En medio de las revoluciones desencadenadas, en las épocas más tumultuosas, el papa fué siempre el oráculo de la cristiandad.

Cuando traslada *su sede* a Aviñón, cuando la aprisionan en Valence o en Fontainebleau, cuando se refugia en Gaeta, continúa siendo la cabeza de la Iglesia, y puede decir con el poeta: "Roma ya no es Roma; toda ella está dondo yo estoy."

¿Qué es lo que vemos en el curso de los siglos?

Vemos que *las muchedumbres* se dirigen a Roma para venerar allí las tumbas de Pedro y de Pablo y aclamar la preeminencia del papa.

En todas las épocas de la catolicidad, ¿qué es lo que oímos? Oimos que *los grandes* doctores, los grandes obispos, los grandes santos, afirman con unánime voz que se unen al papa desde el fondo de sus entrañas, y que nada los separará jamás de él. Aun en el reinado del más absoluto de los reyes, en pleno galicanismo, digo que Bossuet y Fenelón, tan diferentes por el genio, pero tan semejantes por el corazón, emplean casi las mismas palabras para afirmar, para cantar su adhesión a la cátedra de Roma.

Perdón os pido, señores, por todas estas digresiones; pero me parece que tenéis el derecho de exigir de mí, no frases, sino ideas y hechos; me parece también que tengo la obligación de trataros noblemente y de deciros cosas instructivas, que aumenten la fe y os pongan en condiciones de defenderla.

En adelante sabréis, lo que es el papa en la Iglesia, lo que Jesucristo quiso que fuese, y lo que es desde hace veinte siglos. Tiene una primacía de honor y de jurisdicción. Es el jefe supremo de los pastores y de los fieles. Y si encontráis ignorantes, o mal intencionados, que os digan estúpidamente que el papa es un hombre como cualquier otro, en nombre del Evangelio y en nombre de la historia, sabréis ya responderles. Podréis defender al papa contra los estúpidos que no le conocen, y contra los malos, que le conocen, pero no le respetan. Y aun haréis algo mejor, señores,

Obedeceréis al papa como a un jefe y le amaréis como a un padre.

El libertador de Irlanda, *O'Connell*, quiso morir en Roma. Detúvole la enfermedad en Génova, y en sus últimas disposiciones dejó su cuerpo a Irlanda, su co-

razón a Roma y su alma al cielo. ¡Su corazón a Roma! ¡Efectivamente, hacia este punto deben volverse los afectos de un cristiano. Amar al papa como se ama a un padre.

Obedeced al papa como se obedece a un jefe. ¿Por ventura no creeis que todos los enemigos de la Iglesia pegan en la cabeza para destruir el cuerpo, que el papa los molesta, que quisieran despopularizarlo y suprimirlo? La conducta de los impíos nos dicta la nuestra. El papa es nuestra cabeza espiritual. Cuanto más combatido es, más debemos apretarnos en torno suyo y acoger con respeto sus órdenes, sus consejos y todos los ecos de su voz.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

El papa es un hombre como cualquier otro
(Continuación)

2.° EL PAPA EN EL MUNDO

SEÑORES:

Algunos dicen que el papa es un hombre como cualquier otro. Se engañan. El papa tiene una fisonomía especial. En la Iglesia goza de una primacía de honor y jurisdicción; es el jefe de los pastores y de los fieles. Y aun a los ojos del mundo es mucho más que un hombre ordinario. El mundo se detiene ante el papa y se divide en torno del papa. El papa es aquí bajo el personaje más importante y más discutido. Esto es muy curioso y muy instructivo.

I. El papa es aquí bajo el personaje más importante. Compruebo el hecho.

¿Sabéis cuál es el hombre en la tierra *que recibe*

más cartas? El papa. El rey de Italia recibe de 400 a 500 cartas cada día; el emperador de Alemania recibe de 600 a 700; eu emperador de Rusia alrededor de un millar; el rey Eduardo VII de 3.000 a 5.000; esta es ya una cifra importante; pero escuchad, el papa recibe de 22.000 a 25.000 cartas cada día. El papa es el personaje que ocupa el puesto más elevado, el más visible, el más notable; se le ve desde todas partes, se le escribe y se le habla desde todos los puntos del mundo.

Y en todas partes se habla de él. Prestad oídos a los rumores del mundo. El nombre del papa está en todos los labios. Las manifestaciones de su pensamiento, los menores ecos de su voz ocupan todas las discusiones, llenan todos periódicos, agitan los consejos de los soberanos, inquietan a los dueños del mundo. ¿De qué se habla en las academias, en los campos, en las escuelas, en los talleres, en las plazas públicas, al oído, en los terrados, en plena luz y en las tinieblas, en las asambleas populares y en los conventículos secretos donde se elaboran las malas leyes y los complots contra el orden social? Se habla del papa.

Los enemigos de la religión no son los menos ardientes en hablar del papa. Cosa extraña. Hay entre nosotros hombres que han dicho publicamente, y escrito varias veces, y repiten cada día que el catolicismo ha muerto, pero que se pasan la vida hablando del papa, maldiciendo al papa, mordiendo al papa, el cual, por otra parte, se encuentra muy bien. He ahí ciertamente un muerto que hace mucho ruido. He ahí un difunto que resucita a cada instante de entre los dientes de los chacales, que no cesan de devorarlo. Gaudissart calumnia estúpidamente al papa en la mesa redonda, y Homais, el librepensador pedante, jugando su partida de billar o de dominó en el fumadero del rincón

hace eco a Gaudissart. Señores, la sarta de embustes tiesa y ahumada de Gaudissart y Homais nada prueba contra el papa; por lo contrario, prueba mucho en su favor, ya que el anciano vestido de blanco, que allá bajo, en su trono del Vaticano, irradia sobre el género humano, no es un hombre cualquiera, ya que los librepensadores más beodos y menos perspicaces no pueden prescindir de verlo y saludarlo con falsa y estúpida sonrisa. Mas ¿qué digo?

Los mismos *indiferentes* hablan del papa. Esto es más extraño, y apenas se comprende, pero es incontestable. Aparentemente vivimos en el siglo de la indiferencia religiosa, y parece que la mayoría de los hombres contemporáneos prescinden fácilmente de la religión, manteniéndose a igual distancia de la impiedad declarada y del cristianismo práctico. Viéndolos y oyéndolos, podríamos creerlos extraños a todo sentimiento religioso, a toda discusión dogmática, a toda dificultad doctrinal. Pero no es así. La cuestión religiosa los obsesiona, y, a despecho de todas sus precauciones y de todas sus declaraciones, vense obligados a tomar un partido. El papa es un ser prodigioso, un ser especial. No es posible dejar de verlo ni cesar de oirlo... Los mismos indiferentes se detienen ante el papa. Estudiemos fenómeno tan extraño.

II. El papa es aquí bajo el personaje más importante. Explico el hecho.

El papa no es un hombre ordinario. Su duración, su actitud, su acción tienen algo de excepcional y de extraordinariamente grande en el seno del género humano.

1.° *La duración del papa es simplemente larga.* El

papa ha vivido *más que todo el mundo*. Pasaron los emperadores romanos; pasaron las primeras monarquías europeas; pasó el régimen feudal; la monarquía francesa, la más antigua del mundo, desapareció en un día de tempestad, llevándose tres generaciones de reyes. Únicamente el papa permanece en pie. Solo él vive. Es el más antiguo de todos los monarcas. Precedió, de largos siglos, a la fundación de los imperios y de las repúblicas de hoy en día. Existía ya un papa en la sede de san Pedro cuando la Galia era aún una colonia romana, y sus habitantes no conocían todavía la cultura. El papa ha vivido más que todo el mundo. Ha vivido *a pesar de todos*; se le ha herido en el rostro, se le ha aprisionado, se le ha muerto, pero ha salido de todos los ultrajes, de todos los calabozos, de todos los suplicios más vivo que nunca. En la continuación de los siglos, ha hecho frente a los Atila, a los Carlomagno, a los Napoleón, a todos los amos de la fuerza y del número, y de todos ha salido vencedor. Sus tres grandes enemigos históricos, Mahoma, Lutero y Voltaire, sólo obtuvieron sobre él triunfos ilusorios, y aun aquí, en el dominio de la idea, queda dueño el papa del campo de batalla. Todas sus desgracias no han hecho más que realzar su gloria. Todos sus enemigos han afirmado su pedestal, han escrito cien veces que acababan de asistir a sus funerales, y cien veces han quedado desmentidas semejantes predicciones. Han declarado caducada su historia, y esta historia dura todavía. Ha cambiado doscientas sesenta y cuatro veces de nombre y de figura... y *hoy* vedle viviente en la persona de Pío X, como lo estaba en el origen en la persona de san Pedro. Hace ya veinte siglos que actúa ese mecanismo católico, y todavía no se ha gastado ni falseado en lo más mínimo. La obra de Jesucristo dura todavía, victoriosa del tiempo y de las generaciones que yacen en la tumba. Gregorio VII continúa, Sixto V blande todavía sus muletas, y León XIII habla todavía. El papa sólo muere para renacer.

No me extraña, pues, que el mundo se detenga ante el papa. Ningún hombre de este mundo se parece a este hombre. Es anterior y sobrevive a todos los regímenes. Lleva en su pasado las promesas y garantías de la inmortalidad. Su duración es singularmente larga.

2.º *La actitud del papa es singularmente hermosa. ¡Qué majestad!* ¡Doscientos sesenta y cuatro papas, de los cuales unos ochenta son venerados como santos, y casi todos los de los tres primeros siglos como mártires!... He de confesar que hay algunas manchas en esa larga serie, puesto que, para instrucción de las edades futuras, Jesucristo permitió que las hubiese en el mismo san Pedro. Pero las manchas del sol no suprimen su esplendor, las excepciones no invalidan la regla, y, en su conjunto, el pontificado muéstrase sin rival ante la triple consideración de la santidad, de la ciencia y de la grandeza. Ninguna otra sucesión de frentes coronadas puede sostener, ni de lejos, la comparación con esa majestuosa dinastía de pontífices que ocupan sucesivamente la sede de san Pedro. ¿No veis algo divino en la actitud del papa? *¡Qué inviolabilidad!* Todo lo que la ha respetado, ha sido bendecido por Dios; todo lo que la ha perseguido, ha perecido. Algunos conquistadores, ante quienes absorta se calló la tierra, manifestaron su furor al ver de pie ante ellos ese hombre humanamente inexplicable, y trataron de humillarlo y hacerlo desaparecer. Pero el día en que pusieron la mano sobre ese anciano inerme, un signo fatal apareció en su frente, y una flecha invisible traspasó su corazón: el gusano roedor se apoderó de ellos en la cumbre de la fortuna, y sus imprevistas

cuanto terribles caídas resonaron en el mundo entero. Testigos Napoleón I, Bismarck y tantos otros. Es muy peligroso tocar al papa. El papa es inviolable. Además, está tan seguro de sí mismo y de su misión, está tan confiado en Dios, es tan dueño de lo por venir, que nadie ni nada le perturba. *¡Qué serenidad!* Ve pasar, deslizarse, desaparecer dinastías e imperios, regímenes gastados, símbolos efímeros, falsos principios, supuestos progresos, vanas conquistas, y ora llueva, ora nieve, instruye, legisla, juzga. Su fe no desfallece nunca, ni tampoco su palabra. El Evangelio permanece intacto en sus manos, la esperanza en su corazón, la autoridad en su sede, la serenidad en su frente.

No me extraña que el mundo se detenga ante el papa. Ningún hombre se parece a este hombre. Habita en la ciudad de la luz y la paz. En medio de todas nuestras vicisitudes, muéstrase majestuoso, inviolable y sereno. Su duración es singularmente larga; su actitud es singularmente hermosa.

3.º *La acción del papa es singularmente poderosa.* Irradia en la historia, en el espacio, en las almas, a profundidades inusitadas. La *historia* del papa es la historia misma de la civilización. ¿Quién produjo la civilización cristiana? Fueron los papas de los tres primeros siglos. ¿Quién contuvo la barbarie e hizo retroceder al salvaje Atila? El papa san León... ¿Quién civilizó a Inglaterra? El papa Gregorio el Grande... ¿Quién entró en lucha contra el despotismo desenfrenado de los emperadores de Alemania? Otro Gregorio, el papa Gregorio VII... ¿Quién, en el período más obscuro de la baja Edad Media, llevó en alto el estandarte de la ciencia? El papa Silvestre II... ¿Quién defendió a Europa y a las razas latinas contra el mahometismo triunfante? El papa Urbano II... Luego vienen los Inocencio III, los Alejandro III, los León X, los Benedicto XIV, cuyo recuerdo se enlaza estrechamente con la abolición de la esclavitud, la protección a las artes, el esplendor de la literatura... Y así llegamos a Pío VII, el único que, en medio de las naciones sumisas, afronta las insolencias del vencedor de Marengo y Austerlitz, y a Pío X, quien sucede noblemente al gran León XIII. Me atrevo a decir que el papa es, hace ya veinte siglos, la más alta personificación y el más invencible defensor de la civilización cristiana. Su acción irradia muy lejos en la historia... y también *en el espacio.* El imperio de los soberanos pontífices es coextensivo con el del globo; abarca los habitantes de todos los climas, de todas las razas, de todas las lenguas. Combina en un cuerpo homogéneo las diversidades nacionales más acentuadas. Pero hay otra cosa: la acción del papa, no sólo irradia en la historia y en el espacio, sino también *en las almas,* es decir, allí donde no penetran, o no pueden penetrar, los soberanos terrenales. Los reyes, los emperadores, los magistrados civiles imponen el cumplimiento externo de las leyes de su país. El pontífice supremo hace y aplica leyes que obligan la conciencia de los hombres, aunque carezcan de ejército para apoyar sus mandatos. El papa es el único monarca que reina en las almas, el más humilde y el más poderoso de todos, mejor guardado por el amor de los pueblos que por las fortalezas y los cañones.

No me extraña que el mundo se detenga ante el papa. Ningún hombre se parece a ese hombre. Procede de muy alto y va muy lejos. Su acción es singularmente poderosa, como singularmente hermosa es su actitud, y singularmente prolongada su duración.

Aun a los ojos del mundo, el papa no es un hombre como otro. Es en el mundo el personaje más notado,

porque es el personaje más notable. Encontraréis individuos que harán como que no ven al papa, que fingen tratarlo como una cantidad despreciable. No los toméis en serio. Abandonadlos a su falta de sinceridad, a su menguada inteligencia, y continuad respetando y venerando al padre vestido de blanco que reside en el Vaticano. Es la cabeza de la Iglesia y la cumbre más elevada del género humano.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

El papa es un hombre como cualquier otro
(Conclusión)

2.º El papa en el mundo (*Conclusión*)

Señores:

El papa no es un hombre como cualquier otro. La Iglesia lo acepta y venera como su jefe, y el mundo mismo se detiene ante el papa como ante el personaje más notable. Pero hay más todavía. El mundo se divide alrededor del papa. El papa es aquí bajo el personaje más discutido. Tiene enemigos y tiene amigos. Estudiemos este fenómeno único, y la conclusión de nuestro estudio será un saludo al papa, vicario de Jesucristo y representante de Dios en la tierra.

I. ¿Por qué el papa tiene enemigos?

Los impíos dejan bien tranquilo al rey Eduardo VIII, que gobierna la Iglesia anglicana, al zar, que ordena

los destinos de la Iglesia rusa, al patriarca griego, que recibe del sultán la investidura de su cargo. No se ve en parte alguna que a semejantes jefes de religión se les haga una guerra de exterminio y menosprecio y atraigan sobre sí los rayos de los oradores, de los escritores, de los legisladores. Por lo contrario, vemos en todas partes que los errores más monstruosos son acogidos con indiferencia, tolerados y aun respetados. Nuestro siglo tiene incienso para todos los dioses; los judíos, los protestantes, los musulmanes, los budistas, los mormones, los paganos, los ateos, no encuentran más que rostros benévolos y sonrisas alentadoras. Pero

Cuando se trata de la Iglesia y del papa, el fanatismo se despierta, las imprecaciones llueven como el granizo, y la pluma, la palabra, la ley, la violencia, se coligan para aniquilar al catolicismo y a su cabeza. ¿Qué es lo que no se ha dicho, y escrito, y tramado, y ejecutado contra el papa hace ya veinte siglos? En nuestros días, tan elogiados, tan cultos, las prevenciones y las persecuciones no han hecho otra cosa que cambiar de forma y de lenguaje. ¿Qué digo? Cuanto más desarmado se ve el papa, más se complacen en amargarle la vida. Cuánto más se habla de tolerancia, menos se la practica con relación a él. Todo medio es bueno, con tal que le difame. Se le ataca en nombre de la luz y del progreso, en nombre de la ciencia, en nombre de la libertad. Se le acusa ya de reaccionario y atrasado, ya de ambicioso e invasor. Se le censuraba ayer de ser oportunista, y hoy de intransigente. El papa tiene enemigos numerosos, encarnizados, y entre los jefes de religión es el único que los tiene.

¿Por qué tan gloriosa singularidad? ¿Por qué tanta violencia, tanta astucia, contra la cabeza del catolicismo, y tanta indiferencia y olvido, tanta condescendencia y atenciones, con el cisma, la herejía y el agnosticismo? Señores, he aquí la solución de este problema, a primera vista inexplicable y desconcertante. Las falsas religiones nada tienen de terribles para la conciencia, porque nada tienen que emane del cielo, nada que revele un vengador, un juez, un Dios. No son más que instituciones humanas. Se sabe que no proceden de lo alto. Se comprende que no tienen autoridad, por consiguiente, que no tienen valor alguno. Nadie las teme. Pasan a su lado despreocupados y tranquilos. Ni siquiera se les hace el honor de la persecución. Pero el papa... es la cabeza de la Iglesia, su fundamento, su centro, su personificación, su vida... El papa es el reflejo de Dios y la supervivencia persistente de Jesucristo. A causa de esto, el impío no puede verle sin enrojecerse. En los días de la Commune de 1871, Raul Rigault, dirigiéndose a Mons. Darboy, que tenía en rehenes, le dijo brutalmente: "Hace mil novecientos años que nos estáis embruteciendo!" Señores, he ahí la explicación profunda de las impiedades pasadas, presentes y futuras. El papa representa una religión que condena, que molesta las pasiones desordenadas. Es la voz que los impíos quieren ahogar, el puesto que quieren asaltar, el enemigo que quieren aniquilar. Contra él la guerra es eterna. Haríais mal en escandalizaros. Los enemigos del papa demuestran su divino origen y lo glorifican a pesar de ellos. Su encarnizamiento le señala a nuestro respeto y a nuestra veneración. El papa tiene enemigos..., sabemos por qué. También tiene amigos.

II. ¿Quiénes son los amigos del papa?

Los amigos del papa... son lo más grande, más in-

téligente, más honrado, más interesado y mejor del género humano.

Son los *santos,* que, de siglo en siglo, se agrupan en torno suyo, como soldados en torno de su capitán, como hijos en torno de su padre. Los amigos del papa...

Son *los escritores y oradores católicos.* No acabaría si tratase únicamente de nombrarlos y erigir en torno de su persona, los más hermosos monumentos de la historia, de la literatura, de las artes: "Aunque no creyese—dice Lacordaire;—aunque un rayo de la gracia divina no hubiese iluminado mi entendimiento, besaría con respeto los pies de ese hombre que, en una carne frágil y en un alma accesible a todas las tentaciones mantuvo incólume la dignidad de su especie, e hizo prevalecer, durante mil novecientos años, el espíritu sobre la fuerza." Los amigos del papa...

Son los *valerosos soldados* que pusieron su espada a su servicio y murieron por él. "La causa del papa—exclama Lamoricière—es la causa de la libertad en el mundo." Pío IX, traicionado y desarmado, hizo un llamamieito a su valor, y Lamoricière respondió: "Iré. Veo un padre arrastrado por la corriente; ese padre me tiende la mano; no tengo corazón para abandonarlo. Cuando yo muera, no se me preguntará si sabía el Código, sino el Catecismo; y para abrirme las puertas del paraíso, no investigarán si me cerraron las de mi patria." Partió, fué vencido, porque tenía que serlo; pero ante el honor eterno, ante la historia y ante Dios, es grande, cien veces más grande que sus cobardes vencedores... Los amigos del papa... ,

Son también *los racionalistas y los protestantes honrados,* cuyas voces atrevidas tuvieron el valor de defender el pontificado, de recordar sus beneficios, de saludar su gloria secular. El protestante Guizot y el racionalista Thiers, cuando la causa del papa fué aban-

donada entre nosotros por católicos indignos de este nombre y vilipendiada por incrédulos idiotas, encontraron acentos de la más alta elocuencia para defenderla, y suscitarle defensores. Del seno de la Reforma, de la Inglaterra estudiosa y de la Alemania erudita, salieron hombres de Estado e historiadores que hicieron justicia al pontificado y reconocieron la inmensa influencia que ejerció en beneficio de los pueblos. Los amigos del papa ...

Son los reyes de ayer y los pueblos de hoy... *Los reyes de ayer...* Habría que nombrarlos a todos, pero no es posible. Recordad tan sólo que ninguna corona quiso vivir cerca de su corona; que, desde los primeros siglos, Constantino abandonó a Roma para retirarse a Bizancio, "dejando al hombre de Dios una ciudad, a la cual la magnificencia de las cosas mortales no podía ya llenar." Después de Constantino, los más grandes monarcas consideraron siempre a Roma como un templo elevado por Dios mismo sobre las ruinas del paganismo, y confiado por El al gran sacerdote de la nueva ley. Los amigos del papa son los reyes de ayer,

Y los pueblos de hoy. Verdad es que nuestro país parece querer suspender o romper sus relaciones con el pontificado en la hora presente. Pero esto no es más que una crisis violenta y superficial. El puñado de masones que entre nosotros aulla contra el papa no es Francia... y al lado de nosotros, las más grandes naciones protestantes, Alemania e Inglaterra, testimonian al papa los sentimientos más pacíficos, las consideraciones más delicadas. Nadie ignora los sentimientos ampliamente simpáticos del presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, con relación al catolicismo y a su cabeza. Con motivo de la llegada de tantos y tantos religiosos franceses a los Estados Unidos, declaraba Roosevelt hace poco: "Envíennos cuanto más puedan.

Jamás tendremos demasiados emigrantes de esta calidad." La designación de Pío X ha sido, por otra parte, favorablemente acogida en América, en donde, más todavía que en otros países, se ama lo que sale de la sencillez democrática, de sus virtudes pastorales, y de su desprendimiento de las cosas de la tierra.

¿Qué me resta por decir? Los amigos del papa son todos los piadosos peregrinos que, de siglo en siglo, van a besar sus sandalias... Son todos los hombres rectos y sinceros, no pervertidos o manchados por codicias depravadas o pasiones innobles... Los amigos del papa son todo lo que ha habido y todo lo que hay aquí bajo en materia de honradez y religiosidad. El papa es el personaje más discutido aquí bajo; tiene por enemigos a todos los malvados, y por amigos a todos los buenos. Y esto durará hasta la consumación de los siglos, porque el papa es inmortal. Tal es

La conclusión que os señalo para terminar.

1.° *Vicario de Jesucristo, el papa es discutido como Jesucristo.* Se ha dicho de Jesucristo: "Es un signo del cual se contradirá, *signum cui contradicetur.*" Tal es el papa su sucesor. Los siglos se dividen a sus pies como a los pies de su divino Maestro. El mundo se divide en torno suyo y por causa de El. A la derecha del papa, los que le honran, le aclaman y obedecen, un ejército inmenso, inaugurado por los mártires, continuado de edad en edad por los doctores y los pontífices, señalado, ora por lo impresión del genio, ora por el testimonio de la sangre, ilustrado por la pureza de la vida y por la nobleba del natural. A la izquierda del papa, los que se mofan de él y le persiguen, una inmensa barahúnda, que comienza con Nerón y sucesivamente se recluta entre los rebeldes, los sofistas, los corrompidos, los tiranos. He ahí lo pasado. He ahí también lo presente. Hoy tanto o más que ayer, es discutido el papa. Su palabra excita, como otras veces, entre los impíos, los celos, el odio, el furor, y, como en tiempo de san Pedro, los fieles oran por él y acogen sus decisiones con oído respetuoso y corazón sumiso.

Señores, el papa es el vicario de Jesucristo. Es discutido como Jesucristo. Sedle *fieles como fieles sois a Jesucristo.* Testimoniadle el respeto más profundo, el afecto más tierno, la más generosa adhesión. No le escatiméis ni vuestras limosnas, ni vuestras oraciones, ni vuestra docilidad. Escuchad sobre esto unas palabras reales, que san Luis dirigió a su hijo: "Querido hijo, no olvides jamás al papa de Roma, ayúdale en todas sus necesidades." Por supuesto que, en medio de la crisis que atraviesa el pontificado, vuestra fe no debe desfallecer. Las aves de rapiña—no son águilas, sino simplemente horribles buitres—se precipitan sobre el papa y procuran devorarlo con sus picos y sus garras teñidas en sangre. No tengáis miedo.

2.° *Representante de Dios, el papa es inmortal como Dios.* Si yo fuera incrédulo, paréceme que no miraría sin conmoción y sin terror ese ser prodigioso, único e incomparable, sin precedentes, sin igual y sin ejemplo, el papa, que domina la historia, que hace resonar su voz por toda la tierra, que ve pasar los siglos, que triunfa de todos los destinos contrarios, sobrevive a todas las ruinas, entierra a todo el que le ultraja, se engrandece en la desgracia más que en la prosperidad, y saca de la muerte el principio de una vida que no se agota y de una juventud que se renueva sin cesar. Si yo fuera incrédulo, paréceme que me sentiría conmovido en mi incredulidad por la visión misteriosa de ese hombre, que carece de ejército, pero que manda

en 250 millones de hombres; que ve sin temblar los furiosos esfuerzos de la impiedad, y está seguro de que le ama lo más escogido del género humano.

Este misterio, señores, no es tal *para los que tenemos fe*. Sabemos que el papa es el representante de Dios, y que, por consiguiente, es inmortal como Dios. Contra él, el odio es impotente. Es el dique inmutable que el mar irritado puede cubrir de espuma, pero que no puede derribar ni salvar. Los perversos, los embrutecidos maldicen a la Iglesia y a su cabeza. Son dignos de lástima y de reprobación. Permanezcamos nosotros bajo la bendición y el báculo del padre de la cristiandad. En él está la verdad; en él está el Evangelio; en él está la salvación; en él está el porvenir.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMONONA

¿Cómo el papa puede ser infalible?

1.° ¿Qué quiere decir esto?

Señores:

El papa no es un hombre como cualquier otro. Ya lo hemos visto. Ahora añado que el papa, es infalible. En un mundo poco instruído, o poco leal en materia religiosa, se vierten sobre esta cuestión innumerables simplezas, y se desnaturaliza enteramente la doctrina católica. Importa mucho que podáis defenderos contra la ignorancia y la mala fe.

El papa es infalible. ¿Qué quiere decir esto? ¿Es esto verdad? *¿Qué quiere decir esto?* Procuraré hoy más que nunca ser muy claro. Quiero que mi palabra sea límpida como un rayo de sol. Quiero que, al oirme, me entendáis todos sin esfuerzo alguno. Explico, distingo y preciso.

I. El papa es infalible. Explico.

Infalible no quiere decir impecable. Ningún hombre es impecable.

El papa *es hombre*, y, como tal, tiene la facultad de salvarse o condenarse; tiene pasiones que vencer y virtudes que practicar; puede ser santo o culpable. Sin duda que el respeto de su elevada dignidad, el constante recuerdo de Dios, a quien representa, la unción del sacramento que sostiene al sacerdote y al obispo, la gracia que Dios proporciona a la sublimidad y extensión de los deberes, todo concurre a preservar al papa de las caídas desgraciadamente habituales a nuestra pobre naturaleza. Pero este hombre, tan grande y tantas veces protegido, no es impecable. Puede pecar, puede caer, puede deshonrar la tierra con el escándalo.

Y *la historia* nos dice que hubo algunos papas que fueron grandes pecadores. San Pedro, el primer papa se hizo culpable del respeto humano y de la negación. El Breviario refiere la unión y arrepentimiento del papa san Marcelino, mártir. En la larga dinastía de los papas, casi todos buenos, virtuosos y santos, ilustres y sabios, hombres de elevado valer intelectual y moral, algunos raros pontífices, elevados a la sede apostólica por movimientos políticos, olvidaronse demasiado que eran obispos antes que reyes. Esto es una excepción; pero la excepción existe, y no tengo dificultad alguna en confesarlo.

El papa no es impecable. Ved la manera *como procede*. Como vosotros y yo, como el más humilde de los cristianos, vive en la vigilancia y en la oración. Cada día examina su conciencia y golpea su pecho diciendo: *Peccavi*. Cada semana se confiesa para obtener el perdón de sus pecados. Cada mañana sube al altar santo y dice la misa para obtener, no solamente la salvación del mundo, sino la salvación de su alma. Señores, la misa es la que hace al sacerdote. Sin la misa diaria, la vida del sacerdote es incomprensible. Porque es hombre, y, para serlo lo menos posible, el papa dice la misa. Pone remedio a sus debilidades bebiendo la sangre de su Dios.

El papa no es impecable. *Vedle morir*. Hace justamente un año que el gran León XIII veía cómo la muerte llamaba a su puerta con estas palabras sencillas y sublimes: "¡Vamos a la eternidad!" Y se preparaba al viaje como nosotros debemos prepararnos, por la recepción de los sacramentos. Confesóse, tendió la mano para las santas unciones, solicitó el honor del viático, y rezó el rosario. Así purificó su alma.

El papa no es impecable. *Cuando muere* se ruega por él. Ya no hay tiara ni corona; no hay más que un servidor de Dios, para quien se pide misericordia, y cuya cuenta es tanto más terrible cuanto más elevado fué su cargo. Señores, no dejemos que se obscurezca nuestra inteligencia con sofismas y tonterías.

Infalible no quiere decir impecable. El papa no es impecable; es infalible. Puede pecar, pero no puede engañarse.

Esto es facilísimo de entender, pero aquí salta al paso una objeción. ¿Es el papa infalible siempre y en todas las cosas? Voy a responder.

II. El papa es infalible. Distingo.

Hay personas, escritores públicos o simples particures, que todo lo confunden, que se imaginan, o fingen imaginarse que la infalibilidad del papa se extiende a la universabilidad de los conocimientos humanos, científicos y religiosos; que creen o fingen creer que, por

el concilio Vaticano, fué investido el papa del poder arbitrario de imponer sus propios juicios a todos los súbditos y sobre cualquier materia, y califican de absurda y monstruosa la infalibilidad del papa. Son farsantes o pobres de espíritu, que no quieren o no saben hacer una distinción elemental entre lo que es del dominio profano y lo que es del dominio religioso.

1.° *En materia profana* ¿es infalible el papa? No. No es más infalible que otro hombre. Cuando trata sus asuntos privados, o discute con sus visitantes sobre cuestiones puramente humanas; cuando habla o escribe sobre asuntos de ciencia puramente natural, nada le garantiza contra el error, queda abandonado a sus propias fuerzas, y no tiene más autoridad que la que puede darle su experiencia o su genio.

El papa puede equivocarse *en las ciencias,* en cosmografía, en geología, en química, en medicina y aun en gramática. ¿Está habitada la luna? Las estrellas fugaces ¿son trozos de planetas rotos? ¿Está realmente el sol a 38 millones de leguas de la tierra? ¿Es cierta o discutible la teoría de los microbios? Si el papa es sabio, como cualquier particular puede dar una opinión útil, pero no infalible.

Del mismo modo, *en historia* no religiosa el papa puede equivocarse. El papa no puede, sin temor a error, darnos los nombres de los reyes de Asiria, enumerarnos toda la lista de los reyes de Francia, y todos los acontecimientos de la guerra de Cien Años, ni decirnos cuántas espadas tenía Carlomagno, y cuántos caballos Napoleón, cuál era la longitud del escudo de Clodoveo, cómo murieron Rómulo, Juliano el Apóstata o Juan Jacobo Rousseau.

En *las cuestiones exclusivamente políticas,* el papa puede equivocarse. Ninguna palabra de Jesucristo ni de

los Apóstoles da al papa la misión de disponer de los tronos de la tierra. Si los papas, en otros tiempos, mandaron a veces a los reyes, fué porque así se lo pidieron los pueblos, como un servicio necesario, pero transitorio; fué porque el catolicismo era entonces en Europa, por consentimiento universal, la base de las leyes civiles, y de ella brotaba naturalmente la dominación pontificia sobre los imperios. Este poder, que los papas tenían de los pueblos, no de Jesucristo, cesó con las instituciones que le dieron nacimiento. Fuera de esto, la autoridad, y arbitraje de los papas, aun hoy en día, bien vale la intervención de la pólvora y de la dinamita, de los cañones y de los torpedos. Napoleón III y el emperador Guillermo ¿no hubiesen sido bien inspirados, si hubiesen aceptado en 1870 la mediación que les ofrecía Pío IX? ¿No obró bien Bismarck prefiriendo la decisión de León XIII en 1887 a una guerra inevitable con España? El papa no es infalible ni en ciencia, ni en historia, ni en política.

Puede también engañarse, como cualquier otro, *en la previsión de lo por venir.* Como nosotros, no conoce la fecha del fin del mundo, y para saber si las viñas se helarán en el próximo invierno, valdría más consultar a Mateo de la Drome que a Pío X. El papa no es ni un brujo, ni un adivino, ni un profeta. Ni siquiera tiene, como ciertos santos, el poder de leer en las conciencias. Esto es claro. En materia profana, el papa no es infalible. Creo que todo el mundo me ha entendido.

2.° *En materia religiosa,* ¿es infalible el papa? Sí, en esto lo es, y no en otra cosa.

El papa no goza del privilegio de la infalibilidad más que en las cosas de la fe y de las costumbres. *Jesucristo dijo a sus Apóstoles*: "Id y enseñad al pueblo todo cuanto os he enseñado, *quæcumque mandavi vo-*

bis." Jesucristo no enseñó a sus Apóstoles ni química, ni zoología, ni botánica, ni medicina, ni ninguna ciencia profana. Enseñóles la religión, que es la regla de nuestras relaciones con Dios y el prójimo, y comprende el dogma para el espíritu y la moral para el corazón. El objeto único de la infalibilidad del papa, es, pues, el dogma religioso y la moral religiosa de Jesucristo, no otra cosa. El papa no puede engañarse cuando nos enseña la doctrina de Jesucristo. No es infalible en todos los terrenos; no es infalible mas que en su terreno, es decir, en el terreno religioso.

En este terreno es dueño absoluto. Todo lo demás lo abandona a la libre disputa de los hombres. Mas en el dominio de la verdad religiosa, es rey, señor y amo. Pero, aun en este dominio, importa entender bien hasta dónde se extiende su poder y cuáles son las circunstancias que lo limitan y determinan. Importa saber en qué consiste exactamente su privilegio de infalibilidad.

III. El papa es infalible. Preciso.

Hay católicos que se imaginan que, en materia religiosa, el papa es siempre infalible, que la menor palabra pronunciada por sus labios ordena, no solamente el respeto, sino el acto de fe. Se engañan, exageran, siguen mal camino. Pongamos las cosas en su punto... Hay en el papa el doctor privado y el doctor oficial.

1.ª Como *doctor privado,* el papa puede equivocarse. No es infalible.

Cuando el papa expresa, sobre un punto de filosofía, de teología, de historia, de ciencia, su opinión personal... cuando envía al autor de un libro, o al fundador de una obra, una carta laudatoria, cuando pronuncia una alocución elocuente ante un auditorio atento, cuando se dirige a un sólo obispo, o a una Iglesia particular, cuando da una solución para tal o cual caso de conciencia, no es infalible. Sin duda que él tiene luces que a mí me faltan; ve las cosas desde más alto que yo, y su mirada va más lejos que la mía; y si yo, simple fiel confundido con la multitud, simple soldado confundido en un repliegue del terreno, juzgo a mi superior, que tiene la percepción del conjunto y la responsabilidad del resultado, soy un temerario, no seré un hereje. Como doctor privado, el papa puede equivocarse.

2.º Como *doctor oficial,* el papa no puede equivocarse. Es infalible.

Cuando el papa enseña, legisla y juzga como cabeza suprema de la Iglesia;

Cuando, desde lo alto de su cátedra apostólica, define para toda la Iglesia un punto de doctrina que interesa a la fe y a las costumbres;

Cuando, desde lo alto de su trono pontificio, dicta para el gobierno general de la Iglesia leyes y decisiones que entrañan la salvación de la sociedad cristiana;

Cuando, por otra parte, declara que exige la fe absoluta a su palabra... en estas condiciones, y únicamente en estas condiciones, es infalible.

Es infalible. *¿Qué quiere decir esto?* ¿Quiere decir esto que está inspirado, iluminado, extasiado? No. Esto quiere decir sencillamente que *está asistido* del Espíritu de Dios que le preserva de error. En virtud de las promesas y de la asistencia divina, no puede engañarse en la enseñanza de la religión. Y notad aún que su infalibilidad no consiste en enseñar verdades nuevas, sino simplemente *en conservar las palabras de Jesucristo,* en fijar, sin peligro del error, su sentido pre-

ciso. Guardián oficial de la Revelación cristiana y cabeza suprema de la Iglesia, el papa es infalible.

Señores, hay en la ciudad de Orleáns 14.000 electores que diariamente, como todos los ciudadanos, tratan la cuestión religosa. Preguntadles en qué consiste la infalibilidad del papa, y de 14.000 no habrá 500 que sean capaces de dar una respuesta adecuada. Esto es lamentable. Se habla de la religión a tontas y a locas, sin conocer sus más sencillos elementos. La religión es atacada sin cesar por ciegos y descarriados que no saben pronunciar la primera palabra. Instruíos, señores, instruíos. Si conocéis bien vuestras creencias, os sentiréis orgullosos de profesarlas, y no tendréis trabajo alguno en defenderlas victoriosamente.

Así sea.

CONFERENCIA QUINQUAGESIMA

¿Cómo el papa puede ser infalible? *(Conclusión)*

2.ª ¿Es esto verdad?

Señores:

Un aspirante al doctorado acababa de hacer un examen brillante ante García Moreno, presidente de la república del Ecuador: "Señor—preguntóle el Presidente,—conoce V. muy bien el derecho. ¿Conoce tan bién el catecismo? Para administrar justicia, un magistrado debe conocer ante todas cosas la ley de Dios." Y preguntó al estudiante sobre la doctrina cristiana; pero no le respondió. "Señor—le dijo gravemente García Moreno,—será V. recibido de doctor, pero no ejercerá V. su profesión sin aprender el catecismo. Reclúyase V. para estudiarlo."

Muchos hombres, señores, aun muy cultos, no conocen la religión, o la conocen mal. Preguntadles en qué consiste precisamente la infalibilidad del papa, y no os contestarán. El domingo último intenté daros

sobre este punto ideas exactas... El papa es infalible ¿Qué quiere decir esto? Ahora lo sabréis. Esto quiere decir que el papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión.

Aquí se presenta otra cuestión. *¿Es esto verdad?* ¿Es verdad que el papa es infalible? Respondo que es posible, que es necesario, que es cierto, que está definido.

I. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Digo que es posible.

No es una imposibilidad que el papa sea infalible en materia religiosa. *Nosotros mismos* ¿no creemos firmemente, sobre multitud de puntos, en nuestra infalibilidad personal? ¿Por ventura no nos consideramos absolutamente infalibles cuando, en el terreno matemático, afirmamos que dos y dos son cuatro; cuando, en el orden físico, afirmamos que la noche difiere del día, que un palacio supone un arquitecto, que el fuego tiene las tres grandes propiedades de iluminar, calentar y destruir; cuando en el orden moral sostenemos que el bien y el mal no son de la misma naturaleza, que la virtud es difícil, y que el vicio, el homicidio, el adulterio, la traición, la hipocresía, el robo son infamias? Nuestra razón es infalible en su esfera. ¿Por qué no ha de serlo el papa en la suya?

No es una imposibilidad que el papa sea infalible en materia religiosa. ¿Es que no atribuímos diariamente el privilegio de la infalibilidad a los que son *superiores* a nosotros, a nuestros maestros, a los grandes sabios, a los escritores geniales, a las asambleas que no tienen otro mérito que el del número, a un simple periodista que se mofa lo mismo de la verdad que de sus lectores? ¿Por qué negar al papa, cabeza de la Iglesia, lo que con tan buena voluntad, y tan fácilmente, concedemos a hombres sin valor ni mandato alguno?

No es una imposibilidad que el papa sea infalible en materia religiosa. ¿Es que *librepensadores* ignaros e imprudentes no reivindican enérgicamente el honor de ser creídos por su palabra, y el derecho de esclavizar a todo el mundo a su enseñanza? Para ellos, lo pasado no tiene realidad alguna; la historia verdadera ha tenido principio en su cerebro. Ellos han inventado la escritura, la aritmética, la gramática, la filosofía, todas las ciencias y todas las artes. Todo lo han inventado... menos la pólvora. Y ¡desgraciados de los católicos y de los curas si pretenden tener un poco de inteligencia y reclaman un poco de libertad! No, sólo los librepensadores tienen inteligencia y todos los derechos. Sólo ellos son infalibles en religión como en todo lo demás; el papa no lo es en nada, ni siquiera en religión. ¡Cuánta impertinencia! ¡Cuánto desconcierto!

¿Por qué el papa no ha de ser infalible en materia religiosa? ¿Es que *Dios* no puede hacer ese milagro para conservar la fe en este mundo? Sin duda que el papa no es más que un hombre... pero también el sacerdote no es más que un hombre, y, ello no obstante, creéis en la omnipotencia divina de las palabras de la absolución y de la consagración en sus labios. Ahora bien, Dios está en el papa que enseña infaliblemente la verdad, como está en el sacerdote que absuelve y consagra. Hay que tomar un partido. Desde los cimientos hasta la cumbre, la Iglesia es un edificio milagroso, no ciertamente un edificio humano. Por favor os pido que no lo comparéis al régimen parlamentario que funciona a nuestra vista. En ese régimen, el espíritu humano es el que ilumina, dirige y decide... y bien sabemos de cuántas enormidades e iniquidades es capaz ese espíritu cuando inspira y pervierte las asam-

bleas deliberantes. En la Iglesia, el Espíritu Santo lo dirige todo. El papa no es más que un hombre, pero Dios está con él. No en cuanto hombre, sino en cuanto vicario de Jesucristao y representante de Dios, es infalible el papa. Sigamos.

II. El papa no puede engañarse en la enseñanza de la religión. Digo que esto es necesario.

En materia religiosa, *tenemos necesidad de la certeza inmediata.* En ello va nuestro eterno destino. Tenemos necesidad de saber inmediatamente, y sin error posible, el camino de la verdad y el bien, lo que debemos creer y hacer para agradar a Dios y alcanzar nuestro fin último. Esto no es fácil. Las opiniones y los sistemas chocan entre sí y se combaten aun en las cuestiones capitales. La contradicción salta a cada paso Las sombras y las nubes nos envuelven. Vivimos en plena noche. En cambio, el error es atrevido. No espera, va deprisa. Posee numerosos y rápidos medios de propagación. Tengo necesidad de ver claro. ¿En dónde se encuentra el faro luminoso, que no palidece, que no se extingue nunca? Es el papa infalible. Tengo necesidad de saber a qué atenerme sobre mi origen y mi fin, sobre mis derechos, sobre mis creencias, sobre mi deber ¿En dónde está la voz que no se engaña ni me engaña? Es el papa infalible.

Si el papa no es infalible en materia religiosa, ¿quién lo será? ¿Los *obispos disgregados?* Pues entonces habrá que consultarlos a todos, lo cual sería largo y penoso trabajo. Las consultas por correspondencia serían interminables y complicadas, y las contestaciones, muy tardías en llegar, suscitarían por todas partes ardentísimas contestaciones Si el papa no es infalible, ¿quién lo será? ¿Los *concilios,* los obispos reunidos en asamblea? Pero desde el origen de la Iglesia, los concilios no han podido reunirse más que diecinueve veces. Si hubiera que reunir un concilio a la invasión de cada error, los obispos estarían perpetuamente en camino, y sus definiciones extemporáneas serían impotentes para contener la rápida expansión de las falsas doctrinas, y para preservar la sociedad cristiana de los estragos del error. Jesucristo, en su sabiduría, quiso todo lo necesario a la marcha regular de su Iglesia, e instituyó un papa infalible.

En materia de religión, tengo necesidad de una certeza inmediata y absoluta. No me es posible consultar a los obispos dispersos. No tengo tiempo para esperar un concilio. Para ilustrar mi inteligencia y dirigir mi conciencia, necesito un jefe, capaz de resolver al día las dudas en todo lo que concierne a la fe, ora en el orden especulativo, ora en el práctico. Necesito aquí bajo un punto fijo, inmutable, en el que pueda apoyarse mi alma inquieta. Se necesita en el mundo una boca que pueda responder a todas las preguntas de las almas: *os orbi sufficiens.* El papa es infalible. 1.° Esto es posible; 2.° es necesario. Demos un paso más.

III. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Digo que esto es cierto.

El Evangelio y la tradición no nos permiten dudar de ello. Algunas palabras solamente.

Abro el Evangelio y leo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."—"Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ligares en la tierra, ligado será en el cielo, y todo lo que desligares en la tierra, desligado será en el cielo."—"Simón, he rogado por ti, a fin de que tu fe no desfallezca. Cuando

sean confirmado, confirma a tus hermanos."—"Apacienta a mis corderos; apacienta a mis ovejas." He ahí las palabras constitutivas del pontificado.. Estas palabras son decisivas. ¿Qué es el papa? Es el representante de Jesucristo, el fundador de la Iglesia, el portero del cielo, el confirmador de sus hermanos en la fe, el pastor de los corderos y de las ovejas, es decir, de todo el rebaño. ¿Y cómo sería todo esto, si no fuera infalible? Hay que desgarrar el Evangelio o creer que el papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Por otra parte, la tradición de veinte siglos no nos deja la menor duda sobre el sentido de los textos evangélicos.

La Iglesia primitiva se refiere al papa y se apoya siempre en él en todas las cuestiones doctrinales. La creencia de los cuatro primeros siglos se resume en esta célebre fórmula de san Agustín: "Roma habló, la causa está resuelta: *Roma locuta est, causa finita est.*"

La historia de la Iglesia desde su fundación hasta nuestros días nos muestra al papa ejerciendo sin contradicción su autoridad infalible por actos que la suponen. Continuamente vemos, ora obispos que ruegan al papa que termine sus diferencias y resuelva las cuestiones dudosas, o papas que condenan las doctrinas temerarias, en última instancia.

Los más grandes genios y los más grandes santos se inclinan igualmente ante el magisterio irreformable del papa. La infabilidad pontificia fué proclamada abiertamente por san Franciesco de Sales y san Alfonso de Ligorio, los dos últimos doctores de la Iglesia, y durante las agitaciones de la asamblea de 1682, en pleno reinado de Luis XIV, fué enseñada por san Vicente de Paúl. M. Olier, el cardenal de Berulle y Fenelón. El papa es infalible. Esto es cierto. Pronunciemos las últimas palabras.

IV. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Digo que esto está definido.

Hasta estos últimos tiempos, hasta 1870, la infalibilidad del papa era una creencia que formaba parte del depósito de la revelación y era universalmente aceptada. Pero esta creencia no estaba definida, impuesta a la Iglesia, porque podía ser discutida, y aun negada sin caer en la herejía. En 1870, el Concilio Vaticano hizo de ella un dogma obligatorio. Entendámonos bien. La Iglesia no crea ni inventa la verdad. La comprueba y la promulga. Le da una fórmula solemne, que la pone fuera de toda discusión, la precisa y la consagra. Al definir la infalibilidad del papa el Concilio Vaticano no creó ni inventó una verdad nueva; limitóse a promulgar una verdad preexistente Elevó a la altura de un dogma de fe una creencia antigua que no tenía aún el carácter de una enseñanza oficial. Nada más natural.

Y también nada más oportuno. La Iglesia pensó que era útil, y aun necesario, poner en plena luz la infalibilidad de su cabeza, en un tiempo en que el respeto a la autoridad se ve cada día más amenazado y desconocido. Somos testigos de ese lamentable espectáculo que nos muestra a la autoridad pisoteada en todas partes, a la autoridad que no sabe ni pedir el respeto, ni obtenerlo, ni con frecuencia merecerlo. En medio del caos universal, en la hora en que desfallecen la familia y la sociedad, la Iglesia se afirma en sus bases y proclama la supremacía infalible de su cabeza. Hizo bien; fortificóse a sí misma y dió al mundo una buena lección y un gran ejemplo.

Contemplad, señores, el mundo indiferente o incrédulo que os rodea. ¿Por ventura no inspira piedad?

Todo ese mundo no alimenta más que opiniones, no principios; dudas, no certezas. La infalibilidad doctrinal, sólo Dios la da, y Jesucristo, el Hijo de Dios, la comunica al papa, su vicario. El papa no puede equivocarse en la enseñanza de la religión. Esto es posible, necesario, cierto, y está definido. Atengámonos a esa verdad.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOPRIMERA

¿Pero llegó San Pedro a Roma?

SEÑORES:

El papa no es un hombre como cualquier otro. Ya lo hemos visto. El papa es infalible. También lo hemos visto. El papa es obispo de Roma, como san Pedro, del cual es sucesor. Aquí la incredulidad nos ataca también, y sostiene que san Pedro jamás llegó a Roma. La incredulidad tiene todas las audacias. No contenta con negar las creencias, se burla de los hechos históricos. Vamos a responderle y a convencerla de impostura. Me propongo referiros la vida de san Pedro y probaros su residencia en Roma y su muerte en la Ciudad Eterna. Este asunto es digno de vuestra mejor atención.

I. La vida de san Pedro es sumamente movida.

Nació en Betsaida, junto al lago de Genezaret. Ejercía el oficio de pescador, y se llamaba Simón. Jesucristo, al acogerle en el número de sus apóstoles le dió el nom-

bre sirocaldeo de Cefas, que significa Pedro. Tenía unos cuarenta años cuando Jesucristo lo hizo cabeza del Colegio Apostólico. Después de la resurrección del Salvador y de la venida del Espíritu Santo sobre sus Apóstoles, le vemos sucesivamente presidir la composición del *Credo,* convertir en Jerusalén tres mil personas en un día, evangelizar el Asia Menor, establecer su sede en Antioquía, en donde funda una cristiandad floreciente, volver a Jerusalén, en donde fué encarcelado, y salió milagrosamente de su prisión.

En el año de 42, llega a Roma, en donde inaugura el culto del verdadero Dios. Roma era la capital del mundo civilizado. Políticamente, era el centro del imperio más vasto, más admirablemente centralizado, y quizás el mejor organizado que ha habido nunca. Intelectualmente, hacía irradiar por todas partes las obras maestras, inimitables, de su literatura y de su legislación. Moral y religiosamente, era presa de la más completa anarquía. Los sacerdotes de los dioses del Olimpo administraban sin convicción el culto oficial. El pueblo se apasionaba por ceremonias ridículas. Arriba imperaba especialmente el escepticismo; abajo la superstición. Los filósofos no valían más que la sociedad que trataban de dirigir. La familia estaba arruinada por el libertinaje, la impudicia y el divorcio. ¿Y qué decir de la inmensa miseria moral y material de los esclavos? En medio de aquella ciudad brillante y corrompida, vivían unos 20.000 judíos, objeto del desprecio público, pero no sin inflencia, pues se dedicaban, como hoy en día, al comercio y a la banca. Pedro, de rostro pálido y barba crespa, revestido de una túnica y un manto raídos por el viaje, entró inadvertido en la ciudad de Roma. Dirígese primeramente a los judíos, que le miran como sospechoso de herejía y cisma, y rechazan la re-

ligión de Jesucristo resucitado. Se dirige a los paganos, y entre ellos obtiene su palabra verdaderos éxitos. Convierte y bautiza a muchos humildes, a los que seduce la doctrina paternal del cristianismo. Se insinúa en las filas más elevadas de la sociedad romana. Se convierte en huésped del senador Pudente, quien pide el bautismo con sus dos hijas, Práxedes y Pudenciana, y durante los cinco años de su permanencia en Roma, establece en ella una cristiandad bien arraigada, y constituye fuertemente allí el centro religioso de los nuevos pueblos. En el año de 47, el emperador Claudio expulsa de la ciudad de Roma a todos los judíos. Pedro se retira a Oriente, en donde preside el primer concilio de Jerusalén, y a la muerte de Claudio,

En el año de 54 vuelve a Roma de la que hace su residencia habitual hasta su martirio, en el año de 67. Durante estos trece años, no pierde el tiempo. Afirma a los nuevos convertidos, y aumenta el número de ellos. Escribe cartas a las cristiandades fundadas por él; hace frecuentes viajes para llevar lejos el cristianismo; envía apóstoles a las Galias, y durante la persecución del infame Nerón, sostiene el valor de los mártires. Confunde la herejía de Simón Mago, y como fueran en aumento los furores de la persecución, suplícanle los fieles de Roma que evite el peligro con la fuga. Cede a sus instancias, y consiente en alejarse, mas al llegar cerca de la puerta Capena, de repente ve que Jesucristo penetra en la ciudad. "¿A dónde vas, Señor? *Domine, quo vadis?*"—exclama el Apóstol—"A Roma—responde el Salvador,—a ser crucificado de nuevo." Entendió Pedro, y volvió sobre sus pasos.

La hora de su martirio va a sonar. Se apresura a designar a san Clemente como sucesor suyo. Es encerrado en la prisión Mamertina con san Pablo, el doc-

tor de las naciones, y el 29 de Junio de 67, fueron sacados los dos del calabozo para ser conducidos a la muerte. Condenado san Pedro a morir en la cruz, pidió a su verdugo que lo pusiera cabeza abajo, no juzgándose digno de morir como su Maestro. Tenía entonces unos setenta y cinco años. Había ejercido su primacía doce años en Jerusalén y en Antioquía y veinticinco en Roma. He ahí ciertamente una vida muy movida. Esto no favorece mucho a ciertos espíritus fuertes que nos atacan y procuran cogernos en falta aun en nuestros orígenes históricos. Voy a refutarlos.

II. La residencia y muerte de san Pedro en Roma son rigurosamente auténticas.

En primer lugar, sobre esto tenemos *la palabra de san Pedro*. En su primera epístola dirigida a todos los fieles, y particularmente a los judíos, dice al final: "La Iglesia de Babilonia os saluda." San Pedro jamás residió en Babilonia, ciudad arruinada. Al datar su epístola en Babilonia, quiere hablar de la ciudad de Roma, a la que llama Babilonia, a causa de su idolatría y de la corrupción de sus costumbres.

Es tradición unánime y constante que san Pedro residió en Roma, en donde murió. San Ireneo, Tertuliano, san Epifanio, san Agustín nos transmitieron el catálogo de los primeros obispos de Roma. Todos esos catálogos empiezan por san Pedro... No se conoce un solo escritor cristiano de los primeros tiempos, obispo o historiador, que haya negado la residencia y muerte de san Pedro en Roma. Si ese concierto parece insuficiente, ¿qué puede creerse en historia?... Fuera de esto, importa aquí entender bien las cosas. La residencia de san Pedro en Roma fué una residencia interrumpida por numerosas ausencias. No permaneció inmóvil en Roma durante veinticinco años. Huyó ante la persecución del emperados Claudio. Viajó; visitó las Iglesias nacientes. Pío VII fué a París a consagrar a Napoleón, y no por ello cesó de ser el papa de Roma. Lo mismo ocurrió con el primer papa. Su presencia en Roma es incontestable, si bien interrumpida por ausencias más o menos múltiples y prolongadas. Durante quince siglos nadie dudó de que san Pedro muriese en la sede romana.

Tenemos de este hecho un testimonio muy significativo, *el de las Iglesias de Oriente*. Entre las Iglesias de Oriente, en general tan antiguas como la de Roma y tan celosas de sus privilegios, ¿hay alguna que se glorie de haber sido enrojecida con la sangre del Príncipe de los Apóstoles y poseer sus restos? Evidentemente, tenían interés en no dejar que la Iglesia de Roma les usurpase un honor que no le hubiese correspondido. Pues bien, ¿qué dicen ellas? En vez de reivindicar esta gloria para sí mismas, reconocen formalmente los títulos de la Iglesia de Roma, la residencia y muerte de san Pedro en Roma. Un sabio orientalista recogió sobre este punto multitud de textos (*Revue des questions historiques*, t. XIII, p. 102 y sigs.)

Algunos protestantes, para negar el poder del papa, dicen que han descubierto muy recientemente que san Pedro jamás estuvo en Roma, y no pudo transmitir su poder a sus sucesores. Pero la enormidad es demasiado grande, y no encontró crédito ni siquiera entre sus correligionarios. Los más distinguidos protestantes, Puffendorf, Scalígero, Basnage, Newton, Leibnitz, afirmaron el hecho del pontificado de san Pedro en Roma, con pruebas históricas, tal como lo han confirmado los católicos mismos. Es tan constante esta afirmación, que el mismo Calvino dice que la unani-

midad de los historiadores no le permite atreverse a negarla.

Si san Pedro no murió en Roma, ¿cómo se explica que, desde los siglos apostólicos, *se veneren allí su tumba y sus reliquias?* Roma, por este motivo, es llamada, desde los primeros tiempos, en las actas cristianas, la Ciudad Santa, la Sede de San Pedro, la Ciudad Eterna, la Morada de los Apóstoles, la Cátedra de Pedro. Por otra parte, ningún punto del mundo cree poseer la tumba de san Pedro. En 306, Constantino, edifica en Roma una basílica sobre esta tumba. ¿Es que todo el universo católico se equivoca? ¿Es que los hombres más próximos a los orígenes creyeron ver la tumba de san Pedro donde no estaba? Semejante error no parece verosímil.

Finalmente, *los vestigios de san Pedro* muéstranse por todas partes en la ciudad de Roma. En la iglesia de santa Pudenciana se conserva la mesa sobre la cual ofrecía con frecuencia el Apóstol el santo sacrificio de la misa. En la iglesia de santa Francisca Romana hay una piedra sobre la cual se cree que quedaron impresas las dos rodillas del Apóstol cuando oraba para obtener la confusión de Simón Mago. Muy cerca del Capitalio está la célebre prisión Mamertina; en ella se enseña una columna de granito a la cual fueron atados san Pedro y san Pablo. La cadena con que fué atado san Pedro en la prisión Mamertina fué recogida por santa Balbina, hija de Luisino, tribuno militar y guardián de la prisión. Santa Balbina la regaló a la Iglesia romana, y ahora se conserva en la basílica Eudoxiana, llamada también basílica de San Pedro de los Leones, edificada hacia mediados del siglo V. En resumen, Roma no es una ciudad de piedra como las otras; es una ciudad que tiene un alma, una ciudad que entraña una fuerza imperecedera, una ciudad marcada con

un sello imborrable, porque es la ciudad del papa, porque es la ciudad en la cual residió y murió el primer papa. La basílica de san Pedro de Roma es sin duda el edificio más grande y magnífico que los hombres hayan consagrado a Dios. Pero es especialmente solemne e imponente porque es la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Allí, en una cripta situada debajo del altar mayor, llamada la Confesión de San Pedro, reposan los restos del primer papa, con los del gran apóstol Pablo..., de suerte que, para negar la residencia y muerte de san Pedro en Roma, sería preciso sostener, no sólo que el testimonio de los siglos es engañador, sino también que nada significa el testimonio de los monumentos.

San Pedro vivió en Roma. Allí ejerció su primacía por espacio de veinticinco años. Allí murió mártir en el reinado de Nerón. Pues bien, al ilustrar la Iglesia de Roma con la púrpura de su sangre, dejóle san Pedro su sagrado principado. Es el caso de exclamar con el genio más grande que ha producido Francia, con Bossuet: "Santa Iglesia Romana, madre de las Iglesias y madre de todos los fieles; Iglesia elegida por Dios para unir a sus hijos en la misma fe y en la misma caridad: nos adheriremos siempre a tu unidad desde el fondo de nuestras entrañas. Si yo te olvido, Iglesia Romana, ¡olvídeme a mí mismo! ¡Séquese mi lengua y permanezca inmóvil en mi boca, si no eres siempre la primera en mi recuerdo, si no te pongo al principio de todos mis cánticos de alegría!"

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOSEGUNDA

¿De qué sirve el poder temporal del papa?

SEÑORES:

Se habla mucho del papa, dados los tiempos que corremos. También nosotros hablamos de él y ya os he dicho: 1.º lo que es en la Iglesia y en el mundo; 2.º lo que debemos pensar de su infalibilidad.

Vamos a estudiar hoy el poder temporal del papa a la luz de la lógica, de la historia y de la actualidad. Tenéis necesidad de poseer sobre este punto ideas muy claras para estar en condiciones de explicar, defender y propagar vuestras creencias.

I. Lógicamente, el poder temporal del papa es la garantía normal de su poder espiritual.

La simple *razón* nos dice que, si el poder temporal no es absolutamente necesario a la existencia misma del pontificado, es necesario para que el pontificado ejerza libremente, con independencia y justicia su su-

prema autoridad. En efecto, suponed al papa despojado de su poder temporal y convertido en súbdito de un soberano cualquiera; cesa de ser libre, o de parecerlo; es, o parece ser, un siervo: dos extremos igualmente funestos.

Vedle ahí entregado a los caprichos de un príncipe celoso, o a las pasiones de un parlamento sin fe. Vedle rodeado de una policía que lo vigila, que detiene junto a su puerta los despachos, las visitas, los obispos y los fieles; que corta las comunicaciones entre la Iglesia y el papa. No es libre, o cesa de parecer libre... lo que viene a ser lo mismo. Imaginaos un papa súbdito del rey de Prusia y huésped del palacio de Berlín, súbdito del gran turco en Constantinopla, o de Eduardo VII en Londres. A los ojos del mundo católico su prestigio se debilita, su palabra se hace sospechosa, sus decisiones y sus actos son atribuídos a la presión de una voluntad extranjera. Los católicos ya no tienen confianza en su jefe. La Iglesia va a la ruina por la ruptura de su unidad.

Escuchad sobre este asunto uno de los más grandes enemigos del catolicismo, un amigo íntimo de Voltaire, Federico de Prusia (1740-1786). Fué el primero en aconsejar la destrucción del poder temporal, como único medio de aniquilar el poder espiritual de los papas. "Desde el momento—dice—en que ningún príncipe de Europa querría reconocer un vicario de Jesucristo súbdito de otro soberano, cada cual, por esto mismo, procurará tener su propio patriarca; y así, la unidad de la Iglesia se disolvería poco a poco, y cada Estado querría tener una religión propia." Cavour (1810-1861) persiguió el mismo fin. estableció la unidad italiana sobre las ruinas del poder temporal del Pontificado. El poder temporal del papa es la garantía normal de su poder espiritual.

Los *hechos* lo proclaman con más elocuencia que los razonamientos y los testimonios. En los primeros siglos los papas no tenían poder temporal alguno, por lo que veíanse sin cesar amenazados y violentados en su misión espiritual. Los cincuenta y dos primeros papas fueron martirizados. Después de las grandes persecuciones, los vemos casi siempre sometidos a los caprichos de los emperadores romanos, que los maltratan o los destierran por cualquier motivo. Cuando el papa se ve condenado a vivir en Roma bajo la celosa vigilancia de los marqueses de Toscoma, de los condes de Túsculo, o de los emperadores alemanes, vemos con dolor que las elecciones pontificias de aquellos siglos de hierro eran sospechosas de simonía, tocadas de violencia, terminadas en provecho de súbditos indignos. Cuando el papa es despojado de su poder temporal, no es libre en su poder espiritual. Así lo dice la historia de los tiempos modernos como la historia de los tiempos antiguos. El Concordato de 1801, concertado entre Napoleón y Pío VII, soberano de Roma, es un gran acto que honra a la Iglesia y a Francia; pero el Concordato de Fontainebleau entre Napoleón y Pío VII cautivo, es una página que quisiéramos borrar de los anales de Francia, y que, en los anales de la Iglesia, muéstrase enteramente bañado de las lágrimas de Pío VII. Siempre que la soberanía temporal de los papas ha sido discutida, contrariada o reducida, su soberanía espiritual ha tenido mucho que sufrir, y las almas se han visto por ello torturadas.

Verdad es que el *Evangelio* no habla del poder temporal de los papas. Pero ¿qué significa esto? No había necesidad de hablar de él. Cuando se habla de un hombre, no se habla de sus vestidos; cuando se habla de un guerrero no se habla de su armadura. Ahora bien, el poder temporal no es más que eso. Es un vestido de decencia y de honor que envuelve al papa; es una armadura que protege su autoridad espiritual; es el hecho humano providencial que asiste al derecho divino de la libertad del papa. Lógicamente, el poder temporal del papa es la garantía normal de su poder espiritual.

II. Históricamente, nada más legítimo que el poder temporal del pontificado.

El poder temporal del pontificado se estableció *poco a poco*. Los primeros papas murieron mártires. La Iglesia empezó por un régimen violento y anormal, que no podía durar y debía conducir a un estado tranquilo y regular. Una cosa es una sociedad que comienza y tiene poca extensión, y otra una sociedad definitivamente asentada e inmensa. Así, pues, a medida que la sociedad cristiana se constituye y engrandece, su cabeza adquiere una situación cada vez más independiente. Sale de las Catacumbas; ya no está sometida a los caprichos de los tiranos; ha instalado su trono en Roma, mientras Constantino traslada el suyo a Bizancio, y poco a poco su prestigio social y político se ensancha a la medida de su prestigio religioso. Todo esto se hizo por sí mismo, por la fuerza misma de las cosas, al dictado de la Providencia y al influjo de los acontecimientos.

El poder temporal del pontificado se estableció *por modo regular*...

Por el libre consentimiento del pueblo romano. El pueblo eligió y aceptó al papa como soberano. Esta elección, totalmente espontánea, muy diferente de las que dicta el miedo, la corrupción o la influencia, fué acto reflexivo y prolongado de numerosas generaciones que, durante quince siglos, pusiéronse por sí mismas

o volvieron a ponerse, bajo la tutela de la Santa Sede, con las más inequívocas muestras de fidelidad y adhesión. El poder temporal del pontificado se estableció

Con la cooperación de toda la cristiandad. La cristiandad es la que dió y conservó al papa el trono de Roma. Derramó la mejor de su sangre para cimentarlo; pagó impuestos y tributos para embellecerlo; envió diputaciones de peregrinos para saludarlo; reclutó en todas las naciones y en todas las lenguas una milicia para sostenerlo; excitó en las inteligencias más privilegiadas y en los más nobles corazones simpatías para defenderlo y salvarlo... Aun en los tiempos modernos, la política europea colocó el trono del papa bajo la garantía de los tratados y del derecho de gentes, en una condición superior a todos los reinos humanos. ¿Hay algo más secular?

Un autor protestante, enemigo declarado del catolicismo, *Gibbon,* vióse obligado a confesar que "Los pueblos obligaron a reinar al papa." Pepino y Carlomagno al dar a la soberanía del pontífice romano su constitución definitiva, no crearon esta soberanía; no hicieron más que confirmar el acto solemne ejecutado por el tiempo y por los hombres. Ratificaron, confirmaron y estabilizaron la obra de Dios y de los siglos.

El poder temporal del papa asentóse poco a poco por modo regular, *y sobre todo por la intervención de Francia.* En 755, el rey Pepino acudió en auxilio del papa Estaban III, oprimido por los lombardos, y le puso en posesión del ducado de Roma; Carlomagno, en su testamento recomienda a sus hijos que tomen a pechos la defensa de la Iglesia de Roma. Del mismo modo, san Luis dirigiéndose a su hijo, le dijo: "Querido hijo, no olvides jamás al pontífice de Roma, y ayúdale en todas sus necesidades." Llegamos al período contemporáneo. En 1849, la república francesa

expulsa de Roma a los revolucionarios, y devuelve al papa el trono que los siglos le habían erigido. Desde la batalla de Mentana hasta 1870, los soldados franceses guardaron las puertas del Vaticano. Cuando Francia cayó, en 1870, a los golpes de Prusia, el trono pontificio cae igualmente a los golpes de la unidad italiana. Hace de esto treinta y cuatro años.

III. Actualmente, el poder temporal del pontificado está por tierra.

Las cosas no andan tan mal, dicen algunos. Dispensadme. El papa se ve muy *molestado en el ejercicio de su misión espiritual.* Muerto Pío IX, la traslación de sus cenizas fué objeto de una manifestación inmunda. Todas las obras pías de la ciudad de Roma han sido secularizadas o gravadas con impuestos por el poder secular. El papa posee el Vaticano únicamente en usufructo; no está en su casa. Para insultar al papa, se ha elevado en una plaza de Roma una estatua al menos noble y al más oscuro de todos los escritores, al hereje Giordano Bruno... Todos los despachos y todas las cartas que llegan al papa de todos los puntos de la catolicidad, deben pasar por el canal del gobierno italiano, etc., etc. Esta situación es violenta, anormal...

No puede durar indefinidamente. Hace treinta y cuatro años que dura, pero esto nada prueba. Más de una vez en lo pasado tuvo eclipses la independencia temporal de la Santa Sede. Hubo papas mártires. Durante setenta años, los sucesores de san Pedro fueron prisioneros de los reyes de Francia en Aviñon. Pero los papas siempre volvieron a Roma. El derecho no muere; sobrevive a los triunfos pasajeros de la fuerza... Hace treinta y cuatro años, el mismo poder que arrebató la ciudad de Roma a los católicos del

mundo entero, separó de nosotros dos de nuestras más bellas provincias, Alsacia y Lorena. ¿Es que miramos como definitivamente perdidas para Francia, Alsacia y Lorena? No, ciertamente. Ningún francés digno de este nombre se atrevería a proferir semejante blasfemia. Pues bien, Roma fué tomada del mismo modo al papa. Es un hecho consumado. Pero el hecho consumado no crea el derecho... y los católicos del mundo entero esperan confiados la hora de la justicia y de la separación... La cuestión del poder temporal queda en pie. Ese estado de derecho violado no puede ser definitivo. Los políticos estudian una combinación.

El papa protesta. No puede gobernar con regularidad el mundo cristiano sin gozar de plena independencia. Ahora bien, la privación de su poder temporal es una restricción y una molestia para su independencia espiritual. Por consiguiente, faltaría a su deber más sagrado, si renunciara al patrimonio de san Pedro... Tal es la explicación de las reivindicaciones de Pío IX, de León XIII y de Pío X. Nada más legítimo, nada más razonable, nada más correcto que su actitud.

Importa apreciarla bien... y no hacerles decir lo que no dicen. Seguramente que Pío IX, León XIII y Pío X no han dicho jamás, ni han querido decir que perecerá la Iglesia, si su cabeza está sujeta a algún poder de la tierra. Han dicho y dicen que esta sujeción entraña inconvenientes gravísimos, intolerables... ¿Hay una combinación posible para atenuar y suprimir estos inconvenientes? No es nuestro cometido resolver esta cuestión. Unicamente toca al papa decir lo que es necesario a su independencia en el gobierno de la Iglesia. Deber de los católicos es sostener las reivindicaciones de su cabeza, y esperar con toda confianza las soluciones de lo por venir.

Hace precisamente un año que el cardenal Sarto

fué elegido y aclamado papa con el nombre de Pío X. Mi deber y el vuestro, en este aniversario, consiste en saludar, bendecir y dar gracias al admirable pontífice, jefe de la catolicidad y padre de nuestras almas.

¿Qué digo? ¿Saludarle, bendecirle y admirarle? No. *Primeramente hay que pedirle perdón.* Hace un año que nuestro ingrato y desgraciado país no escatima a Pío X ni ultrajes ni amarguras. A sus avances llenos de dignidad, de misericordia y de ternura, responde con odios, intimaciones y provocaciones inmerecidas.

Señores, bendigamos al cielo. *Tenemos un gran papa... Una bondad* paternal para los hombres y las naciones... *una constancia* inquebrantable en cumplir todos los deberes y en defender todos los derechos del pontificado... *una prudencia* consumada, unida a una audacia enteramente sobrenatural y verdaderamente inspirada... *la preocupación* por los menores detalles sorprendentemente elevada y como ampliada por la percepción clarísima de los grandes intereses de las almas y de la gran familia cristiana... Tales son algunos rasgos que dan a la fisonomía de Pío X un relieve tan atractivo y tan admirable, y colocan su persona en primer término en nuestros días. ¡Qué grande es este hombre cuando lo consideramos, y sobre todo, cuando lo comparamos con los sectarios imbéciles y venenosos que no cesan de proclamar su desaparición e intentan mordiscarlo! Demos gracias a Dios, señores, por habernos dado a Pío X, y, bajo su mano firme y paternal, marchemos hacia adelante, y preparemos el despertar del Evangelio libertador.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMATERCIA

El papa es un soberano extranjero

SEÑORES:

Entre las frases estúpidas que se profieren con relación al papa, hay una que vamos a refutar en el día de hoy. Se dice: "El papa es un soberano extranjero." ¡Manera cómoda de dispensarse de obedecerle y de vivir fuera del catolicismo, es decir, al margen de toda religión... El papa es un soberano extranjero. ¿Es esto verdad? Sí, y no. Expliquémonos sobre esto tan claramente como sea posible.

I. Sí, desde el punto de vista temporal, el papa es un soberano extranjero.

No tiene su trono ni en París, ni en Berlín, ni en Londres, ni en Madrid, ni en San Peterbusgo, ni en Nueva York. Tiene su trono en Roma. El Vaticano es su palacio. Pero, aunque el Vaticano esté situado en Italia, el papa no es súbdito del rey de Italia, como

tampoco lo es del zar, ni del sultán, ni del emperador de Alemania, ni del rey de Inglaterra, ni del presidente de la República francesa, ni del de los Estados Unidos de América. Con relación a todos esos gobiernos y a los pueblos que de ellos dependen, el papa es un soberano extranjero.

1.ª *¿Es verdad que es un soberano de un género especial?* Permitidme que os señale únicamente tres particularidades que le caracterizan y que le dan, entre los soberanos palíticos, una fisonomía especialísima.

1. En primer lugar, el papa es un soberano *desarmado y benévolo*. En un momento de buenhumor burlón, preguntó Napoleón I a uno de los que le rodeaban: "¿Sabéis lo que dirán de mí cuando muera?" Púsose el otro a trazar el plan de una oración fúnebre que debía expresar el estupor y desolación del mundo. Mas interrumpiendo con un gesto y una sonrisa aquel esfuerzo de lirismo, agregó el Emperador: "Cuando yo muera, dirán: ¡Uf!" Es verdad. Los soberanos ordinarios se apoyan en cañones y bayonetas, se atrincheran en fortalezas y batallones, apelan a la ley, a los magistrados, a los gendarmes. Cuanto más poderosos son, más se hacen temer, y cuanto más los temen, más profundo es el suspiro del consuelo que saluda su desaparición. No es esto lo que ocurre con el papa. El papa es un soberano que no tiene ejército, que sólo tiene su punto de apoyo en las conciencias, que procede por la persuación, jamás por la violencia. Sus medios de influencia son inmateriales e imponderables, pero su radio de influencia es universal e ilimitado. Su palabra obliga a todo el mundo, pero no fuerza a nadie. Su mano no es opresora ni aplastante; se adelanta a veces para advertir, casi siempre para bendecir. He ahí un soberano de un género especialísimo. Está desarmado y es benévolo.

Sigamos adelante:

2. El papa es un soberano *seguro de sí mismo, que se apresura lentamente*. Los reyes de la tierra dudan siempre más o menos de su trono, de sus derechos, de sus deberes, de su duración. Muéstranse inquietos por la víspera y por el día siguiente. Ayer, empezó su poder en una herencia, en una conquista, en una elección discutible... y tiemblan de verlo acabar mañana con la muerte sin posteridad, por una guerra desgraciada, por un motín que derriba las soberanías mejor asentadas. Disponiendo tan sólo de un día de vida, vense estrechados a obrar. No cosechan más que triunfos efímeros, y sus fracasos son raras veces auroras de rssurrección. Con nuestro papa nada de eso ocurre. Sabe de dónde viene, a dónde va, a dónde quiere ir. Está seguro de sí mismo, porque está seguro de Dios. Conoce su camino, pero, en los detalles del viaje, se niega obstinadamente a dar un paso más largo que otro. Camina en una dirección bien precisa; pero mide la velocidad de su marcha y se fija en las particularidades del camino. La prudente lentitud de la corte romana es proverbial. Nadie se ha parecido nunca menos al político vulgar, que termina diariamente su tarea fugaz y febril, se encorva a cualquier soplo, y se pliega a todas las circunstancias, para desaparecer luego sin dejar rastro de su paso. El papa jamás procede con apresuramiento ni con vacilación. Su conducta es una mezcla notable de oportunismo y de intransigencia, de arranque hacia lo ideal y de instinto exactísimo de lo real... He ahí un soberano de un género especialísimo... Pero notemos otro rasgo de su fisonomía.

3. El papa es un soberano *que ama a todos los pueblos, pero especialmente a nuestra patria*. Esto no data de ayer. El pontificado es el más viejo amigo de Francia, el más fiel en la mala fortuna de nuestra patria

como en los días felices de la Santa Sede. Entre miles de recuerdos, evocaré tan sólo uno de los más recientes. El 23 de Febrero de 1871, Julio Favre, ministro de Estado de Francia vencida y abandonada, dirigía el telegrama siguiente a Lefebre de Behaine, entonces Secretario de la Embajada y muy pronto Embajador cerca del Vaticano: "Os ruego que encarguéis al cardenal Antonelli que se haga intérprete cerca del Padre Santo de mis sentimientos de respetuosa gratitud por la forma que ha tenido a bien dar a su adhesión. Hasta ahora no he tenido ocasión de hacerle saber cuán conmovido estoy por los pasos que ha dado cerca de Prusia para obtener en favor nuestro un armisticio con la facultad de avituallarnos de nuevo. Es el único soberano de Europa que nos ha dado ese testimonio directo de benevolencia, que jamás olvidaremos."

Con relación al poder temporal, el papa es un soberano extranjero. Tanto mejor para Francia.

2.º *Y tanto mejor para el mundo entero*. Thiers, en su *Historia del Consulado y del Imperio*, refiere que Napoleón, cuando sólo era Primer Cónsul, decía: "La institución que mantiene la unidad de la fe, es decir, el papa, es una institución admirable. Se le reprocha que es un soberano extranjero, mas por ello debemos dar gracias al cielo. El papa está fuera de París, y esto es un bien. No está ni en Madrid, ni en Viena, y por ello aceptamos su autoridad espiritual; En Viena y en Madrid tienen derecho a decir lo mismo. ¿Hay quien crea que, si estuviera en París, los austriacos y los españoles consentirían en recibir sus decisiones? Es, pues, una suerte que resida fuera de nuestra propia casa, y que residiendo fuera de nuestra propia casa, no resida en la casa de nuestros rivales. Resida, pues, en esa vieja Roma, lejos de la mano de los emperadores de Alemania, lejos de la de los reyes de

Francia y de la de los reyes de España, sosteniendo en el fiel la balanza entre los soberanos católicos... Los siglos son los que esto hicieron, y lo hicieron bien. Para el gobierno de las almas, es la mejor, la más bienhechora institución que pueda imaginarse. No sostengo estas cosas por terquedad de devoto, sino por la razón." Esto es lo que se llama buen sentido. Nada tenemos que añadir a semejantes declaraciones. Sí, en relación con el poder temporal, el papa es un soberano extranjero, lo cual es muy provechoso para todos.

II. Pero, en relación con el poder espiritual, el papa no es un soberano extranjero.

El sol no se pone en su imperio. Desde su torre del Vaticano, el anciano vestido de blanco irradia sobre todo el mundo.

1.º *La soberanía espiritual del papa es ilimitada.* En efecto, ¿qué es el papa? Es el *representante de Dios*. Luego no es extranjero en parte alguna. "Dios es señor de todo el mundo. *"Domini est terra et plenitudo ejus."* Todas las almas le pertenecen. Del mismo modo pertenecen al papa que es su representante, al papa que tiene la misión de ilustrarlas, convertirlas, gobernarlas, santificarlas, salvarlas... ¿Qué es el papa? Es *el vicario de Jesucristo*. Luego no es extranjero en parte alguna. Jesucristo es el redentor universal. *"Non est in alio aliquo salus;* no hay salvación más que en El." Todas las naciones le fueron dadas en herencia. El papa ocupa aquí bajo el puesto de Jesucristo. Es su continuación y personificación visible. La autoridad del papa es universal, como la de Jesucristo mismo. ¿Qué es, finalmente el papa? Es la *cabeza de la Iglesia*. Luego no es extranjero en parte alguna. La Iglesia no fué creada para un tiempo, ni para un lugar, ni para

un pueblo, ni para una raza de hombres, ni para una categoría de almas. Fué creada para todos. Es el redil al cual son llamadas las ovejas, todas las ovejas. Luis XIV decía orgullosamente: "¡El Estado soy yo!" Sin orgullo, con toda verdad, podría decir el papa: "¡La Iglesia soy yo!" Todo el edificio de Jesucristo descansa en él como en su piedra fundamental. En vano se sonríen los estúpidos y se indignan los perversos; desde el punto de vista espiritual, el papa es lo que es, es decir, el representante de Dios, el vicario de Jesucristo, el cabeza de la Iglesia, esto es, un soberano que no es extranjero en parte alguna, que se dirige a todas las nacionalidades, cualesquiera que sean sus hábitos y costumbres, por diferentes que sean. Nada más serio, ni nada más sólido que esta teocracia universal. Por otra parte, que la soberanía espiritual del papa sea ilimitada,

2.ª *Tanto mejor para todo el mundo católico.* En efecto, ¿qué quiere decir esto? Desde el momento en que no es extranjero en parte alguna, el papa, soberano espiritual,

Es *el lazo que une todas las conciencias honradas.* Antes del Evangelio, en medio de pueblos entregados a la dominación y a las insaciables codicias de los más fuertes, las conciencias honradas, a las que semejante tiranía sobreexcitaba, estaban aisladas y condenadas a la impotencia. Pero Jesucristo dió, en su Iglesia, a estas conciencias un lazo de unión, una jerarquía, un admirable e invencible poder de resistencia. ¿Cuál es, pues, su punto de apoyo? ¿Quién las agrupa, y hace de ellas un haz? El papa. Independientemente de todas las razas, de todos los gobiernos, de todos los partidos, es el guardián supremo de la moral y de la justicia eterna, del honor, de la probidad, de la verdadera libertad. Sin el papa, la Iglesia sería muy pronto el juguete de los poderes pú-

blicos y las conciencias quedarían en todas partes desamparadas. Nuestros obispos mismos, si no tuvieran más que el lazo oficial y quedaran separados del pontificado, no tendrían entre nosotros más que la situación empequeñecida del clero ruso o del anglicano. Desde el momento en que no es extranjero en parte alguna, el papa, soberano espiritual, no solamente es el lazo,

Sino también *el guía de todas las conciencias honradas.* Indica a los individuos, a los pueblos, a los gobiernos, lo que es bueno, lo que hay que evitar, lo que es la verdad, lo que es el error. En estos últimos tiempos, por cuanto los papas han recordado sus deberes a los gobiernos cristianos, y han tratado ciertos puntos de doctrina relacionados con la política, han sido acusados de rebasar sus derechos, de atacar las constituciones modernas, de querer aplastar a los poderes civiles. Nada más injusto que esta acusación. Si el papa se ocupa en ciertas cuestiones sociales y políticas, es, en primer lugar, porque las circunstancias se lo imponen como un deber; además, las trata exclusivamente a la luz de la doctrina religiosa. El papa no se mezcla en política; se cuida únicamente de la conciencia cristiana, de la salvación de las almas, de los intereses de la religión. Si la política ataca la conciencia, la religión, interviene el papa, dice una palabra, da una solución, dicta una línea de conducta... Entonces está en su derecho, no hace más que cumplir con su deber.

A veces oímos decir: "¿Por qué los católicos van a recibir la consigna del Vaticano?" Expliquémonos. Los católicos, en cuanto ciudadanos, no van a buscar ninguna consigna fuera del país a que pertenecen. Pero, en cuanto cristianos, en cuanto hijos de la Iglesia, para la dirección de las obras católicas, y para todo lo que pertenece al dominio de la conciencia, reciben

de buen grado sus inspiraciones de parte de la cabeza de la Iglesia, que es su primer superior en este terreno. Nada más prudente, nada más legítimo, nada más seguro, ya que el papa es un soberano espiritual no extranjero en parte alguna.

Los católicos, se dice, obedecen a un extranjero. Notemos, en primer lugar, que los masones, que son los que hacen esta objeción, obedecen también a su jefe supremo, que es un extranjero. No tienen, pues, derecho a levantar aquí la voz. Además, cuando se dice que el papa es un extranjero, hay que distinguir. ¿El papa es un extranjero desde el punto de vista temporal? Lo concedemos. Pero desde este punto de vista, los católicos no le obedecen; reconocen el Estado libre en las cosas puramente temporales. ¿El papa es un extranjero desde el punto de vista espiritual? Lo negamos. Desde el punto de vista espiritual, el papa tiene por territorio el mundo entero. Es nuestro obispo, con tanto, y aun con más derecho que nuestros obispos particulares. Démosle, pues, nuestra obediencia, nuestro amor, nuestra inalterable fidelidad.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

CH

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

TABLA DE MATERIAS

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.